

A R T H U R C . C L A R K E

3001
ODISEA FINAL



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Frank Poole, subcomandante de la nave Discovery que en el año 2001 partió en misión secreta hacia Júpiter, es encontrado vagando por el espacio mil años después, en estado de hibernación. Frank tendrá que adaptarse a los increíbles cambios acontecidos durante el milenio. El momento cumbre será su reencuentro con su viejo amigo Dave Bowman, que ha sufrido una extraña simbiosis con el ordenador HAL... La Gran Muralla comienza a dar signos de inquietante actividad y la odisea iniciada mil años atrás se precipita a un desenlace tan sorprendente como estremecedor. La conclusión de la célebre saga.

L≡**LIBROS**

Arthur C. Clarke

3001: Odisea final

Odisea espacial - 4

*Para Cherene, Tamara y Melinda:
Que sean felices en un siglo
mucho mejor que el mío*

Prólogo

Los primogénitos

Llámenlos los primogénitos. Aunque ni remotamente eran seres humanos, eran de carne y sangre y, cuando miraron hacia afuera, a través de las profundidades del espacio, sintieron pavor reverencial y curiosidad... y soledad. No bien poseyeron el poder, empezaron a buscar camaradería entre las estrellas.

En sus exploraciones se toparon con vida en muchas formas, y observaron la obra de la evolución en mil mundos. Vieron cuán a menudo los primeros chisporroteos tenues de inteligencia brillaban y se extinguían en la noche cósmica.

Y debido a que en toda la Galaxia no habían encontrado algo más precioso que la Mente, fomentaron su alborear por doquier. Se convirtieron en labradores en los campos de las estrellas: sembraban y, en ocasiones, cosechaban.

Y, en ocasiones, sin apasionamiento alguno, tenían que erradicar los cultivos desviados.

Los grandes dinosaurios habían desaparecido hacía ya mucho, su promesa matutina aniquilada por un mazazo al azar proveniente del espacio, cuando la nave de exploración ingresó en el Sistema Solar después de un viaje que ya había durado mil años. Pasó al lado de los congelados planetas exteriores, hizo una breve detención por encima de los desiertos del agonizante Marte, y pronto miró hacia la Tierra.

Extendiéndose por debajo de ellos, los exploradores vieron un mundo en el que pululaba la vida. Durante años estudiaron, recogieron, catalogaron. Cuando hubieron aprendido todo lo que pudieron, empezaron a introducir modificaciones. Manipularon, con irregular habilidad, el destino de muchas especies, tanto en tierra como en los mares. Pero cuál de sus experimentos iba a rendir frutos, no lo podrían saber hasta dentro de un millón de años cuando menos.

Eran pacientes, pero aún no eran inmortales. ¡Había tanto por hacer en ese universo de cien mil millones de soles, y otros mundos estaban llamando! Así que, una vez más, partieron hacia el abismo, conscientes de que nunca más volverían a esos parajes, y tampoco había necesidad de que lo hicieran: los servidores que habían dejado atrás harían el resto.

En la Tierra, los glaciares vinieron y se fueron, mientras que, por sobre ellos, la inmutable Luna todavía conservaba su secreto proveniente de las estrellas. Con ritmo aun menor que el del hielo polar, las mareas de civilización fluían y refluían de un punto al otro de la Galaxia. Extraños y hermosos y terribles imperios se alzaron y desplomaron, transmitiendo su sabiduría a sus sucesores.

Y ahora, allá afuera, entre las estrellas, la evolución se dirigía hacia nuevas metas. Hacía mucho que los primeros exploradores de la Tierra habían llegado hasta los límites que permitían la carne y la sangre.

No bien sus máquinas fueron mejores que sus cuerpos, ése fue el momento de mudar: primero el cerebro, y después los pensamientos solos; los transfirieron a relucientes hogares nuevos de metal y piedra preciosa: en ellos vagaron por la Galaxia. Ya no precisaban naves espaciales: ellos *eran* naves espaciales.

Pero la era de las entidades-máquina pasó con celeridad. En su incesante experimentación habían aprendido a acumular conocimientos en la estructura del espacio en sí, y a conservar sus pensamientos eternamente en congeladas mallas de luz.

En consecuencia, ya como energía pura, ahora se transformaron a sí mismos. En miles de mundos, las cáscaras vacías que habían descartado se contraían espasmódicamente un tiempo, siguiendo una vesánica danza de muerte; después se desintegraban, convirtiéndose en polvo.

Ahora eran Señores de la Galaxia y podían desplazarse a voluntad entre las estrellas o sumergirse como sutil vaho a través de los intersticios mismos del espacio. Aunque estaban libres, por fin, de la tiranía de la materia, no habían olvidado del todo su origen, en el tibio légamo de un mar fenecido. Y sus maravillosos instrumentos todavía continuaban funcionando, vigilando los experimentos comenzados tantas eras atrás.

Pero esos experimentos ya no eran siempre obedientes a los mandatos de sus creadores: al igual que todas las cosas materiales, no eran inmunes a las corrupciones del Tiempo y de su paciente, insomne servidora, Entropía.

Y, en ocasiones, descubrían y buscaban metas propias.

I. Ciudad de las estrellas

1. Arredor de cometas

El capitán Dimitri Chandler [M2973.04.21/93.106// Marte//Acad Espacial3005] —o «Dim» para sus amigos más apreciados— estaba comprensiblemente molesto: el mensaje de la Tierra había tardado seis horas en llegar al remolcador espacial *Goliath*, que aquí estaba más allá de la órbita de Neptuno. Si hubiera llegado diez minutos más tarde, Chandler podría haber respondido:

—Lo siento, no puedo partir ahora: acabamos de empezar el despliegue de la pantalla solar.

La excusa habría sido perfectamente válida: envolver el núcleo de un cometa con una lámina de película reflectora de nada más que unas moléculas de espesor, pero de kilómetros de lado, no era la clase de trabajo que se podía abandonar cuando estaba semicompletado. Así y todo, sería buena idea obedecer esa ridícula solicitud: a Chandler ya no lo apreciaban en las regiones que daban hacia el Sol, aunque no por culpa de él. La recolección del hielo de los anillos de Saturno y su posterior acarreo hacia Venus y Mercurio, donde se lo necesitaba realmente, había comenzado en la década del 2700: tres siglos atrás. El capitán Chandler nunca logró ver diferencia real alguna en las imágenes de «antes y después» que los conservacionistas solares siempre estaban mostrando para respaldar sus acusaciones de vandalismo celeste, pero el gran público, todavía sensible a los desastres ecológicos de siglos anteriores, había opinado de manera diferente, y la propuesta de «No tocar Saturno» se había aprobado por considerable mayoría. Como resultado, Chandler ya no era un Cuatrero de los Anillos, sino un Arredor de Cometas.

Así que ahí estaba, a una apreciable fracción de la distancia a Alfa del Centauro, reuniendo trozos rezagados provenientes del Cinturón de Kuiper. Por cierto que aquí había suficiente hielo como para cubrir a Mercurio y Venus con océanos de kilómetros de profundidad, pero podría llevar siglos extinguir las erupciones volcánicas de esos planetas y hacer que fueran aptos para habitarlos. Los conservacionistas solares, claro está, todavía protestaban contra esto, aunque ya no con tanto entusiasmo: los millones de muertos causados por la ola sísmica que generó el asteroide que se estrelló en el Pacífico en 2034 —¡qué irónico que el impacto, de haberse producido en tierra firme, habría ocasionado mucho

menos daño!— les habían recordado a todas las generaciones futuras que la especie humana tenía demasiados huevos en una sola y frágil canasta.

« Bueno », se dijo Chandler, « pasarán cincuenta años antes de que este paquete en particular llegue a destino, así que la demora de una semana apenas si significaría mucha diferencia. Pero todos los cálculos sobre rotación, centro de masa y vectores de impulsión se tendrían que rehacer y retransmitir a Marte para que los corroboren ». Era una buena idea hacer las sumas con cuidado, antes de empujar miles de millones de toneladas de hielo a lo largo de una órbita que podría ponerlo a una distancia tal que bombardeara la Tierra con granizo.

Tal como lo había hecho tantas veces antes, la mirada del capitán Chandler erró hacia la antigua fotografía que tenía sobre el escritorio: mostraba un vapor de tres mástiles, empequeñecido en comparación con la montaña de hielo que se alzaba amenazador a su lado, tal como, por cierto, la *Goliath* estaba empequeñecida en ese mismo instante.

Qué increíble, había pensado Chandler a menudo, que nada más que un solo período largo de vida salvara el abismo entre esa primitiva *Discovery* y la nave homónima que había viajado a Júpiter. ¿Y qué habrían pensado aquellos exploradores antárticos de antaño de la vista que él tenía desde su puente?

Ciertamente se habrían sentido desorientados, pues la muralla de hielo al lado de la cual flotaba la *Goliath* se extendía hacia arriba y hacia abajo hasta donde alcanzaba la vista. Y era un hielo de aspecto extraño, carente por completo de los azules y blancos inmaculados de los gélidos mares polares. De hecho, parecía estar sucio, y lo estaba en verdad, ya que nada más que el noventa por ciento era agua-hielo; el resto era una mezcla de compuestos de carbono y azufre, la mayor parte de los cuales sólo era estable a temperaturas que no superaran mucho el cero absoluto. Descongelarlos podría producir desagradables sorpresas: tal como había dicho un astroquímico, en un ahora famoso comentario: « Los cometas tienen mal aliento ».

—Capitán a todo el personal —anunció Chandler—. Hubo un ligero cambio de programa: se nos pidió que demoremos las operaciones para investigar un blanco que captó el radar de Guardián Espacial.

—¿Dieron detalles? —preguntó alguien, cuando se hubo acallado el coro de quejidos que se hizo oír por el intercomunicador de la nave.

—No muchos, pero infiero que se trata de otro proyecto de la Comisión del Milenio que se olvidaron de cancelar.

Más quejidos: la tripulación estaba sinceramente hastiada de todos los festejos planeados para celebrar el fin de los 2000. Hubo un suspiro general de alivio cuando el 1 de enero de 3001 transcurrió sin novedad, y la especie humana pudo reanudar sus actividades normales.

—De todos modos, es probable que sea otra falsa alarma como la última. Volveremos al trabajo lo más pronto que podamos. Capitán fuera.

Ésa era la tercera búsqueda inútil en la que había intervenido durante su carrera, pensó Chandler de mal humor. A pesar de los siglos de exploración, el Sistema Solar todavía podía producir sorpresas, y era de suponer que Guardián Espacial tenía buenos motivos para hacer ese pedido. Chandler sólo albergaba la esperanza de que algún idiota imaginativo no hubiera avistado, una vez más, el mítico Asteroide Dorado. Si existía en verdad —cosa que Chandler no creía en absoluto—, no sería más que una curiosidad mineralógica: tendría mucho menos valor real que el hielo que ahora estaban empujando en dirección del Sol, para dar vida a mundos estériles.

Había una posibilidad, empero, a la que Chandler sí tomaba en serio: la especie humana ya había esparcido sus sondas robot a través de un volumen de espacio de cien años luz de ancho... y el monolito de Tycho era recordatorio suficiente de que civilizaciones mucho más antiguas ya se habían dedicado a actividades similares. Muy bien podría haber otros artefactos alienígenas en el Sistema Solar, o en viaje hacia él. El capitán Chandler sospechaba que Guardián Espacial tenía algo así en mente. Caso contrario, difícilmente habría hecho salir de curso a un remolcador espacial Clase I para ir a perseguir una señal no identificada de radar.

Cinco horas después, la *Goliath* captó el eco con alcance extremo; aun tomando en cuenta la distancia, parecía tener una pequeñez decepcionante. No obstante, a medida que se volvía más claro y fuerte, empezó a dar el registro de un objeto metálico, quizá de algunos metros de largo. Estaba viajando en una órbita que se alejaba del Sistema Solar, por lo que casi con seguridad, decidió Chandler, era uno de los innumerables trozos de desechos espaciales que la humanidad había lanzado hacia las estrellas durante el milenio pasado... y que algún día podrían proporcionar la única prueba de que la especie humana había existido.

Después estuvo lo suficientemente cerca como una inspección visual, y el capitán Dimitri Chandler se dio cuenta, con pasmado asombro, de que algún paciente historiador todavía estaba revisando los primeros registros de la Era Espacial. ¡Qué lástima que las computadoras le hubieran dado la respuesta a él, tan sólo unos pocos años demasiado tarde para las celebraciones del Milenio!

—*Goliath* aquí: —fue lo que transmitió Chandler en dirección a la Tierra, con orgullo y solemnidad en la voz—, traemos a bordo un astronauta de mil años de antigüedad... y puedo imaginar quién es.

2. Despertar

Frank Poole despertó, pero no recordaba. Ni siquiera estaba seguro de su nombre.

Evidentemente estaba en una sala de hospital: aun cuando sus ojos seguían estando cerrados, el más primitivo, y evocador, de los sentidos le dijo eso. Cada inhalación traía el tenue, y no desagradable, olor penetrante de antisépticos disueltos en el aire, y eso desencadenó el recuerdo de la época en la que —¡por supuesto!—, cuando era un adolescente imprudente, se rompió una costilla en el Campeonato de Aladeltismo de Arizona.

Ahora todo estaba empezando a volver: soy el representante comandante Frank Poole, oficial administrativo, USSS *Discovery*, en misión de Máximo Secreto a Júpiter...

Pareció como si una mano de hielo le hubiera aferrado el corazón: recordó, en repetición en cámara lenta, aquella góndola desbocada disparada hacia él, con las garras metálicas extendidas. Después, el impacto silencioso, y el no tan silencioso siseo del aire escapándose de su traje. Después de eso... un último recuerdo: el de girar indefenso en el espacio, tratando en vano de reconectar la manguera de aire rota.

Bien, cualquiera que fuese el misterioso accidente que les hubiera ocurrido a los controles de la góndola espacial, ahora estaba a salvo. Cabe suponerse que Dave había hecho una rápida AEV y lo había rescatado antes que la falta de oxígeno le produjera daño permanente en el cerebro.

«¡El bueno de Dave!», se dijo a sí mismo, «debo agradecerle... ¡un momento: es evidente que ahora no estoy a bordo de la *Discovery*... Seguramente no estuve inconsciente tanto tiempo como para que me hayan traído de vuelta a la Tierra!».

Su confuso curso de pensamientos fue interrumpido abruptamente por la llegada de una jefa y dos enfermeras, que llevaban el uniforme inmemorial de su profesión. Parecían estar algo sorprendidas: Poole se preguntó si había despertado antes de lo previsto, y la idea le produjo una sensación infantil de satisfacción.

—¡Hola! —dijo, después de varios intentos. Las cuerdas vocales parecían tener mucha ronquera—. ¿Cómo estoy?

La jefa de enfermeras le devolvió la sonrisa y le dio una obvia orden de « No intente hablar» , poniéndose el dedo sobre los labios. Después, las dos enfermeras rápidamente lo movieron con pericia, producto de la práctica. Comprobando el pulso, la temperatura y los reflejos. Cuando una de ellas le levantó el brazo derecho y lo dejó caer otra vez, Poole advirtió algo particular: el brazo caía con lentitud y no parecía pesar tanto como lo normal. Ni, si era por eso, parecía hacerlo su cuerpo, cuando intentó moverse.

« Así que debo de estar en un planeta» , pensó, « o en una estación espacial con gravedad artificial; por cierto que no en la Tierra: no peso lo suficiente» .

Estaba a punto de hacer la pregunta obvia, cuando la jefa de enfermeras le apretó algo contra el costado del cuello, sintió una leve sensación de hormigueo, y volvió a hundirse en un sueño sin sueños. Justo antes de quedar inconsciente tuvo tiempo para que se le presentara otro pensamiento enigmático más:

« Qué extraño que nunca dijeran una sola palabra durante todo el tiempo que estuvieron conmigo» .

3. Rehabilitación

Cuando volvió a despertar y encontró a la jefa y sus enfermeras paradas en torno de la cama, Poole se sintió lo suficientemente fuerte como para imponerse:

—¿Dónde estoy? ¡Seguramente eso sí me lo pueden decir!

Las tres mujeres intercambiaron una mirada, evidentemente irresolutas respecto de lo que debían hacer después. Entonces respondió la jefa, articulando las palabras muy lenta y cuidadosamente:

—Todo está bien, señor Poole. El profesor Anderson estará aquí en un minuto... Él explicará. «¿Explicar qué?», pensó Poole, con cierta exasperación. «Pero, por lo menos, la mujer habla mi idioma, aunque no puedo localizar su acento...».

Anderson ya debía de haber estado en camino, pues la puerta se abrió instantes después... para permitir que Poole pudiera divisar brevemente la presencia de una pequeña multitud de inquisitivos mirones que lo escudriñaba. Empezó a sentirse como el espécimen nuevo de un zoológico.

El profesor Anderson era un hombre pequeño, pulcro, cuyos rasgos parecían haber combinado aspectos clave de varias razas —china, polinesia, nórdica— en forma completamente confusa. Saludó a Poole levantando la palma derecha; después tuvo una obvia reacción tardía y le estrechó la mano, pero con una vacilación tan curiosa, que podría haber estado ensayando algún gesto para nada familiar. —Me encanta ver que tiene tan buen aspecto, señor Poole... Lo tendremos de pie dentro de muy poco.

Una vez más, ese extraño acento y lenta emisión, pero el trato amable era el de todos los médicos, en todos los lugares y en todos los tiempos.

—Me alegra oír eso. Ahora quizás usted pueda responder algunas preguntas...

—Por supuesto, por supuesto. Pero nada más que un minuto.

Anderson le habló tan rápida y quedamente a la jefa de enfermeras, que Poole sólo pudo captar algunas palabras, varias de las cuales le eran por completo desconocidas. Después, la jefa hizo una señal de asentimiento a una de las enfermeras, que abrió el armario que había en una pared y extrajo una delgada banda metálica, que procedió a envolver en torno de la cabeza de Poole.

—¿Para qué es esto? —preguntó, comportándose como uno de esos pacientes difíciles, tan molesto para los médicos, que siempre quieren saber qué les está

pasando—. ¿Lectura de EEG?

El profesor, la jefa y las enfermeras parecían estar igualmente desconcertados. Después, una sonrisa lenta se extendió por la cara de Anderson:

—Oh... electro... encef... alo... grama —dijo con lentitud, como si estuviera extrayendo la palabra de lo más profundo de la memoria—. Tiene toda la razón: tan sólo queremos revisar la actividad de su cerebro.

—Mi cerebro funcionaría perfectamente bien, si me permitieran utilizarlo —refunfuñó Poole por lo bajo—. Pero, por lo menos, parecemos estar llegando a algo... ¡por fin!

—Señor Poole —dijo Anderson, todavía hablando en ese tono curiosamente formal, como si se estuviera arriesgando a usar un idioma extranjero—, usted sabe, claro que sí, que resultó... incapacitado... en un grave accidente, mientras estaba trabajando afuera de la *Discovery*.

Poole asintió con la cabeza, indicando que comprendía.

—Estoy empezando a sospechar —dijo con frialdad— que «incapacitado» es una manera exageradamente delicada de plantear los hechos.

Anderson se relajó visiblemente, y una sonrisa lenta empezó a extenderse por su cara:

—Tiene toda la razón. Dígame lo que usted cree que pasó.

—Pues, la mejor posibilidad que se me ocurre es que, después que quedé inconsciente, Dave Bowman me rescató y trajo de vuelta a la nave. ¿Cómo está Dave? ¡Nadie me dice nada!

—Todo a su debido tiempo... ¿Y la peor posibilidad?

Frank Poole tuvo la impresión de que un viento gélido le soplabla con suavidad en la nuca. La sospecha que se le había estado formando con lentitud en la mente empezó a tomar consistencia.

—Que morí, pero que se me trajo de vuelta acá, donde sea que «acá» esté, y que ustedes pudieron revivirme. Gracias...

—Completamente correcto. Y usted está de vuelta en la Tierra... bueno, muy cerca de ella.

¿Qué quería decir con «muy cerca de ella»? En verdad, ahí existía un campo gravitatorio, así que era probable que Poole estuviera en lenta rotación en el interior de la rueda de una estación espacial en órbita. No importaba: había algo mucho más importante en que pensar.

Poole hizo algunos cálculos mentales rápidos: si Dave lo había puesto en el hibernáculo, revivido al resto de la tripulación y completado la misión a Júpiter... ¡pues entonces pudo haber estado «muerto» durante tanto como cinco años!

—¿Qué fecha es, exactamente? —preguntó, con la mayor calma que le fue posible.

El profesor y la jefa intercambiaron una mirada. Una vez más, Poole sintió ese viento frío en la nuca.

—Debo decirle, señor Poole, que Bowman no lo rescató: él creyó, y no lo podemos culpar por eso, que usted estaba irrevocablemente muerto. Al mismo tiempo se enfrentaba con una crisis desesperadamente grave que amenazaba su propia supervivencia...

» Así que usted se fue a la deriva por el espacio, pasó al otro lado del sistema de Júpiter y se dirigió hacia las estrellas. Por suerte se encontraba tan por debajo del punto de congelación, que no tenía actividad metabólica... pero es casi un milagro que, lisa y llanamente, se lo haya podido encontrar. Usted es uno de los hombres actualmente vivientes con más suerte... no: ¡que haya vivido jamás!

« ¿Lo soy? », se preguntó lúgubrementes. « ¡Cinco años, de veras! Podría ser un siglo... o quizá más ».

—Dígamelo de una buena vez —exigió.

El profesor y la jefa parecían estar consultando un monitor invisible: cuando se miraban entre sí e inclinaban la cabeza en señal de asentimiento, Poole imaginaba que todos estaban conectados con el circuito de informaciones del hospital, que lo estaba con la banda que él llevaba en la cabeza.

—Frank —dijo el profesor Anderson, pasando con rapidez al papel de médico de cabecera que conoce al paciente desde hace mucho tiempo—, esto va a ser una gran conmoción para usted, pero es capaz de aceptarlo... y cuanto más pronto lo sepa, mejor:

» Estamos cerca del comienzo del Cuarto Milenio. Créame: usted abandonó la Tierra hace casi mil años.

—Le creo —respondió Poole con calma. Después, para gran molestia suya, la habitación empezó a girar alrededor de él, y ya no supo más.

Cuando recuperó la conciencia, encontró que ya no estaba en una triste sala de hospital, sino en un lujoso departamento con atractivos, y continuamente cambiantes, imágenes en las paredes; algunas eran pinturas famosas y familiares; otras mostraban paisajes terrestres y marinos que podrían remontarse a la propia época de Poole. No había nada que resultara extraño o perturbador... Eso, sospechaba, llegaría más tarde.

Era evidente que habían programado cuidadosamente su entorno actual: se preguntaba si en alguna parte existía el equivalente de una pantalla de televisión (¿cuántos canales tendría el Tercer Milenio?), pero no pudo ver signo alguno de controles próximos a su cama. Tendría que aprender tanto en ese nuevo mundo: era un salvaje que súbitamente se había topado con la civilización.

Pero primero tenía que recuperar fuerzas... y aprender el idioma: ni siquiera el advenimiento de la grabación del sonido, que ya tenía más de un siglo de antigüedad cuando Poole nació, había evitado que se produjeran cambios de importancia en la gramática y la pronunciación. Y hubo miles de palabras nuevas, provenientes, de modo principal, de la ciencia y la tecnología, aunque a menudo Poole podía hacer una conjetura perspicaz respecto de lo que

significaban.

Más frustrantes, empero, eran las ingentes cantidades de nombres personales de fama y de infamia que se habían acumulado en el transcurso del milenio, y que nada significaban para Poole. Durante semanas, hasta que pudo reunir un Banco de datos, la mayoría de sus conversaciones tuvo que interrumpirse con biografías envasadas.

A medida que aumentaban sus fuerzas, así lo hacía la cantidad de sus visitantes, si bien siempre bajo el ojo avizor del profesor Anderson. Entre ellos figuraban médicos especialistas, eruditos en varias disciplinas y, lo que era de mayor interés para Poole, comandantes de naves espaciales.

Poco era lo que les podía decir a los médicos e historiadores que no se hubiera grabado en alguna parte de los gigantescos Bancos de datos sobre la humanidad, pero a menudo podía brindarles atajos y un nuevo discernimiento sobre los acontecimientos de la época de la que él venía. Aunque todos lo trataban con el máximo respeto y escuchaban con paciencia cuando trataba de responder a las preguntas que le hacían, parecían ser renuentes a contestar a las suyas. Poole estaba empezando a sentir que se lo sobreprotegía de la conmoción cultural y, a medias en serio, se preguntaba cómo podría escapar de su habitación. En las pocas ocasiones en que estaba a solas, no le sorprendía descubrir que la puerta estaba cerrada con llave.

Entonces, la llegada de la doctora Indra Wallace lo cambió todo. A pesar de su nombre, su principal componente racial parecía ser japonés, y había ocasiones en las que, con un poco de imaginación, Poole se la podía representar como una *geisha* bastante madura. Difícilmente ésa era la imagen adecuada para una distinguida historiadora que poseía una Cátedra Virtual en una universidad que todavía se jactaba de tener prestigio.

—Señor Poole —empezó, con mucha seriedad—, se me designó como su guía oficial y, digamos, tutora. Mis antecedentes: me especialicé en la época en que usted vivió. Mi tesis fue « El Colapso de la Nación-Estado, 2000-50 ». Creo que nos podemos ayudar mutuamente de muchas maneras.

—Estoy seguro de que podemos. Lo primero es que desearía que me saque de aquí, así puedo ver un poco de su mundo.

—Precisamente eso es lo que queremos hacer, pero, primero, debemos darle una Ident. Hasta entonces, usted será... ¿cuál era el término...?, una persona no existente. Le sería casi imposible ir a parte alguna, o que se haga cosa alguna por usted. Ningún dispositivo de entrada reconocería su existencia.

—Eso era lo que esperaba —contestó Poole, con una sonrisa irónica—. Así estaba empezando a ser la situación en mi época... y mucha gente odiaba la idea.

—Y algunos todavía la odian: se alejan y viven en ambientes silvestres. ¡Ahora, en la Tierra, hay muchos más que los que existían en su siglo!, pero

siempre llevan sus comunicadores portátiles, así pueden solicitar ayuda no bien se meten en problemas... el tiempo medio es de unos cinco días.

—Lamento oír eso. Es evidente que la especie humana se ha deteriorado.

Estaba probando con cautela a la historiadora, tratando de encontrar sus límites de tolerancia y de obtener un mapa de su personalidad. Era obvio que iban a pasar mucho tiempo juntos, y que él iba a depender de ella en centenares de maneras. Así y todo, aún no estaba seguro de si le iba a gustar siquiera: quizás ella simplemente lo veía como a una fascinante pieza de museo.

Muy para sorpresa de Poole, la mujer estuvo de acuerdo con sus críticas.

—Eso puede ser cierto... en algunos aspectos. Quizá somos más débiles en la parte física, pero somos más sanos y estamos mejor adaptados que la mayoría de los seres humanos que hayan vivido jamás. El Noble Salvaje siempre fue un mito.

Fue hasta una pequeña placa rectangular, ubicada en la puerta a la altura de los ojos; tenía el tamaño aproximado de una de las innumerables revistas que habían proliferado en la muy distante Era de la Imprenta, y Poole advirtió que cada habitación parecía tener una, cuando menos. Por lo común estaban en blanco pero, en ocasiones, contenían líneas de texto que se desplegaba con lentitud, completamente carente de significado para Poole, aun cuando la mayoría de las palabras le era familiar. Una vez, una placa de su habitación había emitido unos zumbidos urgentes, a los que Poole no había prestado atención, suponiendo que alguna otra persona se encargaría del problema, cualquiera que fuera. Por fortuna, el ruido se detuvo de modo tan abrupto como había comenzado.

La doctora Wallace apoyó la palma de la mano sobre la placa; después la levantó al cabo de pocos segundos. Miró a Poole y después, con un sonrisa, le dijo:

—Venga y mire esto.

La inscripción que había aparecido repentinamente estuvo llena de sentido cuando Poole la leyó con lentitud:

WALLACE, INDRA F2970, 11, 03/31,885//HIST.OXFORD

—Supongo que quiere decir Mujer; fecha de nacimiento 11 de marzo de 2970... y que es adjunta del Departamento de Historia de Oxford. E intuyo que 31 885 es un número de identificación personal. ¿Correcto?

—Excelente, señor Poole. He visto algunas de las direcciones de correo electrónico y de los números de tarjetas de crédito de ustedes: ¡horribles series de galimatías alfanuméricas que era imposible que alguien pudiese recordar! Pero todos conocemos la fecha de nuestro nacimiento, la que comparten no más que otras noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve personas más. Así que un número de cinco cifras es todo lo que se necesita y, aun si lo olvidara, no importa: como puede ver, es parte de uno.

—¿Implante?

—Sí. Nanoprocesador en el momento del nacimiento; uno en cada palma, para redundancia. Ni siquiera sentirá el suyo cuando lo pongan. Pero usted nos ha creado un pequeño problema...

—¿Cuál?

—Las lectoras con las que se encontrará la mayor parte del tiempo son demasiado tontas como para creer su fecha de nacimiento, por lo que, con su permiso, la atrasamos mil años.

—Permiso concedido. ¿Y el resto de la Ident?

—Optativo. Puede dejarlo vacío, dadas sus preocupaciones y ubicación actuales... o usarlo para mensajes personales, globales o de interés personal. Algunas cosas, Poole estaba completamente seguro, no habían cambiado en el curso de los siglos: una elevada proporción de esos mensajes «de interés personal» serían muy personales por cierto.

Se preguntó si todavía existirían los censores autonombrados o designados por el Estado... y si sus esfuerzos por mejorar la moralidad de los demás habrían alcanzado más éxito que los de su propia época.

Le tendría que preguntar a la doctora Wallace sobre eso, cuando la conociera mejor.

4. Un cuarto con vista

—Frank, el profesor Anderson opina que estás lo suficientemente fuerte como para caminar un poco.

—Me satisface mucho oír eso. ¿Conoces la expresión «como tigre enjaulado»?

—No... pero puedo imaginar lo que significa.

Poole se había adaptado tanto a la baja gravedad, que las zancadas que estaba dando le parecían perfectamente normales. Medio G, había estimado: justo lo suficiente como para brindar sensación de bienestar. En su caminata encontraron nada más que unas pocas personas, todas ellas extrañas, pero todas les brindaban una sonrisa de reconocimiento. «En estos momentos», se dijo Poole con un dejo de arrogancia, «debo de ser una de las celebridades más populares de este mundo. Eso debería resultarme de gran ayuda... una vez que decida qué hacer con el resto de mi vida: por lo menos otro siglo, si he de creer a Anderson...».

El corredor por el cual estaban caminando carecía por completo de detalles destacados, con la salvedad de ocasionales puertas numeradas, cada una ostentando uno de los paneles de recon universal. Poole había seguido a Indra durante doscientos metros, quizá, cuando se paró en seco, conmocionado por no haberse dado cuenta de algo que saltaba a la vista:

—¡Esta estación espacial debe de ser enorme! —exclamó. Indra le devolvió la sonrisa.

—¿No tenían ustedes un dicho: «Y todavía no vieron todo»?

—No vieron nada... —corrigió distraídamente. Todavía estaba tratando de estimar la escala de esa estructura, cuando recibió otra sorpresa: ¿quién habría imaginado una estación espacial suficientemente grande como para jactarse de tener un tren subterráneo en miniatura, había que admitirlo, con un solo coche con capacidad para nada más que una docena de pasajeros?

—Sala de Observación Tres —ordenó Indra, y se alejaron de la terminal silenciosa y velozmente.

Poole controló la hora en la compleja pulsera cuyas funciones todavía estaba explorando. Una de las sorpresas menores había sido que todo el mundo ahora tenía Hora Universal: el confuso empatchado de los Husos Horarios había sido eliminado, de un plumazo, por el advenimiento de las comunicaciones globales.

Mucho se había hablado sobre eso, allá por el siglo XXI, y hasta se había sugerido que se debía reemplazar la hora solar por la sideral. Después, en el transcurso del año, el Sol se desplazaría siguiendo el reloj, fijándose en la hora a la que había salido seis meses antes.

Sin embargo, nada había surgido de esa propuesta sobre «Hora igual en el Sol» ... ni de los aún más vociferados intentos por modificar el almanaque. Ese trabajo en particular, se había sugerido con cinismo, tendría que esperar a que se produjeran algunos avances de importancia en la tecnología. Seguramente algún día se corregiría uno de los errores de menor importancia cometidos por Dios, y la órbita de la Tierra se adecuaría para que cada año tuviera doce meses de treinta días exactamente iguales...

Tanto como Poole podía juzgar por la velocidad y el tiempo transcurrido, debían de haber viajado tres kilómetros, cuando menos, antes de que el vehículo se detuviera en silencio, las portezuelas se abrieran y una suave voz automática salmodiara:

—Que tengan una buena vista. Hay treinta y cinco por ciento de nubosidad.

«Por fin», pensó Poole, «nos estamos acercando a la pared exterior». Pero aquí se planteaba otro misterio: a pesar de la distancia recorrida, ¿ni la potencia ni la dirección de la gravedad se habían alterado! Poole no podía imaginar una estación espacial rotatoria tan inmensa como para que el vector G no se modificara por tal desplazamiento... ¿Podía ser que estuviera en un planeta, después de todo? Pero entonces se sentiría más liviano (mucho más liviano, por lo común) en cualquier otro mundo habitable del Sistema Solar.

Cuando la puerta exterior de la terminal se abrió, y Poole se halló ingresando en una pequeña esclusa de aire, se dio cuenta de que en verdad debía de estar en el espacio. Pero ¿dónde estaban los trajes espaciales? Miró en derredor con angustia: iba contra todos sus instintos estar tan cerca del vacío, desnudo y desprotegido. Una experiencia de ésas había sido suficiente...

—Ya casi estamos ahí —dijo Indra, con tono tranquilizador.

La última puerta se abrió, y Poole quedó mirando la absoluta negrura del espacio, a través de una enorme ventana curvada, tanto en sentido vertical como horizontal. Se sintió como un pecesito en su pecera, y deseó que los diseñadores de esa audaz muestra de ingeniería supieran con exactitud lo que estaban haciendo. Indudablemente poseían mejores materiales estructurales que los que habían existido en su época.

Aunque las estrellas debían de estar brillando ahí afuera, los ojos de Poole adaptados a la luz nada podían ver, salvo el negro vacío más allá de la curva del gran ventanal. Cuando empezó a caminar hacia él para tener una visión más amplia, Indra se lo impidió y señaló directamente hacia adelante:

—Mire con cuidado —indicó— ¿no lo ve?

Poole parpadeó y miró con fijeza hacia la noche. Con seguridad debía de ser

una imagen engañosa... hasta, Dios libre y guarde, ¡una grieta en el ventanal!

Movió la cabeza de un lado al otro: no, era real. Pero ¿qué podría ser? Recordó la definición de Euclides: « Una recta tiene longitud, pero no espesor » .

Pues abarcando toda la altura del ventanal y, evidentemente, continuando hacia arriba y hacia abajo hasta salir del campo visual, había un filamento de luz que se podía ver con mucha facilidad cuando se lo buscaba, pero que era tan unidimensional que ni siquiera se le podía aplicar el término « delgado » . Sin embargo, no estaba del todo exento de detalles: en toda su longitud había puntos, apenas visibles, de brillantez verde, como gotas de agua en una telaraña.

Poole siguió caminando hacia el ventanal, y la visión se amplió hasta que, por fin, pudo ver lo que se encontraba debajo de él. Era suficientemente familiar: todo el continente de Europa y mucho del norte de África, tal como los había visto muchas veces desde el espacio. Así que estaba en órbita después de todo, en una ecuatorial probablemente, a una altitud de, cuando menos, mil kilómetros. Indra lo miraba con sonrisa burlona.

—Acérquese al ventanal —dijo con mucha suavidad—, para poder mirar directamente hacia abajo. Espero que no padezca de vértigo.

« ¡Qué cosa ridícula para decirle a un astronauta! » , se dijo Poole, mientras avanzaba. « Si hubiera sufrido de vértigo, no estaría en esta profesión... » .

El pensamiento acababa de ocurrírsele, cuando gritó « ¡Dios mío! » y, de modo involuntario, se alejó del ventanal. Después, recuperando coraje, se atrevió a mirar otra vez.

Estaba mirando el distante Mediterráneo desde el frente de una torre cilíndrica, cuya pared de suave curvatura indicaba un diámetro de varios kilómetros. Pero eso era nada, en comparación con su longitud, pues se iba aguzando cada vez más hacia abajo, muy hacia abajo... hasta desaparecer en las brumas que estaban en algún sitio por encima de África. Supuso que continuaba sin interrupción hasta la superficie terrestre.

—¿A qué altura estamos? —susurró.

—Dos mil kas. Pero ahora mire hacia arriba.

Esta vez no fue tanta la conmoción; había esperado lo que iba a ver: la torre iba menguando su tamaño hasta convertirse en un filamento rutilante recortado contra la negrura del espacio, y no tuvo la menor duda de que continuaba sin interrupción hasta la órbita geoestacionaria, treinta y seis mil kilómetros por encima del ecuador. Tales fantasías habían sido bien conocidas en los días de Poole, pero él nunca soñó que vería la realidad... y que estaría viviendo en ella.

Señaló el lejano filamento que se alzaba desde el horizonte oriental.

—Ésa debe de ser otra.

—Sí: la Torre Asiática. Para ellos debemos de tener exactamente el mismo aspecto.

—¿Cuántas hay?

—Sólo cuatro, con igual espaciamento en torno del ecuador: África, Asia, América, Pacífica; esta última casi vacía; nada más que unos pocos centenares de niveles completados. Nada para ver, salvo agua...

Poole todavía estaba absorbiendo ese maravilloso concepto, cuando lo acometió un pensamiento perturbador:

—En mi época ya había miles de satélites a toda clase de altitudes: ¿cómo evitan las colisiones?

Indra dio la impresión de estar levemente turbada.

—Sabe, nunca pensé en eso: no es mi campo. —Vaciló un instante, siendo claro que estaba hurgando en la memoria. Después, el rostro se le iluminó:

—Tengo entendido que hace siglos se llevó a cabo una gran operación de limpieza: sencillamente no hay satélites por debajo de la órbita estacionaria.

Eso tenía sentido, se dijo a sí mismo Poole. No serían necesarios: las cuatro torres gigantes podrían proporcionar todos los medios otrora proporcionados por miles de satélites y estaciones espaciales.

—¿Y nunca hubo algún accidente, alguna colisión con naves espaciales que salían de la Tierra o que volvían a ingresar en la atmósfera?

Indra lo miró con sorpresa:

—Pero ya no los hay, en absoluto. —Señaló hacia el techo—. Todos los espaciopuertos están donde deben estar, ahí afuera, en el anillo exterior. Tengo entendido que han transcurrido cuatrocientos años desde que el último cohete despegó de la superficie de la Tierra.

Poole todavía estaba digiriendo esto, cuando una anomalía trivial atrajo su atención. Su preparación como astronauta lo había hecho estar alerta ante cualquier cosa que escapara de lo común: en el espacio, eso podría ser cuestión de vida o muerte.

El Sol estaba fuera de la vista, muy en lo alto, pero los rayos que fluían a través del ventanal pintaban una brillante banda de luz sobre el piso que tenían a los pies. Cortando esa banda en ángulo, había otra, mucho más tenue, de modo que el marco del ventanal daba una doble sombra.

Poole casi tuvo que ponerse de rodillas para poder atisbar el cielo. Había creído que ya nada lo sorprendería, pero el espectáculo de dos soles lo dejó momentáneamente sin habla.

—¿Qué es eso? —jadeó, una vez que hubo recobrado el aliento.

—Oh... ¿no se lo dijeron?: ése es Lucifer.

—¿La Tierra tiene otro sol?

—Bueno, no nos da tanto calor, pero dejó a la Luna fuera de combate... Antes que la Segunda Misión fuera allá para buscarlos a ustedes, ése fue el planeta Júpiter.

«Sabía que tendría mucho para aprender en este nuevo mundo», se dijo Poole, «pero exactamente cuánto, jamás me lo habría imaginado».

5. Educación

Poole se sintió a la vez atónito y encantado cuando llevaron el televisor a la habitación y lo colocaron a los pies de su cama. Encantado, porque padecía un caso leve de inanición informativa, y atónito porque se trataba de un modelo que ya era obsoleto en su propia época.

—Tuvimos que prometerle al museo que lo devolveríamos —le informó la jefa de enfermeras—, y espero que usted sepa cómo usar esto.

Mientras acariciaba el control remoto, Poole sintió que una ola de tremenda nostalgia lo inundaba. Como pocos aparatos más podrían hacerlo, ése le trajo recuerdos de su niñez y de los días en los que los televisores eran demasiado estúpidos como para entender órdenes verbales.

—Gracias, jefa. ¿Cuál es el mejor canal? La mujer pareció quedar perpleja por la pregunta, pero después se le iluminó la cara:

—Ah, ya entiendo lo que quiere decir. Pero el profesor Anderson cree que usted aún no está listo, así que Archivos reunió una colección que hará que se sienta como en su casa.

Poole se preguntó brevemente cuál sería el medio de almacenamiento en esos nuevos tiempos. Todavía podía recordar los discos compactos, y su excéntrico y querido tío George había sido el orgulloso poseedor de una anticuada colección de discos de vinilo. Pero no había duda alguna de que el torneo tecnológico debió de haber culminado hacia siglos según el usual estilo darwiniano, con la supervivencia del más apto.

Tuvo que admitir que la selección estaba bien hecha, por alguien (¿Indra?) familiarizado con los comienzos del siglo XXI. No había material perturbador: nada de guerras y violencia, y muy poco de negocios o política contemporáneos, todo lo cual ahora sería por completo impropio. Había algunas comedias livianas, encuentros deportivos (¿cómo supieron que él había sido un entusiasta aficionado al tenis?), música clásica y popular, y documentales sobre la vida silvestre.

Y quienquiera que hubiese armado esa colección debió de haber tenido sentido del humor, pues de otro modo no habría incluido episodios de cada serie de *Viaje a las estrellas*. Cuando niño, Poole había conocido a Patrick Stewart y Leonard Nimoy: se preguntó qué habrían pensado, de haber podido saber el

destino del pequeño que tímidamente les había pedido el autógrafo.

A su pensamiento lo asaltó una idea deprimente, poco después de empezar a explorar —mucho del tiempo en Avance Acelerado— esas reliquias de lo pasado: en alguna parte había leído que para fines de siglo, ¡de su siglo!, había aproximadamente cincuenta mil estaciones de televisión transmitiendo simultáneamente. Si esa cifra se había conservado, y muy bien pudo haber aumentado, para esos momentos millones de millones de horas de programas de televisión debían de haber salido al aire. Así que aun el cínico más empedernido admitiría que era probable que hubiera, cuando menos, mil millones de horas de espectáculo que valía la pena ver... y millones que resultarían aprobados por las pautas más altas de excelencia: ¿cómo encontrar esas pocas agujas en un pajar tan gigantesco?

La idea era tan abrumadora —en verdad, tan deprimente— que, después de una semana de cada vez mayor navegación sin curso por los canales, Poole pidió que se llevaran el televisor. Quizá por suerte, cada vez tuvo menos tiempo para sí mismo durante las horas de vigilia, que continuamente se prolongaban más a medida que recobraba las fuerzas.

No había peligro de aburrirse, gracias al desfile incesante de no sólo los investigadores más serios, sino también de ciudadanos inquisitivos y, es de suponer, influyentes, que se las habían amañado para filtrarse a través de la guardia pretoriana impuesta por la jefa de enfermeras y el profesor Anderson. De todos modos se alegró cuando, un día, reapareció el televisor: estaba empezando a padecer síntomas de abstinencia y, esta vez, decidió ser más selectivo en lo que veía.

La venerable antigüedad llegó acompañada por Indra Wallace, que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Hemos encontrado algo que usted debe ver, Frank Creemos que lo ayudará a adaptarse... sea como fuere, estamos seguros de que lo disfrutará.

Poole siempre había pensado que esa observación era la receta para obtener aburrimiento garantizado, y se preparó para lo peor. Pero el comienzo lo atrapó instantáneamente, retro trayéndolo a su antigua vida como muy pocas cosas pudieron haberlo hecho. Reconoció de inmediato una de las voces más famosas de su época, y recordó que había visto ese mismo programa antes:

—Atlanta, 31 de diciembre de 2000...

» Ésta es CNN Internacional, a cinco minutos del amanecer del nuevo milenio, con todos sus desconocidos peligros y promesas...

» Pero antes de que intentemos explorar el futuro, echemos un vistazo mil años atrás y preguntémos: ¿Alguien que viviera en el año 1000 de la era común pudo haber imaginado, siquiera remotamente, nuestro mundo, o entenderlo, si se lo transportara en forma mágica a través de los siglos?

» A casi toda la tecnología que aceptamos como algo natural se la inventó

cerca del final mismo de nuestro milenio; la mayor parte de ella, en los últimos doscientos años: la máquina de vapor, la electricidad, los teléfonos, la radio, la televisión, el cine, la aviación, la electrónica y, en el transcurso de una sola generación, la energía nuclear y los viajes espaciales... ¿qué habrían pensado de esto las más grandes mentes del pasado? ¿Cuánto tiempo un Arquímedes o un Leonardo habrían podido conservar la cordura, si se los hubiera trasladado abruptamente a nuestro mundo?

» Resulta tentador creer que a nosotros nos iría mejor si se nos trasladara mil años hacia el futuro. Seguramente ya se habrían hecho los descubrimientos científicos fundamentales. Si bien habrá grandes perfeccionamientos en la tecnología, ¿habrá algún artefacto, alguna cosa, que resulte tan mágico e incomprensible para nosotros como una calculadora de bolsillo o una cámara de televisión lo habrían sido para Isaac Newton?

» Quizá nuestra era realmente esté escindida de todas aquellas que se fueron antes. Las telecomunicaciones, la capacidad de registrar imágenes y sonidos otrora irremediamente perdidos, la conquista del aire y del espacio... todo esto ha creado una civilización que está más allá de las fantasías más extravagantes del pasado. Y, lo que es igualmente importante, Copérnico, Newton, Darwin y Einstein modificaron de tal manera nuestra manera de pensar y nuestra perspectiva del universo, que para los más brillantes de nuestros predecesores casi podríamos dar la impresión de ser una nueva especie.

» ¿Y nuestros sucesores, dentro de mil años, nos mirarán con la misma piedad con la que contemplamos a nuestros ignorantes y supersticiosos ancestros, plagados de enfermedades y condenados a una vida breve? Estamos convencidos de que conocemos las respuestas para las preguntas que ellos podrían habernos hecho pero... ¿qué sorpresas guarda para nosotros el Tercer Milenio?

» Bueno, aquí viene...

Una gran campana empezó a dar los tañidos de la medianoche. La última vibración siguió latiendo en el silencio...

—Y así es como fueron las cosas... adiós, maravilloso y terrible siglo XX...

Después, la imagen se deshizo en infinita cantidad de fragmentos, y un nuevo locutor se hizo cargo, hablando con el acento que ahora Poole podía entender con facilidad, y que de inmediato lo trasladó al presente:

—Ahora, en los primeros minutos del año 3001, podemos responder a esa pregunta del pasado.

» Ciertamente, la gente del 2001 a la que ustedes acaban de observar no se sentiría tan completamente abrumada en nuestra época como alguien del 1001 se habría sentido en la de ellos. Muchos de nuestros progresos tecnológicos habrían sido previstos por ellos; en verdad, habrían esperado ciudades en satélites, y colonias en la Luna y los planetas. Hasta se podrían haber desilusionado, porque todavía no somos inmortales y sólo hemos enviado sondas a las estrellas más

próximas...

Bruscamente, Indra apagó la grabación.

—Vea el resto después, Frank se está cansando. Pero sí espero que lo ayude a adaptarse.

—Gracias, Indra. Tendré que conversarlo con la almohada. Pero en verdad me demostró algo.

—¿Qué?

—Que debo estar agradecido por no ser alguien del 1001 que hubiera caído en el 2001. Eso representaría un salto cuántico demasiado grande: no creo que alguien se pudiera adaptar a eso. Yo, por lo menos, conozco la electricidad y no me muero de miedo si una imagen empieza a hablarme.

«Espero», se dijo Poole, «que mi confianza esté justificada. Alguien dijo una vez que la tecnología suficientemente avanzada no puede distinguirse de la magia. ¿Me encontraré con la magia en este nuevo mundo... y sabré manejarla?» .

6. Casquete cerebral

—Temo que tendrá que tomar una decisión dolorosa —dijo el profesor Anderson, con una sonrisa que neutralizaba la exagerada gravedad de sus palabras.

—Puedo tomarla, doctor. Pero dígame las cosas sin vueltas.

—Antes que se le pueda colocar su casquete cerebral, tiene que estar completamente calvo. Así que ésta es su opción: a la velocidad que crece su cabello, habría que afeitarlo una vez por mes, como mínimo. O puede quitarlo en forma permanente.

—¿Cómo se hace eso?

—Tratamiento del cuero cabelludo con láser: mata la raíz de los folículos.

—Hmmm... ¿es reversible?

—Sí, pero eso es complicado y doloroso, y tarda semanas.

—Entonces veré si me gusta quedarme sin cabello, antes de tomar una decisión definitiva. No puedo olvidar lo que le pasó a Sansón.

—¿A quién?

—El personaje de un famoso libro antiguo. La novia le cortó el cabello mientras él dormía. Cuando despertó, toda su fuerza había desaparecido.

—Ahora lo recuerdo... ¡un simbolismo médico bastante obvio!

—No obstante, no me molestaría quedarme sin barba: me haría feliz dejar de afeitarme de una vez por todas.

—Haré los arreglos. ¿Y qué clase de peluca le gustaría? Poole rió:

—No soy particularmente vanidoso: creo que sería una molestia, y probablemente no me voy a preocupar. Es algo más que puedo decidir más adelante.

El que toda la gente en esa era fuese artificialmente calva fue un hecho sorprendente que Poole había sido bastante lerdo para descubrir. La primera revelación la tuvo cuando sus dos enfermeras se quitaron la frondosa cabellera, sin la más mínima señal de vergüenza, justo antes de que varios especialistas, igualmente calvos, vinieran para hacerle una serie de controles microbiológicos. Nunca había estado rodeado por tanta gente sin cabello, y su presunción inicial fue que ése era el último paso en la incesante guerra que la profesión médica libraba contra los gérmenes.

Al igual que muchas de sus conjeturas, ésta era por completo errónea y, cuando descubrió el verdadero motivo, se divirtió al ver qué a menudo habría estado seguro, de no haberlo sabido de antemano, que el cabello de sus visitantes no era de ellos. La respuesta fue: «Raramente con hombres; nunca con mujeres». Era, evidentemente, la gran época de los fabricantes de pelucas.

El profesor Anderson no perdió tiempo: esa tarde, las enfermeras aplicaron una especie de crema maloliente sobre la cabeza de Poole y, cuando éste se miró en el espejo una hora después, no se reconoció. «Bueno», pensó, «quizás una peluca sería una buena idea, después de todo...».

La colocación del casquete cerebral tomó algo más de tiempo. Primero hubo que hacer un molde, lo que requirió que Poole se sentara inmóvil durante algunos minutos, hasta que el yeso se endureciera. Daba por descontado que se le iba a decir que la cabeza no tenía la forma adecuada, cuando las enfermeras, con risitas sumamente carentes de profesionalismo, se las vieron en figurillas para zafarlo del molde.

—¡Auch, me duele! —se quejó. Acto seguido, el casquete en sí: un casco de metal que le cubría con precisión la cabeza, llegando casi hasta las orejas, y que generó un pensamiento nostálgico: «¡Ojalá pudieran verme ahora mis amigos judíos!» . Después de unos minutos quedó tan cómodo, que ni advertía que lo tenía puesto.

Poole ya estaba listo para la instalación, proceso que —ahora se daba cuenta, con una sensación próxima al asombro reverencial— había sido el Rito de Transición para casi toda la especie humana durante más de medio milenio.

—No es necesario que cierre los ojos: —dijo el técnico, al que habían presentado con el pretensioso título de «Ingeniero en Cerebros», casi siempre convertido en «Hombre de los Sesos» en la conversación cotidiana—. Cuando comience la colocación, todos los ingresos de información quedarán dominados: aun si mantuviera los ojos abiertos, no vería cosa alguna.

«Me gustaría saber si todos se sienten así de nerviosos», se preguntó Poole. «¿Es éste el último momento en el que tendré el control de mi propia mente? Así y todo, aprendí a confiar en la tecnología de esta época. Hasta ahora no me defraudó... claro que, como dice el antiguo proverbio, siempre hay una primera vez...» .

Tal como se le prometió, no sintió nada, salvo un suave cosquilleo cuando la incontable cantidad de nanocables se abrió camino a través del cuero cabelludo. Todos los sentidos seguían estando perfectamente normales; cuando recorrió la habitación con la mirada, todo se hallaba exactamente donde debía estar.

El Hombre de los Sesos (que llevaba su propio casquete conectado, como el de Poole, a un equipo que fácilmente se podría haber confundido con una computadora portátil del siglo XX), le sonrió con gesto tranquilizador:

—¿Listo? —preguntó.

Había ocasiones en las que las antiguas frases hechas eran las más adecuadas:

—Como nunca antes lo estuve —respondió Poole.

Con lentitud, la luz se atenuó... o pareció hacerlo. Se hizo un gran silencio y hasta la suave gravedad de la Torre dejó de retener a Poole: era un embrión flotando en un vacío carente de formas, aunque no en una completa oscuridad. Había conocido una tenebrosidad así, apenas visible, próxima al ultravioleta y en el borde mismo de la noche, sólo una vez en la vida: cuando descendió más de lo que aconsejaba la inteligencia, por la ladera de un precipicio que caía a pico en el borde exterior de la Gran Barrera de Coral. Al mirar hacia abajo, a los centenares de metros de vacuidad cristalina, había sentido tal sensación de desorientación, que experimentó un breve momento de pánico y casi dispara su unidad de fuerza ascendente, antes de recuperar el control de sí mismo. Es innecesario decir que nunca mencionó el incidente a los médicos de la NASA...

A una gran distancia, una voz habló desde el inmenso vacío que ahora parecía rodearlo. Pero no le llegó por los oídos: sonaba con suavidad en los retumbantes laberintos de su cerebro:

—Comienza calibración. De vez en cuando se le harán preguntas: puede responderlas en forma mental, pero puede ayudar que lo haga en forma verbal, ¿entiende?

—Sí —repuso Poole, preguntándose si sus labios en verdad se movían. No había manera de que pudiera saberlo.

Algo estaba apareciendo en el vacío; una cuadrícula de líneas delgadas, como una hoja enorme de papel reticulado. Se extendía hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, hasta los límites de la visión. Trató de mover la cabeza, pero la imagen se rehusaba a cambiar.

De un extremo a otro de la cuadrícula empezaron a pasar números centelleantes, demasiado veloces como para que los leyera, pero era de suponer que algún circuito los estaba grabando. No pudo dejar de sonreír (¿se movían las mejillas?) ante lo familiar de todo eso: se parecía exactamente al examen ocular, guiado por computadora, que cualquier oculista de su época le habría hecho a un paciente.

La cuadrícula se desvaneció, para ser reemplazada por suaves láminas de color que llenaban todo el campo visual. En pocos segundos pasaron como relámpagos desde un extremo del espectro al otro.

—Les pude haber dicho eso —murmuró silenciosamente—, mi visión de los colores es perfecta. Lo que sigue es la audición, supongo.

Tenía razón: un sonido tenue, de tamborileo, aceleró hasta convertirse en el tono más bajo de los do audibles; después trepó velozmente por la escala musical, hasta desaparecer más allá del alcance de audición de los seres humanos y penetrar en el territorio de murciélagos y delfines.

Ésa fue la última de las pruebas sencillas y directas. Brevemente lo invadieron aromas y sabores, la mayoría agradables, pero algunos que eran exactamente lo opuesto.

Después se convirtió, o eso le pareció, en una marioneta colgada de un hilo invisible. Supuso que se estaba probando su sistema neuromuscular, y deseó que no hubiera manifestaciones externas: de haberlas, probablemente parecería alguien que estaba en las etapas terminales del baile de San Vito. Y, durante un instante, hasta tuvo una violenta erección, pero no pudo establecer si era real, pues antes cayó en un sueño sin ensoñación.

¿O sólo soñaba que dormía? No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido antes de que despertara. Ya no estaban el casco ni el Hombre de los Sesos y su equipo.

—Todo anduvo bien —anunció la jefa, radiante—. Tomará algunas horas comprobar que no hubo anomalías. Si sus lecturas están K.O... quiero decir, O.K...., usted tendrá su casquete mañana.

Poole apreciaba los esfuerzos que hacían los que lo rodeaban para aprender inglés arcaico, pero le fue imposible dejar de lamentar que la jefa hubiera cometido ese lapsus.

Cuando llegó el momento para el ajuste final, Poole casi volvió a sentirse otra vez como un niño que está a punto de desenvolver algún maravilloso juguete nuevo bajo el árbol de Navidad.

—No va a tener que pasar de nuevo por toda esa preparación —le aseguró el Hombre de los Sesos—. La Descarga se iniciará de inmediato. Le haré una demostración de cinco minutos. Relájese y disfrute.

Una música suave, tranquilizadora, lo envolvió. Aunque era algo muy familiar, proveniente de su propia época, no pudo identificarla. Había una niebla delante de sus ojos, que se separaba mientras caminaba hacia ella...

¡Sí, estaba caminando! La ilusión era convincente por completo: podía sentir el impacto de sus pies en el suelo y, ahora que la música había cesado, podía oír una suave brisa que soplaba entre los grandes árboles que parecían rodearlo. Los reconoció como secoyas de California, y anheló que siguieran existiendo en la realidad, en alguna parte de la Tierra.

Estaba avanzando a paso vivo... demasiado rápido para ser cómodo, como si el tiempo estuviera levemente acelerado para poder cubrir tanto terreno como fuera posible. Sin embargo, no tenía conciencia de estar haciendo esfuerzo alguno: se sentía como si fuera huésped del cuerpo de otra persona. Sensación aumentada por el hecho de que carecía de control sobre sus movimientos: cuando intentaba detenerse o cambiar de dirección, nada ocurría. Lo estaban llevando de viaje.

No importaba. Estaba disfrutando la novedosa experiencia... y podía apreciar lo adictiva que podía volverse. Las «máquinas de ensoñación» que muchos

científicos de su propio siglo habían previsto —a menudo, con alarma—, ahora eran parte de la vida cotidiana. Se preguntaba cómo se las había arreglado la humanidad para sobrevivir. Le habían dicho que gran parte de ella no lo había conseguido; a millones se les había quemado el cerebro y estaban totalmente apartados de la vida.

¡Por supuesto, él iba a ser inmune a tal tentación!: iba a utilizar esa maravillosa herramienta para aprender más sobre el mundo del tercer milenio, y para adquirir, en cuestión de minutos, nuevas aptitudes que, de otro modo, exigirían años para que las dominara. Bueno... podría, pero sólo ocasionalmente, usar el casquete nada más que por diversión...

Había llegado al borde del bosque y estaba mirando hacia el otro lado de un ancho río. Sin vacilar, penetró en él, y no sintió alarma alguna cuando el agua le cubrió la cabeza. Sí parecía un poco extraño que pudiera seguir respirando con naturalidad, pero pensó que era mucho más notable el hecho de que pudiera ver a la perfección, en un medio en el que el ojo humano no podía enfocar sin alguna clase de aditamento. Pudo contar cada escama de la magnífica trucha que pasó nadando al lado, aparentemente sin advertir al extraño intruso.

¡Una sirena! Bien, siempre había querido conocer una, pero había supuesto que eran seres marinos. ¿Quizás en ocasiones venían corriente arriba como los salmones, para tener su cría? La sirena se fue antes de que pudiera interrogarla, para confirmar o negar esa teoría revolucionaria.

El río terminaba en una pared translúcida. Pasó a través de ella para ingresar en un desierto, bajo un sol llameante, cuyo calor lo quemaba de manera desagradable... y, aun así, podía mirar directamente a su furia del mediodía. Hasta podía ver, con claridad que no era natural, un archipiélago de manchas cerca de uno de los limbos. Y (¡eso era imposible, sin lugar a dudas!) estaba la tenue aureola de la corona, que es absolutamente invisible salvo durante un eclipse total, extendiéndose a cada lado del Sol como las alas de un cisne.

Todo se volvió negro, regresó la música omnipresente y, con ella, la celestial frescura de la habitación, Poole abrió los ojos (¿alguna vez habían estado cerrados?) y encontró un expectante público que aguardaba su reacción.

—Maravilloso —jadeó, en forma casi reverente—. Parte de esto pareció... bueno, pareció más real que lo real.

Y entonces, su curiosidad de ingeniero, que nunca se alejaba mucho de la superficie, empezó a corroerlo:

—Aun esa breve demostración debe de haber contenido una enorme cantidad de información. ¿Cómo se la almacena?

—En estas tablillas, las mismas que utiliza su sistema audiovisual, pero con mucha mayor capacidad.

El Hombre de los Sesos le entregó un cuadrado pequeño, aparentemente hecho de vidrio y plateado en una de las superficies; tenía casi el mismo tamaño

que los disquetes de computadora de la juventud de Poole, pero con el doble de espesor. Cuando lo inclinó hacia atrás y hacia adelante, tratando de ver su interior transparente, se produjeron destellos ocasionales en tonalidades irisadas, pero eso fue todo.

Se dio cuenta de que lo que tenía en la mano era el producto final de más de mil años de tecnología electroóptica, así como de otras tecnologías que no existían en su época. Y no le sorprendió que, en lo superficial, se asemejara mucho a los dispositivos que había conocido: había un tamaño y una forma convenientes para la mayoría de los objetos corrientes de la vida cotidiana, cuchillos y tenedores, libros, herramientas de mano, muebles... y memorias extraíbles para computadoras.

—¿Cuál es su capacidad? —preguntó—. En mi época habíamos alcanzado hasta un teraocteto en algo de este tamaño. Estoy seguro de que ustedes consiguieron mucho más.

—No tanto como usted imagina: hay un límite, claro, impuesto por la estructura de la materia. A propósito, ¿qué era un teraocteto? Temo que lo olvidé.

—¡Qué vergüenza! Kilo, mega, giga, tera... eso *es* diez a la decimosegunda potencia de octetos. Después el petaocteto (diez a la decimoquinta) es lo más lejos que llegué.

—Más o menos por ahí es donde nosotros empezamos. Es suficiente para grabar todo lo que cualquier persona pueda experimentar durante una vida.

Era un pensamiento asombroso y, sin embargo, no debía de ser tan sorprendente: el kilogramo de gelatina que había en el interior del cráneo humano no era mucho más grande que la tablilla que Poole sostenía en la mano, y no era posible que fuera tan eficiente como dispositivo de almacenamiento: ¡tenía tantas obligaciones más para cumplir!

—Y eso no es todo —continuó el Hombre de los Sesos—: con algo de compresión de datos, no sólo podría almacenar los recuerdos... sino a la persona en sí.

—¿Y reproducirla de nuevo?

—Claro que sí: un trabajo directo de nanoensamblaje.

«Es lo que oí decir», se dijo Poole, «pero nunca lo creí en realidad».

Allá por su siglo, ya parecía suficientemente maravilloso que la obra de toda una vida de un gran artista se pudiera almacenar en un solo disco pequeño.

Y ahora, algo no más grande podía contener... al artista también.

7. Rendición de informes

—Estoy encantado —declaró Poole— de saber que el Smithsonian todavía existe, después de todos estos siglos.

—Probablemente no lo reconocería —dijo el visitante, que se había presentado como doctor Alistair Kim, director de Astronáutica—, en particular porque ahora está diseminado por el Sistema Solar. Las principales colecciones de fuera de la Tierra se hallan en Marte y en la Luna, y muchas de las muestras que legalmente nos pertenecen todavía están dirigiéndose hacia las estrellas. Algún día las alcanzaremos y traeremos a casa. Estamos especialmente ansiosos de poner las manos encima del *Pioneer 10*, el primer objeto hecho por el hombre que escapó del Sistema Solar.

—Tengo la creencia de que yo estaba a punto de hacer lo mismo, cuando se me localizó.

—Suerte para usted... y para nosotros. Usted puede estar en condiciones de arrojar luz sobre muchas cosas que no sabemos.

—Con franqueza, lo dudo, pero haré lo mejor que pueda. No recuerdo cosa alguna después de que esa cápsula desbocada cargó contra mí. Aunque todavía me resulta difícil de creer, me dijeron que Hal fue el responsable.

—Es cierto, pero es un relato complicado. Todo lo que hemos podido saber está en esta grabación; unas veinte horas, pero es probable que usted pueda pasarla en Aceleración.

» Ya sabe, por supuesto, que Dave Bowman salió en la cápsula número dos para rescatarlo... pero después quedó del lado de afuera de la nave porque Hal se negó a abrir las escotillas del compartimiento de cápsulas.

—¡En el Nombre de Dios, ¿por qué?!

El doctor Kim dio un ligero respingo. No era la primera vez que Poole notaba esa reacción.

« Debo tener cuidado con mi lenguaje », pensó, « “Dios” parece ser mala palabra para esta cultura... debo preguntarle a Indra acerca de eso ».

—Hubo un importante error de programación en las instrucciones de Hal: se le había dado el control de aspectos de la misión de los que ni usted ni Bowman estaban al tanto. Todo eso figura en la grabación...

» Sea como fuere, también interrumpió los sistemas para mantenimiento

fisiológico de los tres hibernautas, la Tripulación Alfa, y Bowman también tuvo que lanzar al exterior esos cuerpos.

«Así que Dave y yo éramos la Tripulación Beta: algo más que yo no sabía...».

—¿Qué les pasó a ellos? —preguntó Poole—. ¿No se los pudo rescatar, como se hizo conmigo?

—Temo que no: también examinamos eso, claro.

Bowman los había eyectado varias horas después de haberle arrebatado el control a Hal, así que las órbitas de esos astronautas fueron levemente diferentes de la suya... apenas lo suficiente como para que se quemaran en Júpiter, mientras que usted lo rozó y recibió un empuje de gravedad que lo habría llevado a la Nebulosa de Orión al cabo de algunos miles de años más...

—Haciendo todo en condición de control manual, ¡en verdad, una proeza fantástica! Bowman logró poner a la *Discovery* en órbita en torno de Júpiter. Ahí se encontró con lo que la segunda expedición denominó Hermano Mayor: un aparente gemelo del monolito de Tycho, pero centenares de veces más grande.

—Y ahí es donde lo perdimos. Salió de la *Discovery* en la cápsula remanente y fue al encuentro del Hermano Mayor. Durante casi mil años hemos estado obsesionados por su último mensaje: « ¡Por Deus... está lleno de estrellas!» .

« ¡Y dale con eso!» , se dijo Poole. « Jamás de los jamases Dave podría haber dicho eso... Debe de haber dicho: “ ¡Dios mío... está lleno de estrellas!” » .

—Parece ser que la cápsula fue atraída hacia el monolito por alguna clase de campo inercial, porque él, y es de suponer que también Bowman, sobrevivió a una aceleración que debió de haberlos aplastado en forma instantánea. Y ésa fue la última información que haya tenido alguien durante casi diez años, hasta la misión conjunta norteamericana-rusa en la *Leonov*.

—Que hizo contacto con la abandonada *Discovery*, de modo que el doctor Chandra pudiera ir a bordo y reactivara a Hal. Sí, eso lo sé.

El doctor Kim parecía estar ligeramente avergonzado.

—Lo siento. No estaba seguro de cuánto se le había informado ya. De todos modos, eso fue cuando cosas aún más extrañas empezaron a suceder:

» Aparentemente, el arribo de la *Leonov* hizo que algo se pusiera en actividad dentro del Hermano Mayor. Si no tuviéramos estas grabaciones, nadie habría creído lo que ocurrió. Permítame mostrarle: aquí está el doctor Heywood Floyd haciendo la guardia de medianoche a bordo de la *Discovery*, después que se hubo restaurado la energía. Naturalmente, usted lo reconocerá todo.

« Por cierto que sí, y qué extraño resulta ver a Heywood Floyd, muerto hace ya mucho, sentado en mi antiguo asiento, con el ojo rojo de Hal, que nunca parpadea, explorando todo lo que hay en derredor. Y aún más extraño es pensar que tanto Hal como yo compartimos la misma experiencia de resurrección de entre los muertos... » .

En uno de los monitores estaba ingresando un mensaje, y Floyd respondió con pereza:

—Está bien, Hal. ¿Quién está llamando?

NO HAY IDENTIFICACIÓN.

Floyd parecía estar ligeramente molesto.

—Muy bien. Por favor, dame el mensaje. ES PELIGROSO QUE PERMANEZCAN AQUÍ. DEBEN PARTIR DENTRO DE QUINCE DÍAS.

—Eso es absolutamente imposible. Nuestra ventana de lanzamiento no se abre sino hasta dentro de veintiséis días, contando desde hoy. No tenemos suficiente propulsor como para partir antes.

ESTOY AL TANTO DE ESTOS HECHOS. NO OBSTANTE, DEBEN PARTIR DENTRO DE QUINCE DÍAS.

—No puedo tomar esta advertencia en serio a menos que conozca su origen... ¿Quién me está hablando?

YO FUI DAVID BOWMAN. ES IMPORTANTE QUE ME CREA. MIRE DETRÁS DE USTED.

Lentamente, Heywood Floyd giró en su sillón rotatorio, alejándose de los bancos de paneles y conmutadores de la pantalla de la computadora, dirigiéndose hacia la pasarela cubierta de velero.

—Mire esto con cuidado —indicó Kim.

« Como si necesitara que me lo digan », pensó Poole.

El ambiente con gravedad cero de la cubierta de observación de la *Discovery* estaba mucho más polvoriento que como lo recordaba. Conjeturó que todavía no se había puesto en línea la planta para filtración de aire. Los rayos paralelos del distante, pero aun así refulgente Sol, entrando a raudales por las grandes ventanas, iluminaban innumerables motas danzantes, constituyendo una exhibición clásica de movimiento browniano.

Y ahora, a esas partículas de polvo les estaba ocurriendo algo extraño: alguna fuerza parecía estar comandándolas, alejándolas de un punto central pero, a la vez, haciendo que otras se dirigieran a él, hasta que todas se reunieron en la superficie de una esfera hueca. Esa esfera, de cerca de un metro de diámetro, flotó un momento en el aire, como una gigantesca pompa de jabón. Después se alargó, formando un elipsoide cuya superficie empezó a arrugarse, formando pliegues y depresiones. Poole realmente no se sorprendió cuando empezó a adoptar la forma de un hombre.

Había visto esas figuras, hechas en vidrio soplado, en museos y exhibiciones de ciencia. Pero este polvoroso fantasma ni siquiera se acercaba a la precisión anatómica: era como una tosca estatueta de arcilla, o una de las primitivas obras de arte encontradas en las hendeduras de las cavernas de la Edad de Piedra. Sólo la cabeza estaba modelada con cuidado, y la cara, más allá de toda sombra de duda, era la del capitán de fragata David Bowman.

HOLA, DOCTOR FLOYD. AHORA ME CREE USTED.

Los labios de la figura nunca se movieron: Poole se dio cuenta de que la voz —sí, en verdad era la voz de Bowman— provenía de la rejilla del altavoz.

ESTO ES MUY DIFÍCIL PARA MÍ, Y TENGO POCO TIEMPO. SE ME PERMITIÓ DAR ESTA ADVERTENCIA: SOLAMENTE TIENEN QUINCE DÍAS.

—¿Por qué... y qué es usted?

Pero la figura fantasmal ya se estaba desvaneciendo, su granosa envoltura empezando a disolverse y convertirse de nuevo en sus partículas constituyentes de polvo.

ADIÓS, DOCTOR FLOYD. NO PODEMOS TENER MÁS CONTACTO, PERO PUEDE HABER UN SOLO MENSAJE MÁS, SI TODO SALE BIEN.

Mientras la imagen se disolvía, Poole no pudo evitar sonreír ante aquella antigua frase hecha de la Era Espacial, « Si todo sale bien» ... ¡cuántas veces la había oído salmodiada antes de una misión!

El fantasma desapareció; sólo quedaron las motas de polvo, que retomaban sus patrones aleatorios de desplazamiento en el aire. Con un esfuerzo de voluntad, Poole regresó al presente.

—Bien, capitán, ¿qué piensa de eso? —preguntó Kim.

Poole todavía estaba conmovido, y pasaron varios segundos antes de que pudiera contestar.

—La cara y la voz eran las de Bowman: eso lo juraría... pero ¿qué era?

—Todavía estamos debatiendo sobre eso. Llámelo holograma, proyección... por supuesto, hay muchísimas maneras en que se lo podría fraguar si alguien quisiera hacerlo, ¡pero no en esas circunstancias! Y además, por supuesto, está lo que ocurrió después.

—¿Lucifer?

—Sí. Gracias a esa advertencia, tuvieron tiempo apenas suficiente para alejarse antes que Júpiter detonara.

—Así que sea lo que fuera que hubiese sido, la cosa-Bowman era amistosa y trató de ayudar.

—Presuntivamente. Y ésa no fue la última vez que apareció. Puede haber sido responsable de ese «un solo mensaje más», que nos advertía que no intentaríamos efectuar descensos en Europa.

—¿Y nunca los hemos intentado?

—Solamente una vez, por accidente, cuando secuestraron la *Galaxy* y se la forzó a descender ahí, treinta y seis años después, y su nave gemela, la *Universe*, tuvo que ir al rescate. Todo está aquí... junto con lo poco que nuestros monitores robot nos dijeron sobre los europeos.

—Estoy ansioso por verlos.

—Son anfibios, y vienen en todas las formas y tamaños. No bien Lucifer

empezó a fundir el hielo que cubría todo su mundo, empezaron a surgir del mar. Desde ese entonces se desarrollaron a una velocidad que parece imposible desde el punto de vista biológico.

—Por lo que recuerdo sobre Europa, ¿no había muchas grietas en el hielo? A lo mejor ya habían empezado a reptar a través de ellas y a echar un vistazo en derredor.

—Ésa es una teoría de amplia aceptación. Pero existe otra, mucho más especulativa. El Monolito puede tener que ver, de una manera que todavía no entendemos. Lo que desencadenó esta línea de pensamiento fue el descubrimiento de AMT-0 aquí mismo, en la Tierra, casi quinientos años después de su época. Supongo que ya le hablé sobre eso.

—Nada más que vagamente: ¡hubo tantas cosas en las que ponerse al día! Si pensé que el nombre era ridículo, ya que no se trataba de una anomalía magnética, ¡y estaba en África, no en Tycho!

—Usted tiene toda la razón, claro, pero el nombre ya quedó. Y cuanto más aprendemos sobre los Monolitos, más profundo se hace el enigma, en especial cuando son la única prueba real de la existencia de tecnología avanzada más allá de la Tierra.

—Eso es lo que me sorprendió: habría pensado que, para estos momentos, habríamos recibido señales de radio provenientes de alguna parte. Los astrónomos empezaron a buscarlas cuando yo era niño.

—Pues bien, hay un solo indicio... y es tan aterrador que no nos gusta mencionarlo. ¿Oyó hablar de la Nova Escorpio?

—No me parece.

—Las estrellas se vuelven nova todo el tiempo, claro, y ésta no era que impresionara particularmente pero, antes que estallara, se sabía que N Escorp tenía varios planetas.

—¿Habitados?

—No existe modo alguno de saberlo; las búsquedas radiales no habían captado señales. Y he aquí la pesadilla...

—Por suerte, la patrulla automática de Novas captó el evento en el comienzo mismo... y no empezó en la estrella: uno de los planetas detonó primero, y después hizo que lo hiciera su sol.

—Mi Dí... lo siento. Prosiga.

—Ya ve la cuestión: es imposible que un planeta se convierta en nova... a menos que ocurra una sola cosa.

—Una vez leí un chiste morboso en una novela de ciencia ficción: «Las supernovas son accidentes industriales».

—No fue una supernova... pero puede que ése no sea un chiste. La teoría de más amplia aceptación es que alguien más estuvo utilizando energía del vacío... y perdió el control.

—O pudo haber sido una guerra.

—Eso también es malo, y probablemente nunca lo sabremos. Pero como nuestra propia civilización depende de la misma fuente de energía, usted podrá comprender por qué N Escorp a veces nos causa pesadillas.

—¡Y nosotros sólo teníamos que preocuparnos por reactores nucleares que se fundían!

—Ya no más, a Deus gracias. Pero en realidad quería decirle más sobre el descubrimiento de AMT-0, debido a que señaló un punto de coyuntura en la historia humana.

» Haber encontrado la AMT-1 en la Luna ya fue una conmoción suficientemente grande, pero quinientos años después se produjo una peor, y tuvo lugar mucho más cerca de casa... en todos los sentidos de la palabra: allá abajo, en África.

8. Regreso a Olduvai

Los Leakey, se decía a menudo el doctor Stephen Del Marco, nunca habrían reconocido este sitio, aun cuando se encuentra a escasos doce kilómetros de donde Louis y Mary, cinco siglos atrás, exhumaron a nuestros primeros ancestros. El calentamiento del planeta y la Edad Pequeña del Hielo (truncada por milagros de tecnología heroica) habían transformado el paisaje y alterado por completo su flora y su fauna. Los robles y pinos todavía estaban luchando para ver cuál sobreviviría a los cambios de la suerte climática.

Y resultaba difícil creer que, para el año 2153, en Olduvai no quedaba algo que no hubiera sido desenterrado por entusiastas antropólogos. Sin embargo, recientes inundaciones repentinas (que se suponía que no iban a ocurrir más) volvieron a esculpir la región, cercenando varios metros de la capa superior del suelo. Del Marco había aprovechado la oportunidad y ahí, en el límite del barrido electrónico profundo, se encontraba algo que no podía creer del todo.

Le había tomado más de un año de excavación lenta y cuidadosa llegar a la imagen fantasmal y enterarse de que la realidad era más extraña que cualquier cosa que se hubiese atrevido a imaginar. Máquinas excavadoras robot habían quitado con rapidez los primeros metros; después se hicieron cargo las tradicionales cuadrillas esclavizadas de estudiantes graduados. Las había ayudado —o estorbado— un equipo de cuatro kongs, a los que Del Marco consideraba más un problema que un apoyo. Sin embargo, los estudiantes adoraban los gorilas genéticamente perfeccionados, a los que trataban como niños retrasados pero muy queridos. Se rumoreaba que las relaciones no siempre eran por completo platónicas.

Para los últimos metros, sin embargo, todo fue el trabajo de manos humanas que, por lo común, blandían cepillos de dientes... y de cerda suave, además. Y ahora había terminado: ni Howard Carter, al ver el primer destello de oro en la tumba de Tutankamon, había descubierto un tesoro como ése. A partir de ese instante, Del Marco supo que las creencias y filosofías humanas serían irrevocablemente modificadas.

El Monolito parecía ser el gemelo exacto del descubierto en la Luna cinco siglos antes; hasta la excavación que lo rodeaba era de tamaño casi idéntico. Y, al igual que la AMT-1, no reflejaba la luz en absoluto, absorbiendo el ardiente fulgor

del sol africano y el pálido destello de Lucifer con la misma indiferencia.

Mientras conducía a sus colegas los directores de la media docena de museos más famosos del mundo, tres eminentes antropólogos, los directores de dos imperios de la prensa hacia el foso, Del Marco se preguntaba si alguna vez tan distinguido grupo de hombres y mujeres había estado tan silencioso, y durante tanto tiempo. Pero era el efecto que ese rectángulo negro como el ébano tenía sobre todos los visitantes cuando éstos se daban cuenta de las consecuencias de los miles de artefactos que lo rodeaban.

Porque allí había una colección de tesoros para los arqueólogos: herramientas de pedernal toscamente labradas; incontables huesos, algunos de animales, otros de seres humanos, y casi todo estaba dispuesto según cuidadosos patrones. Durante siglos... no, milenios... esas lastimosas ofrendas eran traídas por criaturas que no tenían más que los primeros destellos de inteligencia, y lo habían hecho como tributo a una maravilla que estaba más allá de su comprensión.

«Y más allá de la nuestra», pensaba Del Marco a menudo. No obstante, de dos cosas estaba seguro, aun cuando dudaba de que alguna vez se obtuvieran las pruebas.

Que eso se hallaba ahí donde, en tiempo y espacio, la especie humana realmente había comenzado.

Y que ese Monolito fue el primero de todos sus multitudinarios dioses.

9. Tierra celestial

—Anoche había ratones en mi dormitorio —se quejó Poole, hablando en serio sólo a medias—. ¿Hay posibilidades de que me consigas un gato?

La doctora Wallace parecía perpleja, hasta que empezó a reír:

—Debes de haber oído uno de los microts de limpieza. Haré que revisen la programación para que no te molesten. Trata de no pisarlo si lo encuentras trabajando: si lo haces, llamará pidiendo ayuda, y todos los amigos acudirán a recoger los pedazos.

Tanto que aprender... ¡y tan poco tiempo! No, eso no era verdad, se recordó Poole a sí mismo. Muy bien podría tener un siglo por delante, gracias a la ciencia médica actual. La idea ya estaba empezando a llenarlo de aprensión antes que de placer.

Por lo menos, ahora podía seguir la mayoría de las conversaciones con facilidad, y había aprendido a pronunciar palabras, por lo que Indra no era la única persona que lo podía entender. Estaba muy contento de que el inglés ahora fuese el idioma mundial, aunque el francés, el ruso y el mandarín todavía florecían.

—Tengo otro problema, Indra, y creo que tú eres la única persona que me puede ayudar: cuando digo « Dios », ¿por qué la gente parece avergonzarse?

Indra no pareció avergonzarse en absoluto; de hecho, lanzó una carcajada.

—Es una historia muy complicada. Ojalá mi viejo amigo, el doctor Khan, estuviera aquí para explicártela... pero está en Ganimedes, curando a cualquier Verdadero Creyente que pudiese encontrar allá. Cuando todas las antiguas religiones cayeron en el descrédito, hazme recordar que alguna vez te hable del papa Pío XX: ¡uno de los hombres más grandes de la historia!, seguíamos necesitando una palabra para designar la Causa Primigenia o al Creador del Universo... si es que lo hay.

» Hubo muchas sugerencias, Deo, Teo, Jove, Brahma. A todos se los intentó, y algunos todavía permanecen, en especial el favorito de Einstein, “El Viejo”. Pero Deus parece estar de moda hoy en día.

—Trataré de recordarlo, pero me sigue pareciendo una tontería.

—Te acostumbrarás. Te enseñaré algunos otros expletivos corteses para que los utilices cuando quieras expresar tus sentimientos.

—Dijiste que todas las antiguas religiones cayeron en el descrédito: entonces, ¿en qué cree la gente actualmente?

—En lo menos posible. Todos somos deístas o teístas.

—Hiciste que me perdiera. Definiciones, por favor.

—Eran algo diferentes en tu época, pero aquí tienes las últimas versiones: los teístas creen que no hay más que un Dios; los deístas, que existe no menos que un Dios.

—Temo que la distinción es demasiado sutil para mí.

—No para todos: te sorprenderías ante las acerbas controversias que eso desató. Hace cinco siglos, alguien utilizó lo que se conoce como matemática surrealista, para demostrar que existe un infinito número de gradaciones entre los teístas y los deístas. Naturalmente, al igual que la mayoría de los diletantes de lo infinito, se volvió loco. A propósito, los deístas más conocidos fueron norteamericanos: Washington, Franklin, Jefferson...

—Un poquito antes de mi época, aunque te sorprendería saber cuánta gente no se da cuenta de eso.

—Y ahora, algunas buenas noticias: Joe, el Profe Anderson, finalmente dio su... ¿cómo era la expresión...? O.K. tu condición física es adecuada para que se te pase a una vivienda permanente.

—Es una buena noticia. Aquí todos me han tratado muy bien, pero estaré feliz de contar con un lugar propio.

—Necesitarás ropa nueva y alguien que te muestre cómo usarla. Y para que te ayude con los centenares de pequeñas tareas cotidianas que pueden hacer perder tanto tiempo. Por eso nos tomamos la libertad de disponer un asistente personal para ti. Entra, Danil...

Danil era un hombre pequeño, de tez marrón claro, que promediaba la treintena y que sorprendió a Poole al no hacerle el saludo normal de contacto de palmas, con su intercambio automático de información. En verdad, pronto dio la impresión de que Danil no poseía una Ident: toda vez que se la necesitaba, extraía un pequeño rectángulo de plástico que, en apariencia, cumplía las mismas funciones que las «tarjetas inteligentes» del siglo XXI.

—Danil también será tu guía y... ¿cuál era esa palabra que nunca puedo recordar...? Rima con *ballet*. Se lo instruyó especialmente para el trabajo. Estoy segura de que lo habrás de encontrar plenamente satisfactorio.

Aunque Poole agradecía el gesto, lo hacía sentir un tanto incómodo: ¡un valet, de todas las cosas! No podía recordar haber llegado a conocer uno jamás: en su época ya eran una especie rara y en vías de extinción. Empezó a sentirse como el personaje de una novela inglesa de comienzos del siglo XX.

—Y mientras Danil organiza tu mudanza, haremos un viajecito hacia arriba... al nivel lunar.

—Espléndido. ¿Está muy lejos?

—Pues... alrededor de doce mil kilómetros.

—¡Doce mil! ¡Eso tomará horas! Indra pareció sorprendida ante la observación, y después sonrió.

—No tanto como crees. No, todavía no tenemos un transportador como el de *Viaje a las estrellas*, ¡aunque creo que siguen trabajando para conseguirlo! Así que puedes optar, aunque sé por cuál te decidirás: podemos subir con un ascensor externo y admirar la vista... o podemos hacerlo por uno interno, y disfrutar de comida y algo de entretenimiento liviano.

—No puedo concebir que alguien quiera permanecer adentro.

—Pues te sorprenderías. Es demasiado vertiginoso para algunos, en especial para los visitantes de allá abajo. Incluso montañistas que dicen estar habituados a las grandes alturas, pueden empezar a ponerse verdes cuando esas alturas se miden en miles de kilómetros, en vez de metros.

—Correré el riesgo —respondió Poole, sonriendo—. He estado a mayor altura.

Cuando hubieron traspuesto un conjunto doble de esclusas de aire en la pared exterior de la Torre (¿fue su imaginación, o entonces Poole tuvo una curiosa sensación de desorientación?), ingresaron en lo que podría haber sido el auditorio de un teatro muy pequeño: filas de diez asientos estaban dispuestas en cinco hileras; todas miraban hacia uno de los enormes ventanales de observación que Poole seguía hallando desconcertantes, ya que nunca podía olvidar del todo los centenares de toneladas de presión de aire que pugnaban por hacer estallar el ventanal y lanzarlo al espacio.

Los otros doce, o algo así, pasajeros, que probablemente nunca habían pensado en esa cuestión, parecían estar perfectamente cómodos. Todos sonrieron cuando lo reconocieron, saludaron cortésmente con una inclinación de cabeza, y después se volvieron para admirar la vista.

—Bienvenidos a la Sala Espacial —dijo la inevitable voz automática—. El ascenso comienza dentro de cinco minutos. Encontrarán refrescos y baños en el piso inferior.

«¿Exactamente cuánto durará este viaje?», se preguntó Poole. «Vamos a recorrer más de veinte mil clicks de ida y vuelta: esto no se va a parecer a viaje alguno en ascensor que yo haya hecho en la Tierra...».

Mientras aguardaba a que empezara la ascensión, disfrutó del asombroso panorama que se extendía dos mil kilómetros más abajo: era invierno en el Hemisferio Norte, pero el clima había cambiado drásticamente en verdad, pues se veía poca nieve al sur del Círculo Polar Ártico.

Europa estaba casi libre de nubes, y se apreciaban tantos detalles que el ojo quedaba abrumado. Una por una identificó las grandes ciudades cuyos nombres habían resonado a través de los siglos; se habían estado contrayendo ya desde la época de Poole, pues la revolución en las comunicaciones cambió la faz del

mundo, y ahora habían menguado aún más. También había algunos cuerpos de agua en sitios improbables: el lago Saladino, en el Sahara boreal, casi era un pequeño mar.

Poole estaba tan absorto en la observación, que olvidó el paso del tiempo. De pronto se dio cuenta de que habían transcurrido mucho más de cinco minutos y, sin embargo, el ascensor seguía estacionario. ¿Algo había salido mal, o estaban esperando que llegaran pasajeros rezagados?

Y fue entonces cuando advirtió algo tan extraordinario que, al principio, se negó a creer las pruebas que le daban sus ojos: ¡el panorama se había ampliado, como si ya hubieran ascendido centenares de kilómetros! Incluso mientras observaba, notó que en el marco del ventanal iban apareciendo, lentamente, nuevos rasgos del planeta que estaba abajo.

Entonces Poole rió, cuando entendió cuál era la explicación obvia.

—¡Pudiste engañarme, Indra!: creí que esto era real, y no una videoproyección.

Indra lo miró con una sonrisa irónica.

—Piensa bien, Frank Empezamos a desplazarnos hace unos diez minutos. Para estos momentos debemos de estar ascendiendo a... eh... mil kilómetros por hora, cuando menos. Aunque se me dijo que estos ascensores pueden alcanzar cien G en aceleración máxima, no tocaremos más que diez en este corto viaje.

—¡Eso es imposible! Seis es lo máximo que me hayan dado en la centrifuga, y no disfruté pesando media tonelada. Sé que no nos hemos movido desde que entramos aquí.

Poole había alzado la voz levemente y, de pronto, se dio cuenta de que los demás pasajeros fingían no haberlo advertido.

—No entiendo cómo se hace, Frank pero se lo llama campo inercial o, a veces, campo SHARP, la S por un famoso científico ruso, Sakharov; no sé quiénes fueron los otros.

Lentamente, la comprensión llegó a la mente de Poole... y también una sensación de asombro anonadante. Ése era, en verdad, un ejemplo de «tecnología indiscernible de la magia».

—Algunos de mis amigos solían soñar con «impulsores por el espacio», campos de energía que podían reemplazar los cohetes y permitir el desplazamiento sin sensación alguna de aceleración. La mayoría de nosotros pensaba que estaban locos, ¡pero parece que tenían razón! Apenas si puedo creerlo todavía y, a menos que yo esté equivocado, estamos empezando a perder peso.

—Sí, se está adecuando al valor lunar. Cuando salgamos sentirás que estamos en la Luna. Pero, por lo que más quieras, Frank... ¡olvídate de que eres ingeniero y disfruta del paisaje!

Fue un buen consejo, pero aun mientras veía fluir hacia adentro de su campo

visual a África, Europa y gran parte de Asia, Poole no podía alejar su mente de la apabullante revelación. Sin embargo, no debió de haberse sorprendido por completo: sabía que desde su época se habían producido progresos de importancia en los sistemas de propulsión espacial, pero no se había dado por supuesto que tendrían aplicaciones tan espectaculares en la vida cotidiana, si es que esa expresión se le podía aplicar a la existencia de un rascacielos de treinta y seis mil kilómetros de alto.

Y la era del cohete debió de haber terminado hacía siglos. Todos sus conocimientos sobre sistemas de propulsión y cámaras de combustión, propulsores iónicos y reactores de fusión, eran totalmente obsoletos. Por supuesto, eso ya no importaba, pero le permitió entender la tristeza que el capitán de un buque de vela debió de haber sentido cuando la vela dejó paso al vapor.

Su talante cambió de manera brusca, y no pudo evitar una sonrisa cuando la voz automática anunció: «Arribo dentro de dos minutos. Por favor, presten atención a no dejar olvidada alguna de sus pertenencias».

¡Qué a menudo había oído ese anuncio en algún vuelo comercial! Miró el reloj y quedó sorprendido al ver que habían estado ascendiendo durante menos de media hora: eso significaba una velocidad promedio de, por lo menos, veinte mil kilómetros por hora y, aun así, pudieron no haberse desplazado jamás. Lo que resultaba aún más extraño, ¡pues los últimos diez minutos, o más, en realidad, debieron de haber estado reduciendo la aceleración con tanta rapidez que, con todo derecho, los pasajeros debieron de haber estado parados en el techo, con la cabeza apuntando hacia la Tierra!

Las puertas se abrieron silenciosamente y, cuando Poole salió, otra vez experimentó la leve desorientación que había sentido al ingresar en la sala del ascensor. Esta vez, empero, supo qué quería decir: estaba pasando por la zona de transición, donde el campo inercial se superpone con la gravedad y que, en ese nivel, era igual al de la Luna.

Aunque la vista de la Tierra que se alejaba había sido pasmosa, aun para un astronauta, no hubo algo inesperado o sorprendente en eso. ¿Pero quién habría imaginado una cámara gigantesca, que aparentemente ocupaba todo el ancho de la torre, de modo que la pared opuesta estuviera a más de cinco kilómetros de distancia? Quizá para esa hora había volúmenes encerrados más grandes en la Luna y en Marte, pero ése seguramente debía de ser uno de los más grandes en el espacio en sí.

Estaban parados en una plataforma de observación, a cincuenta metros de altura en la pared exterior, contemplando un asombrosamente variado panorama. Era evidente que se había hecho el intento de reproducir toda una gama de biomas terrícolas: inmediatamente por debajo de ellos había un grupo de delgados árboles a los que, al principio, no pudo identificar; después cayó en la cuenta de que eran robles, adaptados a un sexto de su gravedad normal. «¿Qué

aspecto tendrían aquí las palmeras?» , se preguntó: «el de cañas gigantes, probablemente...» .

En la media distancia había un pequeño lago, alimentado por un río que se deslizaba, formando meandros, por una planicie herbosa, para después desaparecer dentro de algo que tenía el aspecto de un solo baniano gigantesco. ¿Cuál era la fuente de agua? Poole había notado un tenue sonido de tamborileo y, cuando dejó deslizar la mirada por la pared de suave curvatura, descubrió una diminuta Niágara, con un arco iris perfecto que flotaba sobre el rocío que se formaba sobre la cascada.

Pudo haberse quedado ahí durante horas, admirando la vista y, aun así, no agotando todas las maravillas de esa compleja y brillantemente concebida simulación del planeta que estaba abajo. Cuando se extendió hacia ambientes nuevos y hostiles, quizá la especie humana sintió la necesidad, cada vez mayor, de recordar sus orígenes. Por supuesto, aun en la propia época de Poole cada ciudad tenía sus parques a modo de débiles recordatorios de la Naturaleza. El mismo impulso debía de estar actuando ahí, en escala mucho más grandiosa. ¡Parque Central de Nueva York, Torre África!

—Vayamos abajo —dijo Indra—. Hay tanto para ver, y no vengo acá con la frecuencia que desearía.

Aunque caminar casi no exigía esfuerzo con esa gravedad baja, de vez en cuando aprovechaban un pequeño monorriel, y se detuvieron una vez para tomar refrescos en un café, astutamente oculto en el tronco de una secoya que debía de haber tenido, cuando menos, un cuarto de kilómetro de alto.

Había muy pocas personas más en derredor (sus compañeros de viaje hacia rato que habían desaparecido en el paisaje), de modo que era como si tuvieran toda esta tierra de maravillas para ellos solos. Todo estaba tan hermosamente mantenido, presuntamente por ejércitos de robots, que, en ocasiones, a Poole le traía a la memoria una visita que había hecho a Disney World cuando era niño. Pero eso era todavía mejor: no había multitudes y, por cierto, muy pocos recordatorios de la especie humana y de sus artefactos.

Estaban admirando una soberbia colección de orquídeas, algunas de tamaño enorme, cuando Poole experimentó una de las más grandes conmociones de su vida: cuando pasaban junto al pequeño cobertizo típico de jardinero, la puerta se abrió... ¡y surgió el jardinero!

Frank Poole siempre se había enorgullecido de su autocontrol, y nunca imaginó que, siendo un adulto plenamente desarrollado, lanzaría un grito de puro miedo. Pero, al igual que todo niño de su generación, había visto todas las películas sobre *Parque Jurásico*, y conocía un velociraptor cuando se encontraba cara a cara con uno.

—Lo lamento terriblemente —dijo Indra, con evidente preocupación—. Nunca se me ocurrió que debía advertirte.

Los nervios crispados de Poole volvieron a la normalidad. Naturalmente, no podría haber peligros en ese mundo bien ordenado, casi demasiado bien ordenado, pero, así y todo...

El dinosaurio le devolvió la mirada con evidente desinterés total. Después se volvió hacia el cobertizo, se inclinó hacia el interior, y volvió a surgir con un rastrillo y una tijera de jardinería que dejó caer en una bolsa que llevaba colgando de uno de los hombros. Se alejó de ellos a saltitos, con marcha similar a la de un pájaro, sin mirar jamás hacia atrás, mientras desaparecía detrás de unos girasoles de diez metros de alto.

—Debo una explicación —dijo Indra, afligida—: Nos gusta utilizar bioorganismos toda vez que podemos, en vez de robots. ¡Supongo que es el chauvinismo de las especies basadas en el carbono! Ahora bien, sólo existen unos pocos animales que poseen algún grado de destreza manual, y los hemos usado a todos, en un momento u otro.

»Y he aquí un misterio que nadie pudo resolver: cabría suponer que herbívoros mejorados, como los chimpancés y los gorilas, serían buenos para esta clase de trabajo... pues bien, no lo son; no tienen la paciencia para hacerlo.

»Y, sin embargo, carnívoros como este amigo que vimos son excelentes, y fáciles de adiestrar. Más aún, ¡y he aquí otra paradoja!, una vez que se los modificó, son dóciles y tienen buen carácter. Es cierto, hay casi mil años de ingeniería genética detrás de ellos, ¡y mira lo que el hombre primitivo le hizo al lobo, y nada más que a través de ensayos y errores!

Indra rió y prosiguió:

—Podrás no creer esto, Frank, pero también son buenos cuidadores de niños; ¡los niños los adoran! Hay un chiste de quinientos años de antigüedad: «¿Usted dejaría a sus niños con un dinosaurio? ¿¡Qué, y exponerme a que lo lastimen!?».

Poole compartió la carcajada, en parte como reacción avergonzada ante su propio miedo. Para cambiar de tema, le preguntó a Indra lo que todavía lo preocupaba:

—Todo esto es maravilloso —admitió—. ¿Pero por qué tomarse tantas molestias cuando cualquiera de los que están en la torre puede llegar al ambiente verdadero con la misma rapidez?

Indra lo miró con aire pensativo, sopesando las palabras:

—Eso no es del todo cierto. Es incómodo, y hasta peligroso, para alguien que viva por encima del nivel de medio G, bajar a la Tierra, incluso con un sillón aerodeslizador.

—¡Por cierto que no para mí! Nací y fui criado en un G, y a bordo de la *Discovery* nunca dejé de hacer mis ejercicios.

—Tendrás que plantearle eso al profe Anderson. Quizá no te debo decir esto, pero hay acaloradas discusiones respecto del ajuste actual de tu reloj biológico: aparentemente nunca se detuvo por completo, y las conjeturas respecto de tu

edad equivalente oscilan entre cincuenta y setenta. Si bien lo estás haciendo muy bien, no puedes tener la esperanza de recuperar toda tu fuerza... después de mil años.

« Ahora empiezo a entender », se dijo Poole lúgubrementes. Eso explicaba las respuestas evasivas de Anderson y todas las pruebas de reacción muscular que había estado haciéndole.

» Hice todo el camino de vuelta desde Júpiter hasta quedar a dos mil kilómetros de la Tierra... pero no importa que a menudo la visite en realidad virtual, puede ser que nunca vuelva a caminar sobre la superficie de mi planeta natal.

» No estoy seguro de poder habérmelas con esto...

10. Homenaje a Ícaro

Su depresión pasó pronto: había tanto por hacer y ver. Mil vidas no habrían sido suficientes, y el problema era elegir cuál de la miríada de entretenimientos que esa época podía brindar. Poole trataba, no siempre con éxito, de evitar lo trivial y de concentrarse en las cosas que importaban... de modo especial, su educación.

El casquete cerebral —y la reproductora, del tamaño de un libro, que con él venía, inevitablemente llamada Caja del Cerebro—, era de enorme valor. Pronto contó con una pequeña biblioteca de tablillas para « conocimientos instantáneos », cada una de las cuales contenía todo el material necesario para obtener un título universitario. Cuando introducía una de ellas en la Caja del Cerebro, y le daba los ajustes de velocidad e intensidad que lo satisfacían más, se producía un rayo de luz, seguido por un período de inconsciencia que podría durar tanto como una hora. Cuando despertaba parecía como si se hubieran abierto nuevas regiones de su mente, aunque sólo se daba cuenta de que estaban ahí cuando las buscaba. Era, casi, como si fuera el dueño de una biblioteca que súbitamente descubre estantes con libros que no sabía que tenía.

En gran medida, era dueño de su propio tiempo. Por un sentido del deber, y de gratitud, accedía a tantas solicitudes como podía de científicos, historiadores, escritores y artistas que trabajaban en medios que a menudo le eran incomprensibles. También recibía incontables invitaciones de otros ciudadanos de las cuatro torres, todo lo cual virtualmente se veía obligado a rechazar.

Las más tentadoras, y las más difíciles de resistir, eran las que provenían del hermoso planeta que se extendía allá abajo.

—Por supuesto —le había dicho el profesor Anderson—, usted sobreviviría si fuera abajo durante un lapso corto y con el sistema adecuado para mantenimiento fisiológico, pero no lo disfrutaría. Y podría debilitar su sistema neuromuscular todavía más: realmente nunca se recobró de ese sueño de mil años.

Su otro custodio, Indra Wallace, lo protegía de las intromisiones innecesarias, y le aconsejaba qué solicitudes debía aceptar... y cuáles rechazar con cortesía. Por sí mismo, nunca podría entender la estructura sociopolítica de esa increíblemente compleja cultura, pero pronto advirtió que, aunque en teoría las

distinciones de clase ya no existían, había algunos miles de superciudadanos. George Orwell había tenido razón: algunos siempre serían más iguales que otros.

Hubo ocasiones en las que, acondicionado por su experiencia del siglo XXI, se preguntó quién estaba pagando por toda esa hospitalidad: ¿algún día le pasarían el equivalente de una enorme factura de hotel? Pero Indra lo había tranquilizado con rapidez: él era una pieza única e invaluable de museo, por lo que jamás tendría que preocuparse por tales consideraciones vulgares. Todo lo que deseara, dentro de lo razonable, se pondría a su disposición. Poole se preguntó cuáles eran los límites, sin imaginar que un día intentaría descubrirlos.

Todas las cosas más importantes de la vida ocurren por accidente, y Poole había fijado el exhibidor de la pantalla mural en posición de exploración aleatoria y silenciosa, cuando una llamativa imagen atrajo su atención.

—¡Alto exploración! ¡Sonido! —gritó, con tono innecesariamente alto.

Reconoció la música, pero transcurrieron unos minutos antes que la identificara. El hecho de que su pared estuviera llena con seres humanos alados que se movían con elegancia unos alrededor de otros describiendo círculos, indudablemente ayudó. Pero Tchaikowski habría quedado por completo atónito al ver esa versión de *El lago de los cisnes*, en la que las bailarinas realmente volaban...

Poole observó, extático, durante varios minutos, hasta que estuvo suficientemente convencido de que era realidad y no una simulación; aun en sus propios tiempos nunca se podía estar seguro del todo. Era de suponer que el *ballet* se estaba ejecutando en uno de los muchos ambientes de baja gravedad; uno muy grande, a juzgar por algunas de las imágenes. Hasta podría ser allí, en la Torre África.

« Quiero intentar eso », decidió. Nunca había perdonado del todo a la Agencia Espacial por prohibirle uno de sus más grandes placeres, salto en formación con paracaídas, aun cuando podía comprender el punto de vista de ese organismo, de no querer arriesgar una valiosa inversión. Los médicos habían sentido bastante desagrado por el accidente anterior sufrido al practicar volovelismo; por suerte, sus huesos de adolescente se habían soldado por completo.

« Bueno », pensó. « No hay quien me detenga ahora... a menos que sea el profe Anderson ».

Para alivio de Poole, el médico lo consideró una excelente idea y también le agradó descubrir que cada una de las torres tenía su propio aviario, con un nivel de hasta un décimo de G.

Al cabo de unos pocos días se lo medía por sus alas, que no eran, en absoluto, como las elegantes versiones que lucían los bailarines de *El lago de los cisnes*. En vez de plumas había una membrana flexible y, cuando tomó las agarraderas que había unidas a las costillas de sostén, se dio cuenta de que su aspecto debía de estar mucho más cerca del de un murciélago que del de un pájaro. Sin embargo,

su « ¡Muévete, Drácula!» se desperdició por completo ante su instructor, que aparentemente no tenía el más mínimo conocimiento sobre vampiros.

Para sus primeras lecciones estaba sujeto por un arnés liviano, de modo que no se moviera a parte alguna mientras se le enseñaban los aleteos básicos y, lo más importante de todo, aprendía control y estabilidad. Al igual que muchas destrezas adquiridas, no era tan sencilla como parecía.

Se sentía ridículo en ese arnés de seguridad (¿cómo podía alguien lastimarse con un décimo de la gravedad?), y estuvo contento de necesitar nada más que unas pocas lecciones: era indudable que su preparación de astronauta ayudaba. Era, según le dijo el maestro de vuelo con alas, el mejor alumno que había tenido jamás... pero quizás a ellos les decía lo mismo.

Después de varios vuelos libres en una cámara de cuarenta metros de lado, entrecruzada por diversos obstáculos que Poole evitó con facilidad, se le dio el visto bueno para su primer vuelo solo... y volvió a sentirse como si tuviera diecinueve años, a punto de despegar en aquella antigüedad de Cessna del Aeroclub de Flagstaff.

El nada emocionante nombre de El Aviario no lo había preparado para el territorio de su vuelo de bautismo. Aunque parecía aún más enorme que el espacio que contenía los bosques y jardines en el nivel de gravedad lunar, tenía casi el mismo tamaño, ya que también ocupaba todo un piso de la torre suavemente ahusada. Un vacío circular, de medio kilómetro de alto y más de cuatro de ancho, parecía ser realmente enorme, ya que no había detalles en los que la mirada pudiera detenerse. Debido a que las paredes tenían un color azul uniforme, contribuían a la impresión de espacio infinito.

Poole no había creído realmente en la bravata del maestro de vuelo: « Puede tener cualquier decorado que le guste» , e intentó lanzarle lo que estaba seguro que era un desafío imposible. Pero en ese primer vuelo, a la aturullante altura de cincuenta metros, no había distracciones visuales. Naturalmente, una caída desde la altitud equivalente de cinco metros con la gravedad terrestre, diez veces superior, podría hacer que uno se rompiera el cuello; sin embargo, allí hasta los rasguños de poca monta eran improbables, ya que todo el piso estaba cubierto con una red de cables flexibles. Toda la cámara era un gigantesco trampolín en el que se podría, según pensaba Poole, divertirse mucho... aun sin alas.

Con aleteos firmes y dirigidos hacia abajo, Poole se elevó por el aire. En poquísimos tiempo pareció que estaba a cien metros en el aire, y seguía ascendiendo.

—¡Aminore! —indicó el maestro de vuelo—. ¡No puedo seguir su ritmo!

Poole se enderezó; después intentó un giro lento. Se sentía mareado y con el cuerpo liviano (¡menos de diez kilogramos!), y se preguntó si había aumentado la concentración de oxígeno.

Eso era maravilloso, completamente distinto de la gravedad cero, ya que

presentaba un mayor desafío físico. Lo que más se le acercaba era el buceo con equipo autónomo: deseó que hubiera habido pájaros allí, para emular los igualmente coloridos peces coralinos que tan a menudo lo habían acompañado en los arrecifes tropicales.

El maestro de vuelo le hizo efectuar una serie de maniobras sucesivas: giros, rizo, vuelo cabeza abajo, revoloteo... finalmente le dijo:

—No puedo enseñarle nada más. Ahora, disfrutemos de la vista.

Durante un instante, Poole casi perdió el control... como probablemente se esperaba que le ocurriera pues, sin la más mínima advertencia, se encontró rodeado por montañas coronadas por la nieve, y volando bajo a través de un estrecho paso, a nada más que metros de algunas rocas desagradablemente puntiagudas.

Por supuesto, eso no podía ser real: esas montañas eran tan carentes de consistencia como nubes y, si así lo deseara, podría volar directamente a través de ellas. No obstante, se apartó de la pared del acantilado (había un nido de águila en una de sus salientes, dentro del cual se veían dos huevos que pensó que podría tocar, si se acercaba más), y enfiló hacia espacios más abiertos.

Las montañas desaparecieron; repentinamente se hizo de noche, y entonces salieron las estrellas, no los escasos miles que se veían en los empobrecidos cielos de la Tierra, sino legiones en cantidades incontables. Y no sólo estrellas, sino los torbellinos espiralados de distantes galaxias; los abigarrados y apiñados enjambres de soles, de las acumulaciones globulares.

No había posibilidad alguna de que eso pudiera ser real, incluso si lo hubieran transportado mágicamente a algún mundo en el que tales cielos existieran. Pues esas galaxias se alejaban de él mientras las miraba; algunas estrellas se apagaban, estallaban, nacían en viveros estelares de fulgurantes gases ígneos. Cada segundo debía de estar transcurriendo un millón de años...

El avasallador espectáculo desapareció tan rápido como había aparecido: Poole estaba de vuelta en el cielo vacío, solo, con la salvedad de su instructor, en el cilindro azul sin detalles del aviario.

—Creo que eso es suficiente para un día —dijo el maestro de vuelo, revoloteando unos pocos metros por encima de Poole—. ¿Qué decorado le gustaría la próxima vez que venga aquí?

Poole no vaciló. Sonriendo, respondió a la pregunta.

11. Haya aquí dragones

Nunca lo habría creído posible, ni siquiera con la tecnología de esos días y época. ¿Cuántos teraoctetos... petaoctetos... (¿había una palabra suficientemente larga...?) de información debían de haberse acumulado en el transcurso de los siglos, y en qué clase de medio de almacenamiento? Mejor no pensar en eso y seguir el consejo de Indra: « Olvidate de que eres ingeniero, y diviértete» .

Por cierto que ahora se estaba divirtiendo, aunque su placer se mezclaba con una sensación casi abrumadora de nostalgia. Porque estaba volando, o así parecía, a una altitud de casi dos kilómetros, por encima del paisaje espectacular e inolvidable de su juventud. Por supuesto, la perspectiva era falsa, ya que el Aviario sólo tenía medio kilómetro de alto, pero la ilusión era perfecta.

Rodeó el cráter Meteoro, recordando cómo había trepado a gatas por sus laderas durante su anterior preparación como astronauta. ¡Qué increíble que alguien hubiera podido atreverse a dudar del origen y de la precisión del nombre de ese cráter! Sin embargo, ya bien avanzado el siglo XX, distinguidos geólogos habían sostenido que era volcánico. No fue sino hasta el advenimiento de la era espacial que se aceptó, a regañadientes, que todos los planetas seguían estando sometidos a un bombardeo continuo.

Poole estaba completamente seguro de que su cómoda velocidad de crucero estaba más cerca de los veinte que de los doscientos kilómetros por hora y, no obstante, se le había permitido alcanzar Flagstaff en menos de quince minutos. Y estaban las cúpulas blancas refulgentes del Observatorio Lowell, al que visitaba tan a menudo cuando era un muchacho, y cuyo amistoso personal había sido responsable, sin la menor duda, de la elección de su carrera. A veces se había preguntado cuál podría haber sido su profesión, de no haber nacido en Arizona, cerca del sitio mismo en el que se habían creado las más perdurables e influyentes de las fantasías sobre Marte. Quizás era la imaginación, pero Poole creyó poder divisar la singular tumba de Lowell, próxima al gran telescopio que había dado pábulo a sus sueños.

¿Desde qué año, y en qué estación, se había captado esa imagen? Conjeturó que provenía de los satélites espías que vigilaban el mundo de comienzos del siglo XXI. No podía ser mucho más tarde que la propia época de Poole, pues la distribución de la ciudad era tal como la recordaba. Quizá si descendía lo

suficiente hasta podría llegar a verse a sí mismo...

Pero sabía que era absurdo: ya había descubierto que eso era lo más cerca que podía llegar. Si volara con un poco más de proximidad, la imagen empezaría a descomponerse, revelando sus píxeles básicos.

Era mejor conservar la distancia y no destruir la hermosa ilusión.

Y allá —¡era increíble!— estaba el pequeño parque donde había jugado con sus amigos de los últimos grados de la primaria, y los de la secundaria. Los Padres de la Ciudad siempre estaban discutiendo sobre su mantenimiento, mientras el suministro de agua iba adquiriendo carácter cada vez más crítico. Bueno, por lo menos había sobrevivido hasta aquellos días... cuando quiera que hubiesen sido.

Y, entonces, otro recuerdo llevó lágrimas a sus ojos: a lo largo de esos estrechos senderos, cuando podía volver a casa, ya fuere desde Houston o la Luna, había caminado con su adorado peloduro de Rodesia, tirándole pelitos para que los trajera, del mismo modo que hombre y perro habían hecho desde tiempo inmemorial.

Poole había anhelado con toda su alma que Rikki todavía estuviese ahí, para saludarlo cuando regresara de Júpiter, y lo había dejado al cuidado de su hermano menor, Martin. Casi perdió el control, y se hundió varios metros antes de recobrar la estabilidad cuando, una vez más, se enfrentó con la amarga verdad de que tanto Rikki como Martin se habían vuelto polvo hacía ya siglos.

Cuando pudo volver a ver bien, advirtió que la banda oscura del Gran Cañón era apenas visible en el lejano horizonte. Estaba reflexionando acerca de si dirigirse hacia allá (se estaba cansando un poco), cuando se dio cuenta de que no estaba solo en el cielo. Alguien más se acercaba, y ciertamente no era un ser humano que volaba con alas. Aunque allí resultaba difícil calcular las distancias, parecía demasiado grande como para ser una persona.

«Bueno», pensó. «No me sorprendería mucho encontrarme aquí con un pterodáctilo... en realidad, es la clase de cosas que puedo esperar. Mientras sea amistoso... o que yo pueda volar más rápido que él si no lo es. ¡Oh, no!».

Un pterodáctilo no era una mala conjetura: quizá para ocho puntos sobre diez. Lo que ahora se le estaba acercando, con lento batir de las grandes alas coráceas, era un dragón recién salido de la Tierra de las Hadas. Y, para completar la imagen, sobre el lomo viajaba una hermosa mujer.

O, por lo menos, Poole conjeturó que era hermosa, pues la imagen tradicional estaba bastante menoscabada por un detalle trivial: mucho de su cara estaba oculto por un gran par de antiparras, que pudieron haber llegado directamente de la cabina abierta de un biplano de la Primera Guerra Mundial.

Poole flotó en el aire, como un nadador que mueve las piernas para mantenerse a flote, hasta que el monstruo que se aproximaba se le acercó lo suficiente como para que oyera el batir de sus grandes alas. Aun cuando estaba a

menos de veinte metros, Poole no pudo decidir si se trataba de una máquina o de una biocreación: probablemente era ambas cosas.

Y después se olvidó del dragón, pues su amazona se quitó las antiparras.

El problema con las frases hechas, señaló algún filósofo, probablemente lanzando un bostezo, es que son tan aburridamente ciertas.

Pero «amor a primera vista» nunca es aburridora.

Danil no le pudo proporcionar información, pero Poole tampoco había esperado que se la diera. Su ubicua escolta —por cierto que no pasaría el examen para valet— parecía ser tan limitado en sus funciones, que, a veces, Poole se preguntaba si no tenía alguna deficiencia mental, improbable como eso parecía. Sin embargo entendía el funcionamiento de todos los artefactos domésticos, obedecía órdenes sencillas con rapidez y eficiencia, y sabía cómo desplazarse por la torre. Pero eso era todo: era imposible sostener con él una conversación inteligente, y cualesquiera preguntas corteses respecto de su familia se topaban con una mirada en blanco de incompreensión. Poole hasta se había preguntado si no sería también un biorrobot.

Indra le dio de inmediato la respuesta que necesitaba:

—¡Oh, conociste a la Dama del Dragón!

—¿Es así como la llaman? ¿Cuál es su nombre verdadero...? ¿Me puedes conseguir su Ident? No estábamos en posición de tocarnos las palmas, precisamente.

—Por supuesto... *no problema*.

—¿De dónde sacaste eso?

A diferencia de lo que era característico en ella, esta vez Indra pareció estar confundida:

—No tengo idea... de algún libro o película antiguo. ¿Es una buena figura de dición?

—No si tienes más de quince años.

—Trataré de recordarlo. Ahora dime lo que pasó... a menos que quieras que me ponga celosa.

Ya eran tan buenos amigos, que podían discurrir sobre cualquier tema con absoluta franqueza. En verdad, risueñamente habían lamentado la total falta de interés romántico mutuo... si bien Indra una vez había comentado: «Supongo que si ambos estuviéramos varados en un asteroide desierto, sin la menor esperanza de rescate, podríamos llegar a un acuerdo» .

—Primero, dime quién es.

—Su nombre es Aurora McAuley. Entre otras muchas cosas, es presidenta de la Sociedad de Anacronismos Creativos, y si crees que Draco era impresionante, espera hasta ver algunas de sus otras... eh... creaciones, como Moby Dick y todo un zoológico de dinosaurios que a la Madre Naturaleza ni siquiera se le ocurrieron.

« Esto es demasiado bueno como para ser cierto» , pensó Poole.

« Yo soy el más grande anacronismo que hay sobre el planeta Tierra» .

12. Frustración

Hasta entonces, casi había olvidado aquella conversación con el psicólogo de la Agencia Espacial.

—Puede ser que esté fuera de la Tierra durante tres años, por lo menos. Si lo desea, puedo suministrarle un implante anafrodisiaco inofensivo que le durará toda la misión. Le prometo que compensaremos eso con creces cuando vuelva a casa.

—No gracias —había respondido Poole, tratando de no reírse mientras proseguía—. Creo que puedo manejarlo.

No obstante, se había vuelto suspicaz después de la tercera o la cuarta semana... y lo mismo le pasaba a Dave Bowman:

—Yo también lo noté —dijo Dave—. Estoy seguro de que esos malditos médicos pusieron algo en nuestra dieta.

Fuera lo que fuere (si es que en verdad existió alguna vez), hacía mucho y a que había dejado de tener efecto. Hasta entonces, Poole había estado demasiado ocupado como para meterse en enredos sentimentales, y con cortesía había rechazado generosas ofertas provenientes de damas jóvenes (y no tan jóvenes). No estaba seguro de si era su físico o su fama lo que las atraía; quizá no era más que la simple curiosidad por un hombre que, según lo que ellas sabían, podría ser un ancestro de veinte o treinta generaciones atrás.

Para deleite de Poole, la Ident de la Señora McAuley transmitió la información de que en ese momento estaba en un período entre amantes, y Poole no perdió tiempo para ponerse en contacto con ella. A las veinticuatro horas estaba montado en la grupa del dragón, los brazos agradablemente ubicados en torno de la cintura de Aurora. También se enteró de por qué las antiparras de aviaador eran una buena idea, ya que Draco era por completo robótico y con toda facilidad podía alcanzar una velocidad de crucero de cien kicks. Poole dudaba de que algún dragón verdadero hubiera logrado jamás tales velocidades.

No lo sorprendió que los siempre cambiantes paisajes que pasaban por debajo de ellos provinieran directamente de las leyendas: Ali Baba agitó la mano con enojo, cuando dieron alcance a su alfombra voladora, gritándoles:

—¡Por qué no miran por dónde van!

No obstante, debía de estar a mucha distancia de Bagdad, porque los chapiteles de ensueño sobre los que ahora volaban en círculos sólo podían pertenecer a Oxford.

Aurora se lo confirmó cuando señaló hacia abajo:

—Ésa es la taberna —la posada— en la que Lewis y Tolkien solían reunirse con sus amigos, *The Inklings*^[1]. Y mire el río, ese bote que acaba de salir de debajo del puente: ¿ve las dos niñas y el clérigo que van a bordo?

—Sí —contestó Poole, gritando también contra el suave susurro del torbellino que producía Draco—, y supongo que una de ellas es Alicia.

Aurora se dio vuelta y le sonrió sobre el hombro: parecía estar auténticamente encantada.

—Muy en lo cierto: es una reproducción precisa, basada sobre las fotos del reverendo. Temía que no lo supieras: ¡tanta gente dejó de leer poco después de tu época...!

Poole sintió un agradable rubor de satisfacción.

«Tengo la impresión de que pasé otra prueba», se dijo, complacido de sí mismo. «Montar en Draco debe de haber sido la primera. ¿Cuántas más, me pregunto? ¿Luchar con espadas?».

Pero no hubo más, y la respuesta a la inmemorial pregunta «¿Tu casa o la mía?» fue... la de Poole.

A la mañana siguiente, perturbado y mortificado, se puso en contacto con el profesor Anderson.

—Todo estaba yendo de maravillas —se lamentó—, cuando de pronto se puso histérica y me alejó a empujones. Tuve miedo de haberla lastimado de alguna manera...

» Después ordenó que se encendiera la luz de la habitación, habíamos estado en la oscuridad, y saltó fuera de la cama. Creo que yo sólo la miraba fijamente como un estúpido... —rió apesadumbrado—. Por cierto que valía la pena mirarla con fijeza...

—No me cabe la menor duda. Prosiga.

—Después de unos minutos se aflojó y dijo algo que nunca podré olvidar:

Anderson esperó pacientemente a que Poole se sosagara.

—Dijo: «Lo lamento mucho, Frank. Pudimos haberlo pasado muy bien, pero no sabía que te habían... mutilado».

El profesor pareció desconcertado, pero nada más que por un instante.

—Oh... ya entiendo. Yo también lo lamento, Frank.. Quizá debí haberlo prevenido. En mis treinta años de práctica sólo vi media docena de casos, y todos por válidas razones médicas... lo que, por cierto, no rige para usted.

» La circuncisión tuvo mucho sentido en épocas primitivas e, inclusive en su época, como defensa contra algunas enfermedades desagradables, y hasta fatales, en países atrasados con escasa higiene. Pero, en todo otro aspecto, no

existía la menor excusa para hacerla... ¡y varios argumentos en contra, como habrá descubierto!

» Después que lo examiné la primera vez, revisé los registros y encontré que a mediados del siglo XXI se habían instaurado tantas demandas por mala praxis médica, que la Asociación Médica Norteamericana se vio forzada a prohibir la circuncisión. Las discusiones entre los médicos contemporáneos son muy entretenidas.

—Estoy seguro de que lo son —asintió Poole con mal humor.

—En algunos países continuó durante otro siglo más. Después, algún genio desconocido acuñó un lema, y disculpe la vulgaridad: «Dios nos diseñó: la circuncisión es una blasfemia». Eso más o menos puso fin a la práctica. Pero, si usted lo desea, sería muy fácil disponer que se le haga un trasplante... de todos modos, no estaría haciendo historia en la medicina.

—No creo que eso sirva: temo que cada vez empezaría a reírme.

—Así me gusta: ya está empezando a superarlo.

Un tanto para sorpresa suya, Poole se dio cuenta de que el pronóstico de Anderson era correcto. Hasta se descubrió a sí mismo riéndose ya.

—¿Y ahora qué, Frank?

—La «Sociedad de Anacronismos Creativos» de Aurora: tuve la esperanza de que serviría para mejorar mis posibilidades, ¡y justo a mí me vino a tocar poseer un anacronismo que a ella no le gusta!

13. Extraño en una época extraña

Indra no estaba tan comprensiva como él había esperado. Quizá, después de todo había algo de celos sexuales en la relación de ellos. Y, lo que era mucho más grave, lo que burlonamente denominaban Fiasco del Dragón, los llevó a tener su primer altercado de verdad.

Comenzó de modo bastante inocente, cuando Indra se quejó:

—La gente siempre me pregunta por qué dediqué mi vida a un período tan horrible de la Historia, y no es una gran respuesta decir que los hubo peores.

—Entonces, ¿por qué te interesas en mi siglo?

—Porque señala la transición entre la barbarie y la civilización.

—Gracias. Puedes llamarme Conan.

—¡Conan! El único que conozco es el hombre que creó a Sherlock Holmes.

—Déjalo así... lamento haber interrumpido. Claro que nosotros, en los así llamados países desarrollados, nos creíamos civilizados. Cuando menos, la guerra ya no era algo respetable, y Naciones Unidas siempre estaba haciendo lo mejor que podía para poner fin a las guerras que se desencadenaban.

—No con mucho éxito: yo le daría un tres sobre diez. Pero lo que encuentro increíble es el modo en que la gente, ¡incluso hasta comienzos del 2000!, aceptaba con calma un comportamiento que habríamos considerado atroz. Y creía, de la manera más disparada...

—Disparatada.

—... tonterías que, con seguridad, cualquier persona racional rechazaría sin el menor miramiento.

—Ejemplos, por favor.

—Pues, tu pérdida, realmente trivial, me impulsó a efectuar algunas investigaciones, y quedé consternada por lo que hallé: ¿sabías que, en algunos países, todos los años se mutilaba horriblemente a miles de niñas, para hacer que conservaran la virginidad? Muchas de ellas morían, pero las autoridades hacían la vista gorda.

—Estoy de acuerdo en que era terrible... pero ¿qué podía hacer mi gobierno al respecto?

—Muchísimo... si lo hubiese querido. Pero eso habría ofendido a la gente que le suministraba petróleo... y que le compraba las armas, como las minas

terrestres que mataban y mutilaban civiles por millares.

—No entiendes, Indra. A menudo no teníamos alternativa: no podíamos reformar el mundo entero. ¿Y no hubo alguien que dijo que « la política es el arte de lo posible » ?

—Completamente cierto. Y es lo que explica por qué las mentes inferiores se aferran a eso. El genio gusta de desafiar lo imposible.

—Pues me complace que tengas una buena provisión de genialidad, así puedes poner las cosas en su justo lugar.

—Creo percibir un dejo de sarcasmo... Gracias a nuestras computadoras podemos ejecutar experimentos políticos en el ciberespacio antes de tratar de utilizarlos en la práctica. Lenin no tuvo suerte: nació cien años antes de tiempo. El comunismo ruso pudo haber funcionado, durante un tiempo, por lo menos, de haber tenido microprocesadores. Y se las habría ingeniado para evitar a Stalin.

A Poole le asombraba constantemente el conocimiento que tenía Indra de su época... así como su ignorancia sobre tantas cosas a las que él consideraba obvias. En un sentido, él tenía el problema inverso: aun si viviera los cien años que con tanta seguridad se le habían prometido, nunca podría aprender lo suficiente como para sentirse en casa. En cualquier conversación siempre habría referencias que no entendería, y chistes que le pasarían inadvertidos. Y lo que era aun peor, siempre sentiría que estaba a punto de meter la pata, a punto de producir un desastre social que avergonzaría incluso a los mejores de sus nuevos amigos...

... Como la ocasión en la que estaba almorzando, en su propia vivienda, por suerte, con Indra y el profesor Anderson. Las comidas que surgían de la cocina automática siempre eran perfectamente admisibles al haber sido diseñadas para satisfacer las necesidades fisiológicas de Poole. Pero, por cierto, no eran algo que hiciera agua la boca, y habrían sido la desesperación de un *gourmet* del siglo XXI.

Entonces, un día, apareció un plato desusadamente sabroso, que despertó en Poole intensos recuerdos de las cacerías de ciervos y de los asados de su juventud. Sin embargo, había algo que no le era familiar, no en el sabor ni en la textura, así que hizo la pregunta obvia.

Anderson se limitó a sonreír pero, durante unos segundos, Indra dio la impresión de que estaba a punto de descomponerse. Después se recobró y dijo:

—Contéstale tú... después que terminemos de comer.

« ¿Y ahora qué hice mal? », se preguntó Poole. Media hora más tarde, con Indra manifiestamente absorbida por la exhibición de una videopelícula en el otro extremo de la habitación, los conocimientos que Poole tenía sobre el tercer milenio avanzaron otro paso de importancia.

—Ya en sus tiempos, la alimentación con cadáveres estaba llegando a su punto final —explicó Anderson—. Criar animales para... ajjj... comerlos se

volvió imposible desde el punto de vista económico. No sé cuántas hectáreas se necesitaba para alimentar una sola vaca, pero sí sé que diez seres humanos, como mínimo, podían vivir con las plantas que esa superficie producía; y es probable que cien, con técnicas hidropónicas.

» Pero lo que remató todo este horrible asunto no fue la economía, sino las enfermedades. Primero empezó con el ganado; después se extendió a otros animales para alimentación. Fue una clase de virus, creo, que afectaba el cerebro y producía una muerte particularmente horrible. Si bien con el tiempo se halló la cura, fue demasiado tarde para volver atrás el reloj y, de todos modos, ya los alimentos sintéticos eran mucho más baratos y se los podía obtener con el sabor que se quisiera.

Al recordar semanas de comidas que satisfacían su hambre pero pecaban de sosas, Poole tuvo grandes reservas respecto del sabor. Y si no, ¿por qué, se preguntaba, seguía teniendo sueños añorantes de costillitas de cerdo y bistecs *à la cordon bleu*?

Otros sueños eran mucho más perturbadores, y tenía miedo de que, dentro de muy poco tiempo, tendría que solicitarle ayuda médica a Anderson. A pesar de todo lo que se estaba haciendo para hacerlo sentir como en su casa, las peculiaridades y la absoluta complejidad de ese nuevo mundo estaban empezando a abrumarlo. Durante el sueño, y como si fuera un esfuerzo inconsciente por escapar, a menudo regresaba a su vida anterior pero, cuando despertaba, eso sólo empeoraba las cosas.

No había sido buena idea viajar a la Torre Norteamérica y mirar, en la realidad y no en una simulación, el paisaje de su juventud: Con ayuda de equipo óptico, cuando la atmósfera estuvo despejada pudo ver tan de cerca, que logró discernir seres humanos individuales mientras atendían sus propios asuntos, a veces en calles que Poole recordaba...

Y siempre, en lo profundo de la mente, estaba el saber que ahí abajo otrora había vivido gente a la que había amado: mamá, papá (antes que se hubiera ido con esa Otra Mujer), los queridos tío George y tía Lil, el hermano Martin y, por último, pero no por ello de menor importancia, una sucesión de perros, empezando por los tibios cachorros de su niñez y culminando con Rikki.

Por sobre todo, estaba el recuerdo, y el misterio, de Helena...

Había empezado como un amorio ocasional, en los primeros tiempos de la preparación para astronauta, pero cada vez se volvía más serio a medida que pasaron los años. Justo antes que Poole partiera hacia Júpiter, habían planeado hacer que su relación se volviera permanente... cuando él regresara.

Y si no lo hacía, Helena deseaba tener su hijo. Poole todavía recordaba la combinación de solemnidad e hilaridad con la que habían hecho los arreglos necesarios...

Ahora, mil años después, y a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía

averiguar si Helena había mantenido su promesa. Así como ahora había lagunas en su propia memoria, así también las había en los registros colectivos de la humanidad. La peor era la producida por el devastador impulso electromagnético proveniente del impacto de un asteroide en 2304, que había borrado varios porcentajes de los Bancos mundiales de información, a pesar de todas las copias de respaldo y los sistemas de seguridad. Poole no podía dejar de preguntarse si los registros de sus propios hijos no estarían entre los exaocetos perdidos irremediabilmente. Aun ahora, sus descendientes de la trigésima generación podrían estar caminando en la Tierra, pero él nunca lo sabría.

Escaso consuelo era haber descubierto que, a diferencia de Aurora, algunas damas de la era actual no consideraban que él era una mercadería dañada. Al contrario, a menudo encontraban que su alteración era bastante excitante, pero esa reacción un tanto incongruente le imposibilitaba establecer una relación íntima. Y tampoco estaba ansioso por hacerlo: todo lo que realmente necesitaba era el ejercicio ocasional, saludable, con la mente en blanco.

La mente en blanco: ése era el problema. Poole ya no tenía motivos para vivir, y lo aplastaba el peso de demasiados recuerdos. Parafraseando el título de un famoso libro que había leído en su juventud, a menudo decía de sí mismo « Soy un extraño en una época extraña » .

Hasta había ocasiones en las que contemplaba el hermoso planeta sobre el cual, de obedecer las órdenes del médico, jamás podría volver a caminar, y se preguntaba qué tal sería tener un segundo encuentro con el vacío del espacio. Aunque no era fácil pasar por las esclusas de aire sin encender alguna alarma, cada tantos años se había hecho, y algún suicida decidido presentaba una meteórica exhibición en la atmósfera de la Tierra.

Quizá daba lo mismo, puesto que la liberación estaba en camino, proveniente de una dirección por completo inesperada.

—Gusto en conocerlo, comandante Poole... por segunda vez.

—Lo siento... no recuerdo..., pero claro, veo tanta gente.

—No necesita disculparse. La primera vez fue alrededor de Neptuno.

—¡Capitán Chandler... qué gusto verlo! ¿Puedo ofrecerle algo de la cocina automática?

—Cualquier cosa que tenga más de veinte por ciento de alcohol estará bien.

—¿Y qué está haciendo de vuelta en la Tierra? Me dijeron que usted nunca va al interior de la órbita de Marte.

—Es casi cierto... aunque nació aquí, creo que es un sitio sucio y hediondo... demasiada gente... ¡y lentamente la cantidad se está acercando a los mil millones otra vez!

—Más de diez mil millones en mi tiempo. A propósito, ¿recibió mi mensaje

de agradecimiento?

—Sí, y sé que debí haberme puesto en contacto con usted, pero esperé hasta volver a enfilar hacia el Sol. Así que acá estoy. ¡A su buena salud!

Una vez que el capitán se hubo encargado de la bebida con impresionante velocidad, Poole trató de analizar a su visitante. Las barbas, aun las pequeñas perillas como la de Chandler, eran muy raras en la sociedad actual, y Poole nunca había sabido que un astronauta la llevara: no coexistían confortablemente con los cascos espaciales. Pero claro, un capitán podría pasar años antes de tener una AEV y, de todos modos, la mayoría de los trabajos exteriores los hacían robots. Pero siempre existía el riesgo de lo inesperado, cuando a la persona había que vestirla de apuro. Era evidente que Chandler era un tanto excéntrico, y Poole se alegró de corazón por conocerlo.

—No contestó a mi pregunta: si no le gusta la Tierra, ¿qué está haciendo acá?

—Oh, pues principalmente poniéndome en contacto con antiguos amigos: ¡es maravilloso olvidarse de las demoras de horas y tener conversaciones en tiempo real! Pero, claro está, ése no es el motivo: en el astillero del Borde están reparando mi viejo balde oxidado. Y al blindaje hay que cambiarlo: cuando se reduce a nada más que unos centímetros de espesor, no duermo muy bien.

—¿Blindaje?

—Escudo contra polvo. No había tal problema en su época, ¿no? Pero alrededor de Júpiter hay un ambiente sucio, y nuestra velocidad normal de crucero es de varios miles de kicks... ¡por segundo! Así que se produce un continuo tamborileo suave, como gotas de lluvia en el techo.

—¡Está bromeando!

—Claro que sí. Si en verdad pudiéramos oír algo, ya estaríamos muertos. Por suerte, esta clase de situación desagradable es muy rara... El último accidente grave tuvo lugar hace veinte años. Conocemos todos los cursos de los cometas, dónde está la mayor parte de la basura, y tenemos mucho cuidado en evitarla, salvo cuando nos desplazamos a velocidad de apareamiento, para hacer la redada de hielo.

» Pero ¿por qué no viene a bordo y echa un vistazo alrededor, antes que partamos hacia Júpiter?

—Me gustaría mucho... ¿Dijo Júpiter?

—Bueno, Ganímedes, claro. Ciudad Anubis. Tenemos mucho que hacer ahí, y varios de nosotros tienen familia a la que no han visto desde hace meses.

Poole apenas si lo oía.

De pronto, en forma inesperada, y quizás en el momento exacto, había encontrado un motivo para vivir.

El comandante Frank Poole era la clase de hombre que odiaba dejar un trabajo a medias, y unas pocas motas de polvo cósmico, aun desplazándose a mil kilómetros por segundo, no eran algo que lo desalentara.

Tenia un asunto sin terminar en el mundo otrora conocido como Júpiter.

II. Goliath

14. Adiós a la Tierra

«Cualquier cosa que desee... dentro de lo razonable», le habían dicho. Frank Poole no estaba seguro de que sus anfitriones consideraran ese regreso a Júpiter como una solicitud razonable; en verdad, él mismo no se sentía del todo seguro, y estaba empezando a pensarlo mejor.

Ya había dado su palabra a enormes cantidades de compromisos, con semanas de antelación. De la mayoría le habría encantado estar ausente, pero había algunos que lamentaría perder; en especial, odiaba decepcionar a la clase de los ancianos de su antiguo colegio secundario —¡qué notable que todavía existiera!—, cuando planeó visitarlo el mes próximo.

Sin embargo, se sintió aliviado, y un poco sorprendido, cuando tanto Indra como el profesor Anderson estuvieron de acuerdo en que era una excelente idea. Por primera vez se dio cuenta de que habían estado preocupados por su salud mental. Quizá tomarse unas vacaciones de la Tierra fuese la mejor cura posible.

Y, lo más importante de todo, el capitán Chandler estaba encantado:

—Puede ocupar mi cabina —le ofreció—. Echaré a la contramaestre de la suya.

Había ocasiones en las que Poole se preguntaba si Chandler, con su barba y su fanfarronería, no era otro anacronismo. Fácilmente lo podía representar en el puente de una estropeada fragata, con calavera y tibias cruzadas flameando en lo alto.

Una vez que Poole hubo tomado su decisión, los acontecimientos se sucedieron con sorprendente velocidad. Había acumulado muy pocas posesiones, y aún menos eran las que necesitaba llevar consigo. La más importante era Señorita Pringle, su otro yo y secretaria electrónica, ahora el depósito de sus dos vidas; y la pequeña pila de memorias en teraoctetos que iban con ella.

Señorita Pringle no era mucho más grande que las libretas personales de mano de la propia época de Poole, y de ordinario vivía, al igual que los Colt 45 del Viejo Oeste, en una funda de extracción rápida que se llevaba en la cintura. La máquina podía comunicarse con él por medio de sonido o del casquete cerebral, y su obligación primordial era actuar como filtro de la información y como memoria intermedia para el mundo exterior. Al igual que cualquier buena secretaria, sabía cuándo contestar en el formato adecuado: «Ya lo comunico» o,

con mucha mayor frecuencia, « Lo siento: el señor Poole está ocupado. Por favor, grabe su mensaje y él le responderá no bien le sea posible». Por lo común, eso era nunca.

Había pocas despedidas para hacer: aunque las conversaciones en tiempo real serían imposibles, debido a la tremenda lentitud de las ondas de radio, permanecería en constante contacto con Indra y Joe, los únicos amigos verdaderos que había hecho.

Un poco para sorpresa suya, Poole se dio cuenta de que echaría de menos a su enigmático pero útil « valet », porque ahora tendría que lidiar él mismo con todas las tareas triviales de la vida cotidiana. Danil hizo una leve reverencia cuando se despidieron pero, además de eso, no exhibió señal alguna de emoción cuando emprendieron el largo ascenso hacia la curva exterior de la rueda que giraba alrededor del mundo, a treinta y seis mil kilómetros por encima de África central.

—No estoy seguro, Dim, de que entiendas la comparación, ¿pero sabes qué me recuerda la *Goliath*?

Para estos momentos eran tan buenos amigos, que Poole podía usar el apodo del capitán... pero únicamente cuando no había alguien más a la vista.

—Algo poco halagador, imagino.

—En realidad, no. Pero cuando era niño me encontré con todo un montón de antiguas revistas de ciencia ficción que mi tío George había abandonado. Las llamaban « pulpas », por el papel barato en el que estaban impresas; la mayoría ya se estaba haciendo pedazos. Tenían magníficas tapas extravagantes, que mostraban extraños planetas y monstruos... y, por supuesto, ¡naves espaciales!

» Cuando crecí, me di cuenta de lo ridículas que eran esas naves: por lo común las impulsaban cohetes, ¡pero jamás se veía la menor señal de tanques de propulsante! Algunas tenían hileras de ventanillas de proa a popa, exactamente igual que los paquebotes oceánicos. Había una, que era mi favorita, con una enorme cúpula de vidrio: un invernadero espacial...

» Pues bien, los que rieron último fueron esos antiguos artistas... lástima que nunca lo pudieran llegar a saber. La *Goliath* se parece más a los sueños de ellos que a los tanques voladores de combustible que solíamos lanzar desde el Cabo. El impulso inercial de ustedes sigue pareciendo demasiado bueno para ser cierto: no hay medios visibles de apoyo, alcance y velocidad ilimitados... A veces pienso que yo soy el que está soñando.

Chandler rió y señaló hacia la vista exterior:

—¿Esto parece un sueño?

Era la primera vez que Poole veía un horizonte auténtico desde su llegada a Ciudad de las Estrellas, y no estaba tan lejano como había supuesto. Después de

todo, él estaba en el borde exterior de una rueda que tenía siete veces el diámetro de la Tierra, por lo que, sin lugar a dudas, la vista desde el techo de este mundo artificial debía de extenderse varios centenares de kilómetros...

Había sido bueno en aritmética mental, un raro logro aun en su época, y probablemente mucho más raro ahora. La fórmula para obtener la distancia al horizonte era sencilla: la raíz cuadrada del doble de la propia altura, multiplicada por el radio. La clase de conocimiento que nunca se olvida, aun si se quisiera...

Veamos: estamos a unos ocho metros de altura, así que es la raíz cuadrada de dieciséis (¡eso es fácil!). Digamos que R es cuarenta mil... eliminamos esos tres ceros para hacer que todos sean clicks... Cuatro veces la raíz de cuarenta... mmm... apenas un poco más que veinticinco...

Bueno, veinticinco kilómetros era una buena distancia y, por cierto, jamás espaciopuerto alguno de la Tierra había parecido tan enorme. Incluso sabiendo perfectamente bien qué esperar, resultaba sobrenatural mirar naves, muchísimo más grandes que su hace mucho perdida *Discovery*, despegando, no sólo en absoluto silencio, sino con ausencia de medios evidentes de propulsión. Aunque Poole extrañaba las llamaradas y la furia de las cuentas regresivas de antaño, tenía que admitir que eso era más limpio, más eficiente... y mucho más seguro.

Lo más extraño de todo, empero, era estar sentado ahí arriba, en el Borde, en la órbita geoestacionaria en sí... ¡y sentir peso! A nada más que metros de distancia, por afuera de la ventanilla de la diminuta sala de observación, robots de servicio y unos pocos seres humanos en traje espacial hacían sus tareas flotando con suavidad; pero, en el interior de la *Goliath*, el campo de inercia seguía manteniendo la gravedad marciana normal.

—¿Estás seguro de que no quieres cambiar de opinión, Frank? —había preguntado en broma, mientras iba hacia el puente—. Todavía quedan diez minutos antes del despegue.

—No sería muy popular si lo hiciera, ¿no? No, tal como solían decir antaño, tenemos un compromiso. Preparado o no preparado, allá voy.

Poole sintió la necesidad de estar a solas cuando comenzó el impulso, y la reducida tripulación (nada más que cuatro hombres y tres mujeres) respetó su deseo. Quizás adivinaban cómo debía de estar sintiéndose: abandonar la Tierra por segunda vez en mil años... y, una vez más, para enfrentar un destino desconocido.

Júpiter-Lucifer estaba del otro lado del Sol, y la órbita casi rectilínea de la *Goliath* iba a llevarlos cerca de Venus. Poole esperaba ansiosamente el momento de ver, a simple vista, si el planeta gemelo de la Tierra estaba empezando a justificar esa descripción, después de siglos de terraformación.

Desde una altura de mil kilómetros, la Ciudad de las Estrellas parecía una gigantesca banda de metal que ceñía el ecuador de la Tierra, salpicada con torres de lanzamiento, cúpulas herméticas llenas de aire, andamiajes que sostenían

naves semicompletadas, antenas, y otras estructuras más enigmáticas. Disminuía con rapidez a medida que la *Goliath* enfilaba hacia el Sol y, en seguida, Poole pudo ver lo incompleta que estaba: había enormes brechas sólo unidas por una telaraña de andamiajes, a las que probablemente nunca se habría de circundar del todo.

Y ahora estaban cayendo por debajo del plano del anillo. Era mediados de invierno en el hemisferio norte, así que el tenue resplandor de Ciudad de las Estrellas estaba inclinado más de veinte grados hacia el Sol. Poole ya podía ver las torres norteamericana y asiática, como filamentos refulgentes que se extendían hacia afuera del planeta, más allá de la neblina azul de la atmósfera.

Estaba apenas consciente del tiempo, cuando la *Goliath* ganó velocidad, desplazándose con más celeridad que cualquier cometa que hubiera caído jamás hacia el Sol, viniendo desde el espacio interestelar. La Tierra, en plenitierra, seguía ocupándole todo el campo visual, y entonces pudo ver la longitud completa de la torre de África, que había sido su hogar en la vida que ahora estaba abandonando —y no pudo evitar la idea— quizá para siempre.

Cuando estaban a cincuenta mil kilómetros de distancia, estuvo a punto de ver la totalidad de la Ciudad de las Estrellas, en forma de una estrecha elipse que encerraba la Tierra. Aunque el lado lejano era apenas visible como una delgadísima línea de luz contra el fondo de las estrellas, producía temor reverencial pensar que la especie humana había colocado esta señal sobre los cielos.

Después, recordó los anillos de Saturno, infinitamente más espléndidos. Los ingenieros en astronáutica todavía tenían un largo camino por recorrer antes de que pudieran igualar las maravillas de la Naturaleza.

O, si ésa era la palabra adecuada, de Deus.

15. Tránsito de Venus

Cuando despertó a la mañana siguiente, ya estaban sobre Venus. Pero la enorme y deslumbrante media luna del planeta aún envuelto en nubes no era el objeto más llamativo del cielo: la *Goliath* estaba flotando por encima de una interminable extensión de lámina plateada con arrugas, que destellaba a la luz del Sol con patrones siempre cambiantes, a medida que la nave avanzaba a la deriva por sobre ella.

Poole recordó que en su propia época había existido un artista que envolvió edificios enteros en láminas de plástico: ¡cómo le habría encantado esta oportunidad de empaquetar miles de millones de toneladas de hielo en un envase rutilante! Sólo de esa manera se podía proteger de la evaporación al núcleo de un cometa mientras llevaba a cabo su travesía de décadas de duración hacia el Sol.

—Estás de suerte, Frank—le había dicho Chandler—, esto es algo que nunca había visto por mí mismo. Debe de ser espectacular. El impacto está previsto para dentro de poco más de una hora. Le dimos un empujoncito para asegurarnos de que caiga en el sitio preciso. No queremos que alguien salga herido.

Poole lo miró atónito:

—¿Quieres decir... que ya hay gente en Venus?

—Alrededor de cincuenta científicos locos, cerca del Polo Sur. Naturalmente, están bien alojados, pero los vamos a sacudir un poco, aun cuando el punto de impacto está en el otro lado del planeta. O quizá deba decir «Atmósfera Cero»: pasarán días antes de que algo, salvo la onda de choque, llegue a la superficie.

Mientras la montaña de hielo cósmico, refulgente y destellante en su envoltura protectora, parecía ir haciéndose más pequeña a medida que caía hacia Venus, a Poole lo asaltó un recuerdo repentino, doloroso: los árboles de Navidad de su niñez habían lucido ornamentos iguales a ése, delicadas burbujas de vidrio coloreado. Y la comparación no era del todo absurda: para muchas familias de la Tierra, todavía era la temporada justa para hacer regalos, y la *Goliath* estaba transportando uno invaluable a otro mundo.

La imagen por radar del torturado paisaje venusino —sus fantasmagóricos volcanes, cúpulas escamadas y cañones estrechos y sinuosos— dominaba la pantalla principal del centro de control de la *Goliath*, pero Poole prefería las

pruebas que le daban sus propios ojos. Aunque el ininterrumpido mar de nubes que cubría el planeta nada revelaba sobre el infierno que tenía debajo, Poole quería ver qué ocurriría cuando chocara el cometa robado. En cuestión de segundos, las innumerables toneladas de hidratos congelados que habían estado ganando velocidad durante décadas en el recorrido cuesta abajo desde Neptuno, iban a liberar toda su energía...

El destello inicial fue aún más brillante de lo que Poole había esperado. ¡Qué extraño resultaba que un proyectil hecho con hielo pudiera generar temperaturas que debían de estar por las decenas de miles de grados! Aunque los filtros de la ventanilla de observación habrían absorbido todas las peligrosas longitudes de onda corta, el feroz azul de la bola de fuego anunciaba que estaba más caliente que el Sol.

Se enfriaba con rapidez a medida que se expandía, pasando por el amarillo, el anaranjado, el rojo... Ahora debía de estar difundiéndose hacia afuera la onda de choque, a la velocidad de la luz... ¡y qué sonido debía de ser ese...! Así que dentro de pocos minutos debía de producirse alguna indicación visible de su paso por la faz de Venus.

¡Y ahí estaba!: sólo un diminuto anillo negro, como una insignificante nubecita de humo, que no daba el menor indicio de la furia ciclónica que debía de estar avanzando arrolladoramente hacia afuera, a partir del punto de impacto. Mientras Poole observaba, se expandía con lentitud, aunque debido a su escala no había sensación de desplazamiento visible: Poole tuvo que esperar todo un minuto antes de poder estar del todo seguro de que la onda se había vuelto más grande.

Después de un cuarto de hora, empero, fue el aspecto más sobresaliente en el planeta. Aunque mucho más tenue —de un gris sucio, antes que negro—, ahora la onda de choque era un círculo desgarrado de más de mil kilómetros de diámetro. Poole conjeturó que había perdido su simetría original cuando pasaba por sobre las grandes cadenas montañosas que tenía debajo.

La voz del capitán Chandler sonó enérgica a través del sistema de intercomunicación de la nave:

—Los pongo en comunicación con la Base Afrodita. Me agrada decir que no están aullando para pedir ayuda.

—... Nos sacudió un poco, pero eso era lo que esperábamos. Los monitores indican algo de lluvia que ya se está produciendo sobre las montañas Nokomis... pronto se evaporará, pero es un comienzo. Y parece haberse producido una inundación repentina en el precipicio Recate: es demasiado bueno como para ser cierto, pero estamos tratando de verificarlo. Después del último envío, ahí se formó un lago temporario de agua hirviendo...

«No los envidio», se dijo Poole, «pero los admiro: demuestran que el espíritu de aventura todavía existe en esta sociedad, que quizás es demasiado cómoda y demasiado bien adaptada».

—... Y gracias, una vez más, por traernos esta carguita acá en primer lugar. Con algo de suerte —y si podemos colocar esa pantalla solar en órbita sincronizada—, antes que pase mucho tiempo tendremos algunos mares permanentes, y después podremos plantar arrecifes de coral, para producir carbonato de calcio y eliminar de la atmósfera el exceso de CO₂... ¡Espero vivir para verlo!

« Le deseo que sí », pensó Poole con silenciosa admiración. Había buceado a menudo en los mares tropicales de la Tierra, admirando los extraños y coloridos seres, a menudo tan extravagantes que resultaba difícil creer que se pudiera encontrar algo que fuese más fuera de lo común ni siquiera en los planetas de otro sol.

—Paquete enviado a tiempo, y recepción confirmada —anunció el capitán Chandler con evidente satisfacción—. Adiós, Venus... Ganímedes, ¡allá vamos!

SEÑORITA PRINGLE
ARCHIVO - WALLACE

—Hola, Indra. Sí, tenías toda la razón: sí extraño nuestras pequeñas reyertas. Chandler y yo nos llevamos muy bien y, al principio, la tripulación me trató... esto te va a divertir... casi como si yo fuera una reliquia sagrada, pero están empezando a aceptarme, y hasta empezaron a tomarme el pelo (¿conoces ese uso idiomático?).

» Es irritante no poder sostener una verdadera conversación (hemos cruzado la órbita de Marte, por lo que la interlocución por radio ya tarda más de una hora), pero existe una ventaja: no podrás interrumpirme...

» Aun cuando sólo nos tomará una semana llegar a Júpiter, creí que tendría tiempo para relajarme. Ni pensarlo: empecé a sentir comezón en los dedos, y no pude resistir la idea de volver a la escuela, así que empecé la preparación básica, desde el principio mismo, en una de las minilanzaderas de la *Goliath*. Quizá Dim realmente me permita volar sin acompañante...

» No es mucho más grande que las cápsulas de la *Discovery*... ¡pero qué diferencia! Primero que todo, claro está, no utiliza cohetes: no me puedo acostumbrar al lujo del impulso inercial y del alcance ilimitado. Podría volar en ella de vuelta a la Tierra, si fuera necesario... aunque probablemente lo haga: ¿recuerdas la expresión que usé una vez, y de la que tú adivinaste el contenido, “ir como loco”?

» La mayor diferencia, empero, es el sistema de control. Para mí constituyó un gran desafío acostumbrarme a la operación sin manos... y la computadora tuvo que aprender a reconocer mis órdenes verbales. Al principio me estaba preguntando cada cinco minutos: “¿Realmente quiere decir eso?”. Sé que sería mejor usar el casquete cerebral, pero todavía no le tengo mucha confianza ni

estoy seguro de acostumbrarme alguna vez a que algo me lea los pensamientos...

» A propósito, el transbordador se llama *Falcon*: es un lindo nombre, pero quedé decepcionado al descubrir que ninguno de mis compañeros sabía que el nombre se remontaba a la época de las misiones Apolo, cuando aterrizamos en la Luna por primera vez...

» Er... ah... había mucho más que te quería decir, pero llama el capitán. De vuelta al aula... cariños y fuera.

ALMACENAR

TRANSMITIR

—Hola, Frank llama Indra... ¿es así como se dice...? con mi nuevo mentescrito... antiguo tuvo colapso nervioso, ja, ja... por eso muchos errores... sin tiempo para corregir antes que yo envíe. Espero entiendas lo que escribo.

¡COMSET! Canal uno-cero-tres... grabación desde doce y treinta —corrección— trece y treinta. Perdón...

» Espero puedan arreglar antigua unidad... conocía todos mis atajos y *abbreviatras*... quizá debo psicoanalizarme, como en tu época... Nunca entendí cómo esa tontería fraudeana... quiero decir, freudiana, ja, ja... duró tanto tiempo...

» Eso me recuerda —el otro día me topé con defin fines siglo XX... te puede divertir— algo así... cito textualmente... Psicoanálisis, enfermedad contagiosa que se originó en Viena cerca de la década de 1900, ahora extinta en Europa, pero hay erupciones ocasionales entre los norteamericanos pudientes. Fin de cita... ¿Gracioso?

» Perdón otra vez... problema con los Mentescritos... difícil de mantener la ilación...

xz 12L w888 8**** js9812yebdc MALDITA... ALTO... AUXILIAR

» ¿Hice algo mal entonces? Tratemos de vuelta.

» Mencionaste a Danil... lamento que siempre hayamos esquivado tus preguntas sobre él —sabíamos que sentías curiosidad, pero teníamos una buena razón— ¿recuerdas que una vez lo llamaste no-per-sona?... ¡no estuviste lejos de la verdad!

» Una vez me preguntaste respecto del delito hoy en día... dije que cualquier preocupación de esa clase era patológica... quizás incitada por los interminables y enfermantes programas de televisión de tu tiempo (yo misma nunca pude mirar más que unos minutos... ¡repulsivos!).

PUERTA ¡CONFIRMAR! OH, HOLA, MELINDA DISCULPA SIÉNTATE CASI TERMINÉ...

» Sí... delito. Siempre algo... Nivel irreducible de sonido de la sociedad. ¿Qué

hacer?

» La solución de ustedes: prisiones. Fábricas de perversión patrocinadas por el Estado... ¡mantener un preso equivalía al décuplo de los ingresos de una familia promedio! Completamente descabellado... Es evidente que había algo que andaba muy mal en la gente que gritaba con más fuerza pidiendo más prisiones... ¡habrían necesitado que se los psicoanalizara! Pero seamos justos: en verdad no existían alternativas antes que se perfeccionaran la vigilancia y el control electrónicos: debiste de haber visto entonces a las jubilosas multitudes demoliendo los muros de las prisiones... ¡nada como eso hubo desde el de Berlín, cincuenta años antes!

» Sí... Danil. No sé cuál fue su delito, y tampoco lo diría si lo supiera, pero infiero que su perfil psic sugirió que serviría bien como —¿cuál era la palabra...? — *ballet*... no, valet. Resultaba muy difícil conseguir gente para algunos trabajos... ¡no sé cómo nos las habríamos arreglado si el nivel de delitos hubiera sido cero! Sea como fuere, pronto se lo liberará del control y se lo devolverá a la sociedad normal.

LO SIENTO, MELINDA YA CASI TERMINÉ

» Eso es todo, Frank... saludos a Dimitri. Para estos momentos debes de estar a mitad de camino de Ganimedes... ¡me pregunto si alguna vez lo revocarán a Einstein, así podemos conversar a través del espacio en tiempo real!

» Espero que esta máquina pronto se acostumbre a mí. Caso contrario, saldré a buscar una legítima antigüedad: un procesador de texto del siglo XX... ¿Me lo creerías? Una vez hasta llegué a dominar esa tontería del QWERTYUIOP, que a ustedes les tomó algunos centenares de años para deshacerse.

» Cariños y adiós.

—Hola, Frank, aquí estoy de nuevo. Todavía espero la confirmación de mi último...

» Resulta extraño que te estés dirigiendo a Ganimedes y a mi viejo amigo Ted Khan. Pero quizá no sea tanta coincidencia: a ello atrajo el mismo enigma que ustedes iban...

» Antes que nada debo decirte algo sobre Ted. Sus padres le jugaron una mala pasada al darle el nombre de Theodore. Cuando se lo abrevia... ¡ni siquiera te atrevas a llamarlo así!... queda en Theo. ¿Ves lo que quiero decir?

» No puedo dejar de preguntarme si es eso lo que lo enfurece. No sé de alguna otra persona que haya desarrollado un interés tan intenso por la religión... no, una obsesión. Mejor te prevengo: Kahn puede ser tremendamente plúmbeo.

» A propósito, ¿qué tal lo estoy haciendo? Extraño a mi antiguo Mentescritor, pero tengo la impresión de que estoy empezando a tener esta máquina bajo control. No cometí errores... ¿cómo los llamaste?... *bloopers*... *glitches*... *fluffs*...

no hasta ahora, por lo menos.

» No estoy segura de que deba decirte esto, por si, accidentalmente, hablaras de más, pero el apodo privado que uso para Ted es “El Último Jesuita”. Tú debes de saber algo sobre ellos: la Orden todavía estaba muy activa en tus tiempos.

» Gente asombrosa, a menudo grandes científicos, soberbios eruditos... hicieron muchísimo bien, así como mucho daño. Una de las supremas ironías de la historia: buscadores sinceros y brillantes del conocimiento y de la verdad y, sin embargo, su propia filosofía estaba irremediabilmente distorsionada por la superstición...

» Xuedn2k3jn deer 21 eidj dwpp. Maldita sea. Me volví emotiva y perdí el control. Uno, dos, tres, cuatro... ahora es el momento de que todos los buenos vengan en ayuda del partido... así está mejor.

» Sea como fuere, Ted tenía esa misma marca de alta resolución. No entres en discusiones con él: te pasaría por encima como una aplanadora.

» A propósito, ¿qué eran las aplanadoras? ¿Se las usaba para aplanar la ropa? Ya me imagino lo incómodo que eso podía llegar a ser...

» El problema con los Mentelectores: con demasiada facilidad van y vienen en toda dirección, no importa lo intensamente que el usuario trate de disciplinarse... parece que los teclados tenían algo de bueno, después de todo... estoy segura de haber dicho eso antes...

» Ted Khan... Ted Khan... Ted Khan.

» Todavía es famoso allí, en la Tierra, por dos, cuando menos, de sus dichos: “La civilización y la religión son incompatibles” y “Fe significa creer en lo que se sabe que no es cierto”. En realidad, no creo que la última sea una originalidad; si lo es, es lo más cerca que Ted estuvo jamás de decir un chiste. Ni siquiera esbozó una sonrisa cuando probé con uno de mis favoritos, espero que no lo hayas oído antes... es evidente que se remonta a tu época...

» El decano se queja ante su facultad:

» “¿Por qué ustedes, los científicos, necesitan equipos tan costosos? ¿Por qué no pueden ser como el departamento de Matemática, que únicamente precisa un pizarrón y un cesto para papeles? Y mejor aún, como el departamento de Filosofía. Ése ni siquiera necesita el cesto...”.

» Bueno, a lo mejor Ted ya lo oyó antes... Espero que la mayoría de los filósofos tengan...

» De todos modos, dale mis saludos... ¡y no, repito, no entres en discusiones con él!

» Cariños y lo mejor desde la torre África.

TRANSCRIBIR. ALMACENAR.

TRANSMITIR - POOLE

16. La mesa del capitán

La llegada de tan distinguido pasajero había ocasionado una cierta perturbación en el cerrado mundillo de la *Goliath*, pero la tripulación se adaptó a eso de buen humor. Todos los días, a las 18:00, todo el personal se reunía para cenar en el comedor de oficiales que, en condiciones de gravedad cero, podía admitir con comodidad hasta treinta personas, como mínimo, si se distribuían de manera uniforme a lo largo de las paredes. Sin embargo, la mayor parte del tiempo los sectores de trabajo de la nave se mantenían con gravedad lunar, por lo que había un piso innegable... y más de ocho cuerpos constituían una multitud.

La mesa semicircular, que se desplegaba en torno de la cocina automática a la hora de las comidas, admitía exactamente la tripulación completa de siete personas, con el capitán sentado en el sitio de honor. Una persona de más producía problemas tan insuperables que ahora, en todas las comidas, alguien tenía que tomar la suya a solas. Después de mucho debate hecho sin mala intención, se decidió hacer la elección según el orden alfabético, pero no del nombre propio, que apenas si se usaba, sino del apodo: «Bulones» (ingeniería estructural); «Cables» (computadoras y comunicaciones); «Contra» (contramaestre); «Estrellas» (órbitas y navegación); «Prop» (propulsión y energía); y «Vida» (sistemas médicos y de mantenimiento fisiológico).

Durante el viaje de diez días, mientras escuchaba los relatos, bromas y quejas de sus compañeros temporarios, Poole aprendió más sobre el Sistema Solar que durante sus meses en la Tierra. Era evidente que todos los que iban a bordo estaban encantados de tener a alguien nuevo, y quizás ingenuo, que los escuchara como interesado público de una sola persona, pero a Poole era raro que lo engañaran las narraciones más imaginativas que sus compañeros le contaban.

No obstante, a veces resultaba difícil saber dónde estaba el límite. Nadie creía realmente en el Asteroide de Oro, al que, en general, se consideraba como un engaño del siglo XXIV. ¿Pero qué ocurría con los plasmoides de Mercurio, sobre los que había informado una docena, por lo menos, de testigos confiables durante los últimos quinientos años?

La explicación más sencilla era que se relacionaban con los relámpagos esféricos, responsables de tantos informes sobre «Objetos Voladores No

Identificados» en la Tierra y Marte. Pero algunos observadores juraban que habían mostrado intencionalidad, hasta curiosidad, cuando se los encontraba de cerca. Tonterías, respondían los escépticos, ¡nada más que atracción electrostática!

Inevitablemente, eso llevó a discusiones sobre vida en el universo, y Poole se encontró, y no por primera vez, defendiendo su propia era contra los extremos de credulidad y escepticismo que había tenido. Si bien la manía sobre «los extraterrestres están entre nosotros» ya se había aquietado cuando Poole era niño, todavía en fecha tan posterior como la década de 2020, a la Agencia Espacial la seguían importunando lunáticos que afirmaban que habían hecho contacto con, o que habían sido secuestrados por, visitantes de otros mundos. Sus alucinaciones eran reforzadas por una sensacional explotación por parte de los medios de prensa, y, más tarde, en la bibliografía médica se preservó el síndrome con la denominación de «Enfermedad de Adamski».

El descubrimiento de la AMT-1 había puesto fin, paradójicamente, a esa lamentable tontería, al demostrar que aunque en verdad existía inteligencia en otros sitios, en apariencia no se había preocupado por la especie humana durante varios millones de años. La AMT-1 también había refutado, de manera convincente, al puñado de científicos que argüía que la vida por encima del nivel bacteriano era un fenómeno tan improbable, que la especie humana estaba sola en esta galaxia... si es que no en todo el cosmos.

La tripulación de la *Goliath* estaba más interesada en la tecnología que en la política y la economía de la época de Poole, y le fascinaba, de modo particular, la revolución que había tenido lugar en los propios tiempos de él: el fin de la era de los combustibles fósiles, desencadenado por el aprovechamiento de la energía del vacío. A la tripulación le resultaba difícil imaginar las ciudades ahogadas por el smog del siglo XX; y el desperdicio, la codicia y los consternadores desastres ambientales de la Era del Petróleo.

—No me culpen a mí —dijo Poole, defendiéndose resueltamente después de una rueda de críticas—. De todos modos, vean el desgajado que produjo el siglo XXI.

Hubo un coro de «¿Qué quiere decir?» por toda la mesa.

—No bien la así llamada Era de la Energía Infinita se puso en movimiento, y que todos tuvieron miles de kilovatios de energía limpia y barata con la que jugar... ¡ya saben lo que ocurrió!

—Ah, se refiere a la Crisis Térmica. Pero eso se reparó.

—Con el paso del tiempo... después que ustedes cubrieron la mitad de la Tierra con reflectores para hacer que el calor del Sol rebotara al espacio. De otro modo, el planeta habría estado tan sancochado como lo está Venus ahora.

El conocimiento que la tripulación tenía de la historia del tercer milenio era tan sorprendentemente escaso, que Poole, merced a la educación intensiva

recibida en la Ciudad de las Estrellas, a menudo los podía asombrar con detalles de acontecimientos ocurridos siglos después de su propia época. Sin embargo, lo halagó descubrir lo bien informados que estaban sobre el cuaderno de bitácora de la *Discovery*: se había convertido en uno de los registros clásicos de la Edad Espacial. Lo veían del mismo modo que Poole habría mirado una saga de los antiguos vikingos, y a menudo tenía que recordarse que estaba a mitad de camino, en el tiempo, entre la *Goliath* y las primeras naves que cruzaron el océano occidental.

—En el día ochenta y seis —le hizo recordar Estrellas durante la cena de la quinta noche—, ustedes pasaron a dos mil las del asteroide 7794... y lanzaron una sonda hacia él. ¿Se acuerda?

—Claro que sí —respondió Poole, con bastante brusquedad—, para mí sucedió hace menos de un año.

—Hmmm, lo siento... Bueno, mañana estaremos aún más cerca, a trece mil cuatrocientos cuarenta y cinco. ¿Querría echar un vistazo? Con autoguía y congelación de imagen, tendremos que contar con una ventana de diez milisegundos completos de ancho.

¡Una centésima de segundo! Que pasaran unos minutos en la *Discovery* ya le había parecido bastante agitado, pero ahora todo iba a ocurrir cincuenta veces más rápido...

—¿Cómo es de grande? —preguntó Poole.

—Treinta por veinte por quince metros cúbicos —respondió Estrellas—. Parece un ladrillo estropeado.

—Lamento que no tengamos un tarugo de prueba para disparárselo —terció Prop—. ¿Alguna vez se preguntaron si el 7794 iba a devolver el golpe?

—Nunca se nos ocurrió. Pero sí les brindó a los astrónomos una gran cantidad de información útil, así que el riesgo valió la pena... Sea como fuere, por una centésima de segundo difícilmente parece que valga la pena molestarse. Gracias de todos modos.

—Entiendo: una vez que se vio un asteroide, se los vio todos...

—No es cierto, Cables. Cuando estuve en Eros...

—Como ya nos contaste un millón de veces, cuando menos...

La mente de Poole se apartó de la discusión, de modo que ésta se convirtió en un trasfondo de ruido sin sentido. Estaba mil años atrás en el pasado, recordando la única emoción de la misión de la *Discovery* antes del desastre final. Aunque él y Bowman estaban perfectamente al tanto de que el 7794 no era más que un pedazo de roca sin vida y sin aire, ese conocimiento apenas si afectó lo que sentían: era la única materia sólida que iban a encontrar de aquel lado de Júpiter, y la habían contemplado experimentando las emociones de los marineros después de un largo viaje oceánico, al bordear una costa en la que no podían desembarcar.

El asteroide giraba lentamente sobre sus extremos, y sobre la superficie tenía distribuidos en forma aleatoria, parches moteados de luz y sombra. A veces destellaba como una ventana distante, cuando planos o afloramientos de material cristalino relampagueaban al sol...

Recordó, también, la tensión cada vez mayor que se iba generando mientras esperaban para ver si su puntería había sido precisa: no era fácil acertarle a un blanco tan pequeño a dos mil kilómetros de distancia y desplazándose a una velocidad relativa de veinte kilómetros por segundo.

Y entonces, con la parte oscurecida del asteroide como fondo, se produjo una súbita y deslumbrante explosión de luz. El diminuto tarugo —puro uranio 238— había hecho impacto a velocidad meteórica: en una fracción de segundo, toda su energía cinética se había transformado en calor. Una voluta de gas incandescente hizo breve erupción en el espacio, y las cámaras de la *Discovery* grababan las líneas espectrales que rápidamente se desvanecían, en busca de la emisión característica de los átomos fulgurantes. Algunas horas después, allá en la Tierra, los astrónomos conocían, por primera vez, la composición de la corteza de un asteroide. No hubo mayores sorpresas, pero varias botellas de *champagne* cambiaron de mano.

El capitán Chandler mismo tuvo muy poca intervención en las muy democráticas discusiones que se realizaban en torno de su mesa semicircular: parecía contentarse con permitir que la tripulación se aflojara y expresara lo que sentía en esa atmósfera informal. Sólo había una regla no escrita: en la hora de la comida no se discurría sobre asuntos graves. Si había problemas técnicos u operativos, se debía tratarlos en alguna otra parte.

Poole había quedado sorprendido, y un tanto conmocionado, al descubrir que el conocimiento que la tripulación tenía de los sistemas de la *Goliath* era muy superficial. A menudo les hacía preguntas que debían de haber respondido con facilidad, nada más que para encontrar que lo remitían a los Bancos de memoria de la nave. Después de un tiempo, empero, se dio cuenta de que la clase de preparación profunda que él había recibido en su época ya no era posible: ahora entraban en juego demasiados sistemas complejos como para que algún hombre o mujer llegara a dominarlos. Los diversos especialistas simplemente tenían que conocer qué hacía su equipo, no cómo. La confiabilidad dependía de la redundancia y de la comprobación automática, y era muy probable que la intervención humana produjera más daño que beneficio.

Por suerte, nada de eso se precisaba en ese viaje: había estado tan exento de incidentes como podría desear cualquier navegante, cuando el nuevo sol de Lucifer dominó el cielo que tenían delante.

III. Los mundos de Galileo

Extracto, texto únicamente, (*Guía Turística sobre el Sistema Solar Exterior*, v. 2193).

Aun hoy, los gigantescos satélites de lo que otrora fuera Júpiter nos plantean profundos misterios: ¿por qué cuatro mundos, que describen la misma órbita primaria y que tienen un tamaño muy similar, son tan diferentes en la mayoría de los demás aspectos?

Sólo en el caso de Ío, el satélite más interior, hay una explicación convincente: está tan cercano a Júpiter, que las mareas gravitacionales que constantemente moldean su interior generan cantidades colosales de calor; tanto, en verdad, que la superficie de Ío está semifundida. Es el mundo volcánico más activo del Sistema Solar: los mapas de Ío tienen una vida media de nada más que unas décadas.

Si bien jamás se establecieron bases humanas permanentes en un ambiente tan inestable, ha habido numerosos descensos y hay una vigilancia continua con robots. (Para conocer sobre el destino trágico de la Expedición 2571, véase *Beagle 5*).

Europa, segunda en distancia, contando desde Júpiter, originariamente estaba cubierta en su totalidad por hielo, y exhibía pocos detalles en la superficie, con la salvedad de una complicada red de grietas. Las fuerzas de marea que predominan en Ío fueron mucho menos poderosas aquí, pero generaron suficiente calor como para darle a Europa un océano global de agua líquida, en el cual se desarrollaron muchas formas extrañas de vida. (Véase *Naves Espaciales Tsien, Galaxy, Universe*). Desde la conversión de Júpiter en el minisol Lucifer, virtualmente toda la cobertura de hielo de Europa se fundió, y una extensa actividad volcánica creó varias islas pequeñas.

Tal como ya es bien conocido, no se han efectuado descensos en Europa durante casi mil años, pero el satélite está bajo continua vigilancia.

Ganimedes, la luna más grande del Sistema Solar (diámetro, cinco mil doscientos sesenta kilómetros) también resultó afectada por la creación de un nuevo sol, y sus regiones ecuatoriales son lo suficientemente cálidas como para permitir la existencia de formas de vida de la Tierra, aunque todavía no tiene una

atmósfera respirable. La mayor parte de su población está activamente dedicada a la terraformación y a la investigación científica. El principal asentamiento es Ciudad Anubis (población, cuarenta y un mil personas), cerca del Polo Sur.

Calisto es, una vez más, por completo diferente. La superficie entera está cubierta por cráteres de colisión de todos los tamaños, y tan numerosos que se superponen. El bombardeo debe de haber continuado durante millones de años, pues los cráteres más modernos han borrado por completo los anteriores. No hay una base permanente en Calisto, pero allá se han establecido varias estaciones automáticas.

17. Ganimedes

Para Frank Poole era algo raro quedarse dormido, pero extraños sueños lo habían mantenido despierto. El pasado y el presente estaban inexplicablemente mezclados: a veces estaba en la *Discovery*; a veces, en la torre de África... y a veces era un niño otra vez, entre amigos a los que había creído olvidados hacía mucho. «¿Dónde estoy?», se preguntó, mientras pugnaba por recuperar la conciencia, como un nadador que trata de regresar a la superficie. Había una pequeña ventana justo encima de la cama, cubierta por una cortina que no era lo suficientemente gruesa como para bloquear por completo la luz que venía del exterior. Había habido un tiempo, alrededor de mediados del siglo XX, en el que las aeronaves eran lo bastante lentas como para constar de comodidades de Primera Clase para dormir: Poole nunca había podido probar ese lujo nostálgico, del que, aún en su propia época, algunas compañías de turismo todavía hacían publicidad, pero le resultaba fácil imaginar que estaba disfrutando eso ahora.

Corrió las cortinas y miró: no, no había despertado en los cielos de la Tierra, aunque el paisaje que corría por debajo no era diferente del antártico. Pero el Polo Sur nunca había ostentado dos soles, ambos saliendo a la vez mientras la *Goliath* avanzaba con celeridad hacia ellos.

La nave estaba describiendo una órbita, a menos de cien kilómetros por encima de lo que parecía ser un inmenso campo arado y levemente espolvoreado con nieve. Pero el arador debió de haber estado ebrio, o el sistema de guía debió de haberse vuelto loco, pues los surcos describían meandros en toda dirección, a veces cortándose entre sí o girando sobre sí mismos. Por aquí y por allá, el terreno aparecía salpicado con círculos tenues: cráteres fantasma producidos por el impacto de meteoros hacía ya miles de millones de años.

«Así que esto es Ganimedes», pensó Poole, adormilado. «¡La avanzada humana más alejada del hogar! ¡Por qué una persona sensata querría vivir aquí? Bueno, a menudo pensé lo mismo cuando volaba sobre Groenlandia o Islandia en invierno...».

Alguien llamó a la puerta, hubo un «¿Te molesta si entro?», y el capitán Chandler lo hizo sin aguardar la respuesta.

—Pensé en dejarte dormir hasta que descendiéramos: esa fiesta de fin de viaje sí duró más de lo que me habría gustado, pero no quise correr el riesgo de

tener un motín si la cortaba antes de tiempo.

Poole rió.

—¿Alguna vez hubo un motín en el espacio?

—Oh, muchos, pero no en mis tiempos. Ahora que mencionamos el tema, se podría decir que Hal inició la tradición... lo siento, quizá no debí... ¡Mira, ahí está Ciudad Ganimedes!

Por sobre el horizonte estaba apareciendo lo que parecía ser un patrón cuadrículado de calles y avenidas que se intersecaban casi en ángulo recto, pero con la leve irregularidad típica de cualquier asentamiento que hubiese crecido por incorporación, sin un planeamiento central. Lo bisecaba un río ancho. Poole recordó que las regiones ecuatoriales de Ganimedes ya eran lo suficientemente cálidas como para que existiera agua en estado líquido, y eso le trajo a la memoria un antiguo grabado en madera de la Londres medieval.

Entonces advirtió que Chandler lo estaba mirando con expresión divertida... y la ilusión se desvaneció cuando se dio cuenta de la escala de la « ciudad » .

—Los ganimedeanos —comentó con tono aburrido— deben de haber sido bastante voluminosos, para haber construido caminos de cinco o diez kilómetros de ancho.

—Veinte en algunos sitios. Impresionante, ¿no? Y todo es resultado de la contracción y la expansión del hielo. La Madre Naturaleza es ingeniosa... Podría mostrarte algunos patrones que parecen aún más artificiales, si bien no son tan grandes como éste.

—Cuando era niño hubo gran revuelo acerca de una cara que había en Marte. Por supuesto, resultó ser una colina tallada por las tormentas de arena; hay muchísimas formaciones similares en los desiertos de la Tierra.

—¿No hubo alguien que dijo que la historia siempre se repite a sí misma? La misma clase de tontería ocurrió con Ciudad Ganimedes: algunos idiotas afirmaron que la habían construido alienígenas. Pero temo que no va a permanecer mucho tiempo más.

—¿Por qué? —preguntó Poole, sorprendido.

—Ya empezó a desplomarse, a medida que Lucifer funde el permafrost. Dentro de otros cien años no reconocerás Ganimedes... Ahí está la orilla del lago Gilgamesh: si miras con cuidado... hacia la derecha...

—Ya veo lo que quieres decir: ¿qué pasa, ya que con seguridad el agua no está hirviendo, no con esta presión baja?

—Planta de electrólisis. No sé cuántos quintillones de kilogramos de oxígeno por día. Naturalmente, el hidrógeno escapa y se pierde en el espacio... esperamos.

Chandler quedó en silencio. Después, en un tono de inseguridad que no era común en él, reanudó su comentario:

—Toda esa hermosa agua ahí abajo... ¡y Ganimedes no necesita ni la mitad!

No lo divulgues, pero estuve ideando maneras de llevar parte de ella a Venus.

—¿Es más fácil que empujar cometas?

—En lo concerniente al consumo de energía, sí: la velocidad de escape de Ganímedes es de nada más que tres clicks por segundo. Y mucho, pero mucho, más rápido: años, en vez de décadas. Pero existen algunas dificultades de orden práctico...

—Puedo comprender eso. ¿La dispararías mediante un lanzador de masa?

—Claro que no: usaría torres que pasaran a través de la atmósfera, como las de la Tierra, pero mucho más pequeñas. Bombearíamos el agua hasta la parte superior, la congelaríamos hasta cerca del cero absoluto, y dejaríamos que Ganímedes se disparase en la dirección adecuada mientras rota. En el pasaje habría algo de pérdida por evaporación, pero la mayoría del agua llegaría... ¿Qué tiene de gracioso?

—Lo siento; no me reía por la idea... tiene mucha lógica. Pero hiciste despertar un recuerdo tan intenso: teníamos un rociador de jardín que rotaba impulsado por la actividad de sus chorros de agua. Lo que estás planeando es lo mismo... pero en escala ligeramente más grande: usando todo un mundo...

De repente, otra imagen de su pasado eliminó todas las demás: recordó cómo, en aquellos días calientes de Arizona, a él y a Rikki les encantaba perseguirse el uno al otro a través de las nubes de neblina en movimiento proveniente de la aspersion lentamente rotatoria del rociador de jardín.

El capitán Chandler era un hombre mucho más sensible de lo que aparentaba: sabía cuándo era el momento de irse.

—Tengo que regresar al puente —dijo con rudeza—. Te veré cuando descendamos en Anubis.

18. Gran hotel

El Gran Hotel Ganimedes, inevitablemente conocido en todo el Sistema Solar como «Hotel Granomedes», por cierto que no era gran, y tendría suerte si consiguiera la clasificación de una estrella y media en la Tierra. Como el competidor más cercano estaba a varios centenares de millones de kilómetros de distancia, la gerencia sentía poca necesidad de agotarse innecesariamente.

Así y todo, Poole no tenía quejas, aunque a menudo deseaba que Danil todavía anduviera cerca, para ayudarlo con la mecánica de la vida y para comunicarse de manera más eficiente con los dispositivos semiinteligentes por los que estaba rodeado. Había tenido un breve momento de pánico cuando la puerta se cerró detrás del botones (humano) que, aparentemente, había estado demasiado impresionado por su famoso huésped como para explicarle de qué modo funcionaban los servicios de la habitación. Después de cinco minutos de infructuosa conversación con las paredes, que no reaccionaban en absoluto, Poole por fin hizo contacto con un sistema que entendía su acento y sus órdenes. ¡Qué noticia para «Todos los Mundos» habría sido ésa: ASTRONAUTA HISTÓRICO MUERE DE INANICIÓN, ATRAPADO EN CUARTO DE HOTEL DE GANÍMEDES!

Y ahí habría existido una doble ironía: quizás el nombre de la única habitación de lujo del Granomedes era inevitable, pero Poole había tenido una verdadera conmoción, al toparse con una holografía antigua, tamaño natural, de su antiguo compañero de viaje en uniforme completo de gala, cuando lo condujeron a la... *Suite* Bowman. Poole hasta reconoció la imagen: su propio retrato oficial se había hecho al mismo tiempo, pocos días antes de que comenzara la misión.

Pronto descubrió que la mayoría de sus compañeros de tripulación de la *Goliath* habían hecho arreglos domésticos en Anubis, y estaban ansiosos de que conociera a los Otros Seres Importantes de ellos durante los veinte días de tiempo previsto de estadía de la nave. Casi de inmediato, quedó atrapado en la vida social y profesional de ese asentamiento de frontera, y entonces fue la torre de África la que parecía un sueño lejano.

Como muchos norteamericanos, en lo profundo de su corazón Poole sentía un afecto nostálgico por las comunidades pequeñas en las que todos conocían a todos... en el mundo real, y no en el virtual del ciberespacio: Anubis, con una

población estable menor que la de su añorada Flagstaff, no era una mala aproximación de ese ideal.

Las tres cúpulas principales de presión, cada una de dos kilómetros de diámetro, se levantaban sobre una meseta que daba a un campo de hielo extendido, sin interrupciones, hasta el horizonte. El segundo sol de Ganimedes — alguna vez conocido como Júpiter— nunca daría suficiente calor como para fundir los casquetes polares. Ésa fue la principal razón para fundar Anubis en un sitio tan inhospitalario: no era probable que los cimientos de la ciudad se derrumbaran sino hasta después de, cuando menos, varios siglos.

Y en el interior de las cúpulas resultaba fácil sentirse por completo indiferente al mundo exterior. Una vez que Poole se volvió experto en los mecanismos de la *Suite* Bowman, descubrió que tenía una cantidad limitada, pero impresionante, de ambientes: podía sentarse debajo de palmeras en una playa del Pacífico, escuchar el suave murmullo de las olas o, si lo prefería, el rugido de un huracán tropical. Podía volar lentamente a lo largo de las cumbres del Himalaya o descender por los cañones del Valle Mariner. Podía caminar por los jardines de Versalles o recorrer las calles de media docena de grandes ciudades, en varios momentos ampliamente separados de su historia. Aun cuando el Hotel Granomedes no era uno de los lugares de reunión más celebrados del Sistema Solar, se ufanaba de contar con comodidades que habrían asombrado a todos sus más famosos predecesores de la Tierra.

Pero resultaba ridículo permitirse caer en la nostalgia por la Tierra cuando había recorrido la mitad de camino por el Sistema Solar para visitar un extraño mundo nuevo. Después de un poco de experimentación, Poole dispuso un compromiso, para goce e inspiración, durante sus regularmente escasos momentos de ocio.

Muy a su pesar, nunca había estado en Egipto, así que quedó encantado al poder descansar debajo de la mirada penetrante de la Esfinge, tal como era antes de la controvertida «restauración», y mirar turistas trepando por los inmensos bloques de la Gran Pirámide. La ilusión era perfecta, aparte de la tierra de nadie en la que el desierto chocaba con la (levemente gastada) alfombra de la *Suite* Bowman.

Sin embargo, el cielo era el que ningún ojo humano había visto hasta cinco mil años después que se colocó la última piedra en Giza. Pero no era una ilusión: era la realidad compleja y siempre cambiante de Ganimedes.

Debido a que a ese mundo, al igual que a sus compañeros, hacía ya eones el arrastre de flujo de Júpiter les había arrebatado su movimiento de rotación, el nuevo sol nacido del gigantesco planeta colgaba inmóvil en su cielo. Un lado de Ganimedes estaba perpetuamente expuesto a la luz de Lucifer y, aunque al otro hemisferio frecuentemente se lo denominaba «Tierra de la Noche», esa designación era engañosa como la frase, muy anterior, de «lado oscuro de la

Luna». Al igual que el Lado Lejano lunar, la «Tierra de la Noche» ganimedea tenía la brillante luz del antiguo Sol durante la mitad de su largo día.

Por una coincidencia más confusa que útil, Ganímedes empleaba casi una semana exacta —siete días, tres horas— para describir una órbita en torno de su primario. Los intentos por crear un almanaque basado sobre «Un día de Ganímedes = una semana de la Tierra» generaron tanto caos que se lo había abandonado hacia siglos. Al igual que todos los demás residentes del Sistema Solar, los nativos utilizaban la Hora Universal, identificando sus días normales de veinticuatro horas con números, en vez de nombres.

Puesto que la recién nacida atmósfera de Ganímedes seguía siendo extremadamente tenue y casi carecía de nubes, el desfile de cuerpos celestes brindaba un espectáculo que nunca terminaba. Cuando estaban más próximas, tanto Ío como Calisto aparecían con un tamaño cercano al de la mitad de la Luna, vista desde la Tierra... pero eso era lo único que tenían en común. Ío estaba tan cerca de Lucifer que tardaba menos de dos días en pasar a la carrera por su órbita, y exhibía un desplazamiento visible, aun en cuestión de minutos. Calisto, a una distancia que era el cuádruplo de la de Ío, necesitaba dos días ganimedeanos, o dieciséis de la Tierra, para completar su pausado circuito.

El contraste físico entre los dos mundos era todavía más notable. Calisto, congelado por completo, casi no había sido modificado por la transformación de Júpiter en un minisol: seguía siendo un páramo de cráteres de hielo poco profundos, tan apiñados que en todo el satélite no quedaba un solo sitio que hubiera escapado a los múltiples impactos, en los días en que el enorme campo gravitatorio de Júpiter competía con el de Saturno para reunir los escombros del Sistema Solar exterior. Desde ese entonces, aparte de algunos disparos perdidos, nada había ocurrido durante varios miles de millones de años.

En Ío, algo ocurría todas las semanas. Tal como había señalado un gracioso local, antes de la creación de Lucifer, Ío era el infierno... ahora era el infierno entibiado.

A menudo, Poole hacía un acercamiento de imagen del interior de ese paisaje quemante, y observaba las sulfurosas gargantas de volcanes que continuamente estaban dándole nuevas formas a una zona más grande que África. En ocasiones, fuentes incandescentes se elevaban cientos de kilómetros en el espacio durante poco tiempo, como si fueran gigantes árboles de fuego que crecían en un mundo sin vida.

Cuando las inundaciones de azufre fundido se diseminaban desde los volcanes y respiraderos, el versátil elemento cambiaba pasando por un estrecho espectro de rojos, anaranjados y amarillos y, como si fuera un camaleón, se convertía en sus alótropos multicolores. Antes del amanecer de la Era Espacial, nadie imaginaba siquiera que un mundo así existiera. Fascinante como era observarlo desde su comfortable posición ideal, Poole encontraba difícil creer que los

hombres se hubieran arriesgado a descender ahí, donde incluso los robots temían posar su planta...

No obstante, su interés principal era Europa que, cuando estaba más próxima, parecía tener exactamente el mismo tamaño, casi, que la solitaria Luna de la Tierra, pero que pasaba velozmente por sus fases en sólo cuatro días. Aunque Poole había estado por completo inconsciente del simbolismo cuando eligió su paisaje privado, ahora parecía completamente adecuado que Europa pendiera en el cielo por encima de otro gran enigma, la Esfinge.

Incluso sin aumento, cuando solicitaba mirar a simple vista, Poole podía ver cuánto había cambiado Europa en los mil años transcurridos desde que la *Discovery* partió hacia Júpiter: la telaraña de bandas y líneas estrechas que otrora envolvían por completo al más pequeño de los satélites galileanos había desaparecido, salvo alrededor de los polos. Allí, la corteza global, con un espesor de kilómetros, había permanecido sin fundirse por el calor del nuevo sol de Europa. En todos los demás sitios, océanos vírgenes bullían y hervían en la tenue atmósfera, en lo que habría sido una agradable temperatura ambiente en la Tierra.

También era una temperatura agradable para los seres que habían salido a la superficie después de la fusión del escudo de hielo no fundido que, al mismo tiempo, los había atrapado y protegido. Satélites espía en órbita, que mostraban detalles de un tamaño de centímetros, habían observado una de las especies europeas que empezaba a evolucionar hacia la etapa anfibia y, aunque todavía pasaban mucho de su tiempo debajo del agua, los «europos» hasta habían empezado la construcción de edificios simples.

Que eso pudiera ocurrir en nada más que mil años ya era sorprendente, pero nadie dudaba de que la explicación se encontraba en el último, y más grandioso, de los Monolitos: el «Gran Muralla», de muchos kilómetros de largo, que se erguía en la costa del mar de Galilea.

Y nadie dudó de que, en su propia manera misteriosa, estaba observando el experimento que había empezado en este mundo... y que había llevado a cabo en la Tierra cuatro millones de años antes.

19. La locura de la humanidad

SEÑORITA PRINGLE

ARCHIVO - INDRA

—Mi estimada Indra... lamento que ni siquiera te mandé un correo verbal antes... la excusa de siempre, claro, así que no me molestaré en darla.

» En respuesta a tu pregunta: sí, ahora me estoy sintiendo muy como en casa en el Granomedes, pero cada vez paso menos tiempo ahí, aunque estuve disfrutando de la exhibición del cielo que hice enviar a mi habitación. Anoche, el tubo de flujo brindó una hermosa representación —una especie de descarga de relámpagos entre Ío y Júpiter... quiero decir, Lucifer. Algo así como la aurora boreal de la Tierra, pero mucho más espectacular. Lo descubrieron los astrónomos aun antes de que yo naciera.

» Y hablando de tiempos antiguos: ¿sabías que Anubis tiene un *sheriff*? Creo que eso es llevar el espíritu de la frontera un poco demasiado lejos. Me hace recordar los relatos que mi abuelo me contaba sobre Arizona... Debo tratar de contar alguno en Medes...

» Esto puede sonar tonto, pero todavía no me acostumbro a estar en la *Suite* Bowman. Sigo mirando por encima del hombro...

» ¿Cómo paso el tiempo? De manera muy parecida a como lo hacía en la torre África: me reúno con los intelectuales locales aunque, como ya te imaginarás, sus conocimientos distan de ser enciclopédicos (espero que nadie haya puesto micrófonos ocultos). E interactué, real y virtualmente, con el sistema educativo: parece muy bueno, aunque con más orientación técnica de la que tú aprobarías. Eso es inevitable, claro, en este ambiente hostil...

» Pero me ayudó a entender por qué la gente vive acá: hay un desafío, un sentido de propósito, si prefieres, que pocas veces encontré en la Tierra.

» Es cierto que la mayoría de los medeanos nació aquí, así que no conocen otros hogares. Aunque son, por lo común, demasiado corteses como para decirlo, creen que el planeta natal se está volviendo decadente. ¿Es así? Y, de serlo, ¿qué es lo que ustedes, territos —como los llaman los nativos—, harán al respecto? Una de las clases de adolescentes que conocí tiene la esperanza de despertarlos: están trazando complejos planes ultrasecretos para la invasión a la Tierra. Después no digan que no les advertí...

» Hice un viaje fuera de Anubis, a la así llamada Tierra de la Noche, donde nunca ven a Lucifer. Diez de nosotros —Chandler, dos miembros de la tripulación de la *Goliath*, seis medeanos— fuimos al Lado Lejano y perseguimos el Sol hasta que se hundió en el horizonte, así que realmente fue la noche. Pavoroso: muy parecido a los inviernos polares de la Tierra, pero con el cielo completamente negro... casi sentí que estaba en el espacio.

» Tuvimos una vista hermosa de todos los galileanos y miramos a Europa eclipsar... perdón, ocultar... a Ío. Por supuesto, se sincronizó el viaje para que pudiéramos observar esto...

» Varios de los satélites más pequeños también eran apenas visibles, pero la estrella doble Tierra-Luna era mucho más llamativa. ¿Si sentí nostalgia? Con franqueza, no... aunque extraño a mis amigos de allá...

» Y lo siento: todavía no me encontré con el doctor Khan, aunque dejó varios mensajes para mí. Prometo hacerlo en los próximos días... ¡días de la Tierra, no de Medes!

» Los mejores deseos para Joe... saludos para Danil, si es que sabes qué ocurrió con él. (¿Es una persona real otra vez?)... y mi cariño para ti...

ALMACENAR
TRANSMITIR

Allá en el siglo de Poole, el nombre de una persona a menudo brindaba un indicio sobre la apariencia de esa persona, pero eso ya no fue cierto treinta generaciones después: el doctor Theodore Khan resultó ser un rubio nórdico que podría haber estado más a tono en una barca vikinga que devastando las estepas del Asia central. Sin embargo, no habría sido demasiado impresionante en cualquiera de esos papeles, porque tenía menos de ciento cincuenta centímetros de altura. Poole no pudo resistir un poco de psicoanálisis de aficionado: la gente de baja estatura a menudo lograba ir más allá de sus objetivos en forma agresiva, lo que, a juzgar por las pistas de Indra Wallace, parecía ser una buena descripción del único filósofo residente de Ganimedes. Era probable que Khan necesitara esas características para sobrevivir en una sociedad de mentalidad tan práctica.

La Ciudad Anubis era demasiado pequeña como para ufanarse de tener una ciudad universitaria, lujo que todavía existía en los demás mundos, aunque muchos estaban convencidos de que la revolución de las telecomunicaciones la había vuelto obsoleta. En vez de eso, contaba con algo mucho más adecuado, así como siglos más antiguo: una academia, a la que ni le faltaba un bosquecillo de olivos que habría engañado al propio Platón... hasta que intentara caminar a través de él. El chiste de Indra respecto de departamentos de filosofía que no precisaban más equipo que un pizarrón evidentemente no tenía aplicación en ese complejo ambiente.

—Se la construyó para albergar a siete personas —informó el doctor Khan

con orgullo, una vez que se acomodaron en sillas evidentemente diseñadas para que no fueran demasiado cómodas—, porque ésa es la cantidad máxima con la que se puede interactuar de manera eficiente. Y, si se cuenta el fantasma de Sócrates, ése fue el número de presentes cuando Fedón pronunció su famosa alocución...

—¿Aquella sobre la inmortalidad del alma? Fue tan evidente que Khan estaba sorprendido, que Poole no pudo evitar reír:

—Hice un curso relámpago en filosofía justo antes de graduarme: cuando el programa ya estaba planeado, alguien decidió que nosotros, ingenieros trogloditas, debíamos recibir algo de cultura general.

—Me encanta oír eso, ya que facilita mucho las cosas. Sabe, todavía no puedo creer en mi suerte. ¡Su llegada aquí casi me tienta a creer en los milagros! Hasta había pensado en ir a la Tierra para conocerlo... ¿La querida Indra ya le habló sobre mí... eh... obsesión?

—No —respondió Poole, aunque no con total veracidad.

El doctor Khan parecía muy complacido: era más que evidente que le encantaba haber hallado un público nuevo.

—Puede ser que haya oído que se me llama ateo, pero eso no es absolutamente cierto. El ateísmo no se puede probar; es algo tan carente de interés. No importa cuán poco factible sea, nunca podemos estar seguros de que Dios no haya existido... y que ahora se haya lanzado hacia el infinito, donde nadie puede encontrarlo siquiera... Al igual que Gautama Buda, no tomo posición en este tema. Mi campo de interés es la psicopatología a la que se conoce como Religión.

—¿Psicopatología? Ése es un juicio duro.

—Ampliamente justificado por la historia. Imagine que usted es un extraterrestre inteligente, al que sólo le interesan las verdades comprobables. Descubre una especie que se autodivió en miles... no, para este momento, millones... de grupos tribales que sostienen una increíble variedad de creencias sobre el origen del universo y el modo de comportarse en él. Aunque muchos de ellos tienen ideas en común, aun cuando existe una superposición del noventa por ciento, el uno por ciento restante es suficiente para que se dediquen a matarse y torturarse los unos a los otros por cuestiones doctrinarias triviales, por completo desprovistas de significado para los de afuera.

»¿Cómo explicar una conducta tan irracional? Lucrecio dio en el clavo cuando dijo que la religión era el subproducto del miedo, la reacción ante un universo misterioso y, a menudo, hostil. Durante mucho de la prehistoria humana puede haber sido un mal necesario, ¿pero por qué era tanto más mal que necesario, y por qué sobrevivió cuando ya no era necesario?

»Dije “mal”, y es exactamente lo que quiero decir, porque el miedo lleva a la crueldad. El conocimiento más escaso que se tenga de la Inquisición hace que

uno se sienta avergonzado de pertenecer a la especie humana... Uno de los libros más repulsivos que se haya publicado jamás fue *El martillo de las brujas*, escrito por un par de pervertidos sádicos y que describe las torturas que autorizó la Iglesia... ¡que alentó!... para arrancar “confesiones” de miles de viejas inofensivas, antes de quemarlas vivas... ¡el Papa mismo escribió un prólogo aprobatorio!

» Pero la mayoría de las demás religiones, con unas pocas excepciones honorables, fue tan mala como el cristianismo... Incluso en el siglo de usted, se mantenía encadenados a niños y se los flagelaba hasta que recordaran de memoria volúmenes enteros de monserga mojigata, y se los privaba de su niñez y adultez para convertirlos en monjes...

» Quizás el aspecto más desconcertante de todo este asunto es de qué modo los locos, siglo tras siglo, proclamaban que ellos, ¡y solamente ellos!, habían recibido mensajes de Dios. Si todos los mensajes hubieran coincidido, eso habría resuelto la cuestión pero, claro está, eran salvajemente discordantes, lo que nunca impidió que los autoproclamados mesías congregaran miles, a veces, millones, de adherentes, los que luchaban hasta la muerte contra creyentes igualmente alucinados en una fe que difería en detalles microscópicos.

Poole creyó que era tiempo de que pudiera decir algo:

—Usted me hace recordar algo que sucedió en mi pueblo natal cuando yo era niño: Un hombre santo, abro comillas, cierro comillas, se instaló y proclamó que podía hacer milagros... y reunió una multitud de fanáticos en prácticamente un abrir y cerrar de ojos. No eran ignorantes o analfabetos; a menudo provenían de las mejores familias. Todos los domingos yo solía ver costosos autos estacionados en torno de su... eh... templo.

—Se lo llamó « Síndrome de Rasputín ». Hay millones de casos así por toda la historia, en todo país. Y alrededor de una vez de cada mil, el culto sobrevive durante algunas generaciones. ¿Qué pasó en este caso?

—Pues bien, la competencia se sentía muy inquieta e hizo todo lo que pudo para desacreditarlo. Ojalá pudiera acordarme de su nombre... solía emplear uno indio, largo... *swami* No-Se-Qué... pero resultó venir de Alabama. Una de sus artimañas consistía en hacer aparecer objetos sacros de la nada, y entregárselos a sus adoradores. Ocurrió que nuestro rabino local era un aficionado a la prestidigitación, y dio demostraciones públicas en las que mostraba exactamente cómo se hacía. Todo eso no sirvió para nada: los creyentes dijeron que la magia de su maestro era real, y que el rabino simplemente estaba celoso.

» En una época, y lamento decirlo, mamá tomó a ese bribón en serio; fue poco después que papá nos abandonara, lo que puede haber tenido algo que ver con eso, y me arrastró a una de las sesiones. Yo tenía unos diez años nada más, pero pensé que nunca había visto a alguien de aspecto más desagradable: tenía una barba que podría haber dado cobijo a varios nidos de aves, y era probable

que así fuera.

—Lo que me describe parece ser el modelo clásico. ¿Durante cuánto tiempo floreció?

—Tres o cuatro años. Después tuvo que dejar el pueblo con apremio: se lo descubrió organizando orgías de adolescentes. Naturalmente, él afirmó que estaba utilizando técnicas místicas para la salvación del alma. Y no me va a creer...

—Inténtelo...

—Aun en ese momento, miles de sus incautos seguían teniendo fe en él: su Dios no podía equivocarse, así que tenían que haberle hecho la cama.

—¿Hecho la cama?

—Lo siento: acusado con pruebas falsas, algo que a veces usaba la policía para capturar delincuentes, cuando todo lo demás fracasaba.

—Hmmm. Bien, su *swami* era perfectamente típico: estoy bastante decepcionado. Pero me sirve para demostrar mi aserto: que la mayoría de la humanidad siempre estuvo loca, parte del tiempo cuando menos.

—Es un ejemplo bastante poco representativo: un pequeño suburbio de Flagstaff.

—Cierto, pero se lo podría multiplicar por miles, y no sólo en su siglo, sino a través de todas las edades. Nunca hubo cosa alguna, no importa cuán absurda, que cantidades enormes de personas no estuvieran dispuestas a creer a pies juntillas, a menudo de manera tan apasionada que habrían luchado hasta la muerte antes que abandonar sus espejismos. Para mí, ésa es una buena definición operativa de locura.

—¿Usted sostendría, entonces, que cualquiera que tuviera fuertes creencias religiosas estaba loco?

—En un sentido estrictamente técnico, sí... si es que se trata de alguien realmente sincero y no de un hipócrita. Tal como sospecho que lo era el noventa por ciento.

—Estoy seguro de que el rabino Berenstein era sincero... y era uno de los hombres más cuerdos que yo haya conocido, así como uno de los mejores. ¿Cómo explica usted eso? El único genio verdadero que conocí jamás fue el doctor Chandra, que dirigió el proyecto HAL. Una vez tuve que entrar en su oficina: no hubo respuesta cuando golpeé en la puerta, y creí que el doctor no estaba.

» Le estaba rezando a un grupo de fantásticas estatuillas de bronce, todas cubiertas con flores. Una de ellas parecía un elefante... otra tenía una cantidad de brazos mayor que la normal... Me sentí muy avergonzado pero, por fortuna, no me oyó y salí de ahí en puntas de pie. ¿Diría usted que Chandra estaba loco?

—Usted eligió un mal ejemplo: ¡los genios a menudo lo están! Así que digamos: no loco, pero mentalmente debilitado a causa del acondicionamiento

recibido en la niñez. Los jesuitas afirmaban: « Dadme un niño durante seis años, y lo haré mío de por vida» . Si ellos se hubieran apoderado del pequeño Chandra a tiempo, habría sido un devoto católico... no uno hindú.

—Es posible, pero estoy perplejo: ¿por qué estaba usted tan ansioso por conocerme? Temo que nunca fui devoto de algo. ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

Lentamente, y con el obvio deleite del hombre que se libera de un pesado secreto guardado por mucho tiempo, el doctor Khan le contestó.

20. Apóstata

REGISTRO - POOLE

—Hola, Frank... Así que finalmente conociste a Ted, Sí, podrías decir que es chiflado... si es que así defines a un entusiasta sin sentido del humor. Pero los chiflados frecuentemente se salen con la suya porque conocen una Gran Verdad —¿puedes oír mis mayúsculas?— y nadie los escucha... Me alegra que tú lo hicieras... y sugiero que lo tomes bastante en serio.

» Dijiste que estabas sorprendido de ver un retrato del Papa expuesto, de modo destacado, en el departamento de Ted: debe de haber sido su héroe, Pío XX... estoy segura de que te lo mencioné. Busca información sobre él: ¡generalmente se lo llamaba el Impio! Es una historia fascinante y se corresponde de manera exacta con algo que sucedió justo antes que nacieras. Seguramente sabrás cómo Mijaíl Gorbachov, el Presidente del Imperio Soviético, produjo la disolución de éste a fines del siglo XX, al exponer los crímenes y excesos que en él se cometían.

» No intentaba llegar tan lejos: esperaba reformarlo, pero eso ya no era posible. Nunca sabremos si Pío XX tuvo la misma idea, porque fue asesinado por un cardenal demente poco después de haber horrorizado al mundo al dar a publicidad los archivos secretos de la Inquisición...

» Los religiosos todavía estaban conmovidos por el descubrimiento de la AMT-0 nada más que unas décadas antes: eso produjo gran efecto sobre Pío XX y ciertamente influyó sobre sus actos...

» Pero todavía no me contaste cómo Ted, ese viejo criptodeísta, cree que puedes ayudarlo en su búsqueda de Dios. Tengo la convicción de que todavía estaba furioso con Él por esconderse tan bien. Mejor no digas que te conté esto.

» Pero, pensándolo bien, ¿por qué no?

» Cariños Indra.

ALMACENAR

TRANSMITIR

SEÑORITA PRINGLE

REGISTRAR

—Hola, Indra. Tuve otra sesión con el doctor Ted, ¡aunque todavía no le dije por qué crees, precisamente, que está enojado con Dios!

» Pero he tenido algunas discusiones muy interesantes... no, diálogos... con él, aunque es él quien habla la mayor parte del tiempo. Nunca pensé que volvería a adentrarme en la filosofía después de todos estos años de ingeniería. Quizá tuve que pasar por ellos primero, para apreciarla. ¡Me pregunto cómo me calificaría Ted como alumno!

» Ayer intenté esta línea de enfoque, para ver cuál era su reacción. Quizás es original, aunque lo dudo.

Pensé que te gustaría oírlo: me interesan tus comentarios. He aquí sobre qué discutimos:

SEÑORITA PRINGLE - COPIAR AUDIO 94.

» —Seguramente, Ted, no puedes negar que a la mayoría de las más grandes obras del arte humano las inspiró la devoción religiosa. ¿Eso no demuestra algo?

—Sí... ¡pero no de una manera que le brinde mucho consuelo a creyente alguno! De vez en cuando, la gente se divierte haciendo listas de los Más Grandes y los Más Grandiosos y los Mejores: estoy seguro de que era un entretenimiento muy difundido en tus días.

—Por cierto que sí.

—Pues bien, hubo algunos famosos intentos por hacer esto con las artes. Por supuesto, tales listas no pueden establecer valores absolutos... eternos... pero son interesantes y muestran cómo los gustos cambian de una época a otra...

» La última lista que vi fue en la Artnet de la Tierra hace nada más que unos años: estaba dividida en Arquitectura, Música, Artes Visuales... Recuerdo algunos de los ejemplos... el Partenón, el Taj Mahal... *Toccatà y Fuga* de Bach iba primera en música, seguida por la Misa *de Réquiem* de Verdi. En arte, la Mona Lisa, claro. Después, no estoy seguro del orden, un grupo de estatuas de Buda en alguna parte de Ceilán, y la máscara mortuoria de oro del joven rey Tut.

» Aun si pudiera recordar todos los demás, lo que, claro está, no puedo, no importa: lo que interesa son sus antecedentes culturales y religiosos. En total, no predominaba una sola religión... salvo en música, y eso podía deberse a un accidente puramente tecnológico: el órgano y los demás instrumentos preelectrónicos se perfeccionaron en el Occidente cristianizado. Pudo haber resultado muy diferente si, por ejemplo, los griegos o los chinos hubiesen considerado las máquinas como algo más que juguetes.

» Pero lo que realmente resuelve la discusión, en lo que a mí concierne, es el consenso general respecto de la única obra de arte más grandiosa. Una vez y otra, en casi todas las listas, aparece *Angkor Wat* y, sin embargo, la religión que la inspiró estuvo extinguida desde hace siglos; ¡ni siquiera se sabe con precisión qué era, salvo que comprendía centenares de dioses, y no simplemente uno!

—Ojalá le hubiera podido lanzar eso al bueno del rabino Berenstein: estoy

seguro de que habría tenido una buena respuesta.

—No me cabe duda. Ojalá yo mismo hubiera podido conocerlo. Y me alegra que nunca llegara a vivir para ver lo que le ocurrió a Israel.

FIN AUDIO.

—Ahí lo tienes, Indra. Ojalá el Granomedes contara con *Angkor Wat* en su menú: nunca lo vi... pero no se puede tener todo...

» Ahora, la pregunta que realmente querías que se te contestara: ¿por qué el doctor Ted está tan encantado de que yo me encuentre acá?

» Como sabes, está convencido de que la clave de muchos misterios se encuentra en el satélite Europa, donde a nadie se le ha permitido aterrizar desde hace mil años.

» Piensa que yo puedo ser la excepción. Está convencido de que allá tengo un amigo... sí: Dave Bowman, o en lo que sea que ahora se ha transformado...

» Sabemos que sobrevivió a la tracción hacia el monolito Hermano Mayor... y que, de alguna manera, volvió a visitar la Tierra después de eso. Pero hay más que yo no sabía. Muy poca gente lo sabe, porque a los medeanos los avergüenza hablar de ello...

Ted Khan pasó años recogiendo las pruebas, y ahora está absolutamente seguro de los hechos, aun cuando no los puede explicar. Durante, por lo menos seis ocasiones, con un siglo de distancia entre ellas, observadores confiables ubicados aquí, en Anubis, informaron haber visto una... aparición, exactamente igual a la que Heywood Floyd vio a bordo de la *Discovery*. Aunque ninguno de ellos conoce ese incidente, todos pudieron identificar a Dave cuando se le mostró su holograma. Y hubo otro avistamiento a bordo de una nave de exploración que se aproximó mucho a Europa, hace seiscientos años...

» En forma individual, nadie toma estos casos en serio pero, en conjunto, siguen un patrón. Ted está completamente seguro de que Dave Bowman sobrevive en alguna forma, presuntamente relacionada con el monolito al que denominamos Gran Muralla... y que todavía tiene cierto interés en nuestros asuntos.

» Aunque no hizo intento alguno por comunicarse, Ted tiene la esperanza de que podamos hacer contacto; está convencido de que soy el único ser humano que puede hacerlo...

» Todavía estoy tratando de tomar una decisión. Mañana lo discutiré con el capitán Chandler. Te haré saber lo que decidamos. Cariños, Frank.

ALMACENAR

TRANSMITIR-INDRA

21. Cuarentena

—¿Crees en aparecidos, Dim?

—Por cierto que no... pero, al igual que cualquier hombre sensato, les tengo miedo. ¿Por qué preguntas eso?

—Si no fue un aparecido, fue el sueño más claro que haya tenido jamás: anoche mantuve una conversación con Dave Bowman.

Poole sabía que el capitán Chandler lo tomaría en serio cuando la ocasión cuadrara; no quedó decepcionado:

—Interesante... pero hay una explicación obvia: ¡estuviste viviendo acá, en la *Suite* Bowman, por el amor de Deus! Tú mismo me dijiste que se la siente embrujada.

—Estoy seguro... bueno, noventa y nueve por ciento seguro... de que tienes razón, y que a todo este asunto lo impulsaron las charlas que mantuve con el profe Ted. ¿Oíste hablar de los informes que dicen que, en ocasiones, Dave Bowman aparece en Anubis? ¿Más o menos una vez cada cien años? Del mismo modo que lo hizo ante el doctor Floyd a bordo de la *Discovery*, después que se la reactivó.

—¿Qué ocurrió ahí? Oí relatos vagos, pero nunca los tomé en serio.

—El doctor Khan sí, y también yo: vi las grabaciones originales: Floyd aparece sentado en mi antiguo asiento, cuando una especie de nube de polvo se forma detrás de él y adopta la configuración de la cabeza de Dave. Es entonces cuando pronuncia ese famoso mensaje, en el que le advierte que se vaya.

—¿Y quién no lo haría? Pero eso fue hace mil años. Hubo tiempo más que suficiente para simularlo.

—¿Con qué objeto? Khan y yo estábamos mirándolo ayer. Apostaría mi vida a que es auténtico.

—A decir verdad, estoy de acuerdo contigo. Y oí esos informes...

La voz de Chandler se fue apagando, y dio la impresión de estar levemente avergonzado.

—Hace mucho tiempo tuve una novia aquí, en Anubis. Me contó que su abuelo había visto a Bowman. Me reí.

—Me pregunto si Ted tiene esa aparición en su lista. ¿Podrías ponerlo en contacto con tu amiga?

—Eh... preferiría no hacerlo. No nos hemos hablado desde hace años. Por lo que sé, ella podría estar en la Luna o en Marte... De todos modos, ¿por qué está interesado el profesor Ted?

—Eso es lo que precisamente deseaba discutir contigo.

—Suena siniestro. Prosigue.

—Ted cree que Dave Bowman, o en lo que sea que se convirtió, todavía puede existir... allá arriba, en Europa.

—¿Después de mil años?

—Bueno... mírame a mí.

—Una muestra es una mala estadística, solía decir mi profesor de matemática. Pero continúa.

—Es una historia complicada... o, quizás, un rompecabezas del que falta la mayoría de las piezas. Pero, en términos generales, hay consenso en que a nuestros ancestros les ocurrió algo crucial cuando el Monolito apareció en África, hace cuatro millones de años. Constituye un punto crítico de la Prehistoria: la primera aparición de herramientas... y de armas... y de religión... Eso no puede ser pura coincidencia. El Monolito debe de habernos hecho algo. Seguramente no pudo haberse limitado a quedarse quieto, aceptando en forma pasiva la adoración...

—A Ted le gusta citar a un famoso paleontólogo que dijo: « La AMT-0 nos dio una patada evolutiva en los fundillos ». Arguye que la patada no fue en una dirección completamente deseable: ¿teníamos que volvernos tan malvados y detestables para sobrevivir? Quizá teníamos que serlo... Tal como entiendo lo que dice, Ted está convencido de que hay algo fundamentalmente erróneo en las conexiones de nuestro cerebro, lo que hace que no poseamos la capacidad de tener un pensamiento lógico sin contradicciones. Para empeorar más las cosas, aunque todos los seres necesitan cierta cantidad de agresividad para sobrevivir, nosotros parecemos poseer mucho más que la absolutamente necesaria. Y ningún animal tortura a sus semejantes como lo hacemos nosotros. ¿Es éste un accidente evolutivo, una forma de mala suerte genética?

» También hay vasto consenso en que a la AMT-1 se la plantó en la Luna para hacer el seguimiento del proyecto, o experimento, o lo que fuera que hubiera sido, y enviar los informes a Júpiter, el sitio obvio para que esté el Control de la Misión Sistema Solar. Es el motivo por el que otro monolito, Hermano Mayor, estuviera aguardando allá. Había estado aguardando cuatro millones de años cuando arribó la *Discovery*. ¿Estás de acuerdo hasta ahora?

—Sí. Siempre pensé que era la teoría más plausible.

—Vayamos ahora a la parte más especulativa: a Bowman aparentemente lo engulló Hermano Mayor; aun así, algo de su personalidad parece haber sobrevivido. Veinte años después de ese encuentro con Heywood Floyd, en la segunda expedición a Júpiter, tuvieron otro contacto a bordo de la *Universe*,

cuando Floyd se incorporó a ella para el descenso en el cometa Halley. Por lo menos, eso es lo que Floyd nos relata en sus memorias... aunque había pasado largamente la centena cuando las dictó.

—Pudo haber estado senil.

—¡No según todas las narraciones contemporáneas! Asimismo, y quizás esto sea aún más importante, su nieto Chris tuvo algunas experiencias igualmente sobrenaturales cuando la *Galaxy* hizo su descenso forzoso en Europa. ¡Y, claro está, es ahí donde el Monolito, o un monolito, está en este preciso momento! Rodeado por europeos...

—Estoy empezando a ver hacia adónde apunta el doctor Ted: aquí donde entramos nosotros... todo el ciclo está empezando otra vez. A los *europos* se los está acicalando para el estrellato.

—Exacto; todo encaja. Júpiter entró en ignición para darles un sol que descongele su gélido mundo. La advertencia para que nosotros nos mantengamos a distancia... presuntamente para que no interfiramos en su evolución...

—¿Dónde oí esa idea antes...? ¡Pero claro, Frank se remonta a mil años atrás, a tu propia época! ¡«El Mandato Primordial»! Todavía nos desternillamos de risa con esos antiguos programas de *Viaje a las Estrellas*.

—¿Te conté que una vez conocí a algunos de los actores? Estarían sorprendidos al verme ahora... Y siempre pensé dos cosas respecto de esa norma de no interferencia. El monolito ciertamente la violó con nosotros, allá en África. Se podría argüir que tuvo resultados desastrosos...

—Así que mejor suerte la próxima vez... en el satélite Europa.

Poole rió, pero sin demasiado humor.

—Son las palabras exactas que usó Khan.

—¿Y qué cree él que debemos hacer al respecto? Y sobre todo, ¿en qué parte de todo esto intervienes tú?

—En primer lugar, debemos averiguar qué está pasando realmente en Europa... y por qué. Observarlo desde el espacio no es suficiente.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? A todas las sondas que los ganimedeanos enviaron se las hizo estallar, justo antes de descender.

—Y a partir de la misión para rescatar la *Galaxy*, a las naves con tripulación humana las desviaba alguna clase de campo de fuerza, al que nadie puede explicar. Muy interesante: eso prueba que quienquiera que esté ahí abajo es protector, pero no malévolo y, y esto es lo importante, debe de contar con algún tipo de sistema explorador que se interpone en el camino: puede distinguir entre robots y seres humanos.

—Más que lo que puedo hacer yo a veces. Prosigue.

—Pues bien, Ted cree que existe un ser humano que podría alcanzar la superficie de Europa, debido a que su antiguo amigo está ahí y puede tener alguna influencia sobre las autoridades establecidas.

El capitán Dimitri Chandler emitió un silbido largo y débil.

—¿Y estás dispuesto a correr el riesgo?

—Sí, ¿qué puedo perder?

—Un valioso trasbordador, si sé lo que estás pensando. ¿Es por eso que estuviste aprendiendo a volar el *Falcon*?

—Bueno, ahora que lo mencionas... sí, la idea me pasó por la cabeza.

—Tendré que meditarlo. Admito que estoy interesado, pero hay muchos problemas.

—Conociéndote, estoy seguro de que no serán un obstáculo... una vez que te hayas decidido a ayudarme.

22. Aventura

SEÑORITA PRINGLE-LISTA DE MENSAJES PRIORITARIOS DESDE LA TIERRA

REGISTRAR

—Estimada Indra —no estoy tratando de hacer un drama, pero éste puede ser mi último mensaje desde Ganímedes. Para el momento en que lo recibas, estaré camino del satélite Europa.

» Aunque es una decisión repentina, y nadie está más sorprendido que yo, la he considerado con mucho cuidado. Como ya habrás barruntado, Ted Khan es responsable en gran medida... Deja que él dé las explicaciones si yo no regreso.

» Por favor, no me interpretes mal: ¡en modo alguno veo a ésta como una misión suicida! Pero estoy convencido en un noventa por ciento por los argumentos de Ted, y excitó tanto mi curiosidad, que nunca me perdonaría a mí mismo si rechazara esta oportunidad, que se da una sola vez en la vida... quizá deba decir una vez en *dos vidas*.

» Estoy volando el pequeño trasbordador monoplaza *Falcon*, de la *Goliath*: ¡cómo me habría encantado mostrárselo a mis antiguos colegas de la Administración Espacial! A juzgar por registros pasados, el resultado más probable es que me vea desviado de Europa antes de poder aterrizar. Aun eso me enseñará algo...

» Y si eso —presuntamente el monolito local, la Gran Muralla— decide tratarme como a las sondas robot que deshizo en lo pasado, nunca me enteraré. Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

» Gracias por todo, y todo mi aprecio para Joe. Cariños desde Ganímedes... y pronto, espero, desde Europa.

ALMACENAR

TRANSMITIR

IV. El reino del azufre

23. FALCON

—En estos momentos, Europa está a unos cuatrocientos mil kas de Ganimedes —informó el capitán Chandler a Poole—. Si hundieras el fierro hasta el piso... ¡gracias por enseñarme esa expresión...!, el *Falcon* podría llevarte ahí en una hora. Pero no te lo recomiendo: nuestro misterioso amigo podría alarmarse ante alguien que llegara tan rápido.

—De acuerdo. Y quiero tiempo para pensar. Me voy a tomar varias horas, cuando menos. Y todavía albergo la esperanza... —La voz de Poole se apagó hasta quedar en total silencio.

—¿La esperanza de qué?

—De que yo pueda hacer alguna clase de contacto con Dave, o lo que quiera que fuese, antes de intentar el descenso.

—Sí, siempre es una descortesía caer sin invitación, aun con gente a la que conozcas, y ni que hablar de absolutos desconocidos, como los europeos. Quizá debas llevar algunos regalos: ¿qué llevaban los exploradores de antaño? Me parece que espejitos y cuentas de colores alguna vez fueron lo que se acostumbraba.

El tono chistoso de Chandler no ocultaba su sincera preocupación, tanto por Poole como por el valioso equipo que se proponía tomar prestado... y por el que el capitán de la *Goliath* era responsable en última instancia.

—Todavía estoy tratando de decidir cómo manejaremos esto: si regresas hecho un héroe, quiero que me cubra el reflejo de tu gloria. Pero si pierdes el *Falcon*, así como a ti mismo, ¿qué voy a decir? ¿Que robaste el trasbordador mientras no te veíamos? Temo que nadie se trague eso. El Control de Tráfico de Ganimedes es muy eficiente... ¡tiene que serlo!... y si te fueras sin avisar previamente, te tendrían localizado en un microseg... un milisegundo, ¡bah! No hay manera de que pudieras salir, a menos que yo presente tu plan de vuelo con antelación.

» Así que esto es lo que propongo hacer, a menos que se te ocurra algo mejor:

» Te llevas el *Falcon* para rendir la prueba final de obtención del permiso de conducir... todos saben que ya lo volaste solo. Entrás en una órbita que está a dos mil kilómetros por encima de Europa; hasta ahí, nada fuera de lo común, y a que

la gente lo hace todo el tiempo, y las autoridades locales no parecen objetarlo.

» El tiempo total estimado de vuelo es de cinco horas más o menos diez minutos. Si súbitamente cambiaras de parecer en lo concerniente a volver a casa, nadie podría hacer algo al respecto... nadie, por lo menos, de Ganimedes. Naturalmente, yo emitiré algunos sonidos de indignación y diré lo atónito por la comisión de errores tan burdos de navegación, etcétera, etcétera. Lo que sea que dé mejor impresión en el posterior tribunal de indagación.

—¿Se llegaría a eso? No quiero hacer algo que te meta en problemas.

—No te preocupes: es hora de que haya un poco de emociones por aquí. Pero solamente tú y yo conocemos esta conspiración; trata de no mencionársela a la tripulación: quiero que tengan... ¿cuál fue la otra expresión útil que me enseñaste?... «denegabilidad razonable».

—Gracias Dim, realmente agradezco lo que estás haciendo. Y espero que nunca debas lamentar haberme transportado a bordo de la *Goliath*, cuando estabas alrededor de Neptuno.

Poole encontraba difícil impedir provocar sospechas, por el modo en que se comportaba con sus nuevos compañeros de tripulación cuando éstos preparaban el *Falcon* para lo que se suponía que iba a ser un vuelo breve de rutina. Sólo él y Chandler sabían que en modo alguno iba a ser así.

No obstante, no se dirigía hacia lo absolutamente desconocido, como él y Dave Bowman habían hecho mil años atrás. Guardados en la memoria del transbordador había mapas en alta resolución del satélite Europa, que mostraban detalles de hasta pocos metros de ancho. Poole sabía con exactitud adónde deseaba ir; sólo restaba verse si se le iba a permitir quebrar la cuarentena existente desde hacía siglos.

24. Escape

—Control manual, por favor.

—¿Estás seguro, Frank?

—Completamente seguro, *Falcon*... Gracias.

Ilógico como parecía, la mayoría de la especie humana habría estimado imposible no ser cortés con sus hijos artificiales, no importaba lo tontos que pudieran ser. Volúmenes enteros de psicología, así como guías para el público (*Cómo no herir los sentimientos de su computadora; Inteligencia artificial: Verdadera irritación* eran algunos de los títulos más conocidos), se habían escrito sobre el tema de la etiqueta hombre-máquina. Hacía ya mucho que se había decidido que, no importaba qué intrascendente aparentara ser la descortesía con los robots, se debía disuadir de su uso a las personas: con demasiada facilidad eso también se podía extender a las relaciones entre seres humanos.

Ahora el *Falcon* estaba en órbita, tal como había prometido su plan de vuelo, a unos seguros dos mil kilómetros por encima de Europa. El gigantesco cuarto creciente de esa luna dominaba el cielo que estaba hacia la proa, y aun la zona no iluminada por Lucifer estaba tan brillantemente iluminada por el mucho más lejano Sol, que cada detalle se podía ver con claridad. Poole no necesitó auxiliares ópticos para ver el destino al que planeaba arribar, en el todavía helado litoral del Mar de Galilea, no lejos del esqueleto de la primera nave espacial que descendió en ese mundo. Aunque hacía mucho que los europeos le habían quitado todos los componentes metálicos, la fatídica nave china todavía representaba un monumento recordatorio de su tripulación, y fue adecuado que a la única *ciudad* —aun cuando fuera de seres no humanos— de todo este mundo se la hubiera bautizado «Tsienville».

Poole había decidido descender por sobre el mar y, después, volar con mucha lentitud hacia Tsienville... con la esperanza de que esa aproximación diera la impresión de ser amistosa o, por lo menos, no agresiva. Si bien admitía ante sí mismo que eso era una ingenuidad, no se le ocurría otra alternativa.

Entonces, de pronto, justo cuando estaba cayendo por debajo del nivel de los mil kilómetros, hubo una interrupción, no de la clase que había tenido esperanzas que se produjera, sino de otra que lo tomó desprevenido:

—*Falcon*, aquí Control Ganimedes llamando. Se apartó de su plan de vuelo.

Por favor notifique de inmediato qué está ocurriendo.

Resultaba difícil pasar por alto una solicitud tan urgente pero, dadas las circunstancias, parecía ser lo mejor que se podía hacer.

Exactamente treinta segundos después, y cien kilómetros más cerca de Europa, Ganimedes repitió el mensaje. Una vez más, Poole hizo oídos sordos... pero el *Falcon* no.

—¿Estás completamente seguro de que quieres hacer esto, Frank? —preguntó el traspasador. Aunque Poole sabía perfectamente bien que lo estaba imaginando, habría jurado que en la voz de la máquina había un dejo de angustia.

—Completamente seguro, *Falcon*. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Por supuesto, eso no era cierto y ahora, en cualquier momento, podría ser necesario decir más mentiras, pero a un público más complejo.

Luces indicadoras que raramente se encendían empezaron a destellar cerca del borde del tablero de control. Poole sonrió con satisfacción: todo estaba saliendo de acuerdo con lo planeado.

—¡Acá Control Ganimedes! ¿Me recibe, *Falcon*!? Está operando en transferencia a control manual, por lo que no puedo ayudarlo. ¿Qué pasa? Sigue descendiendo hacia Europa. Por favor, confirme de inmediato.

Poole empezó a experimentar leves punzadas de la conciencia. Creyó reconocer la voz de la controladora de tráfico, y estaba casi seguro de que era una encantadora mujer que había conocido en una recepción en su honor ofrecida por el alcalde, poco después de su llegada a Anubis. La voz de la mujer denotaba legítima alarma.

De pronto, Poole supo cómo aliviarle la angustia... así como intentar algo que antes había descartado como demasiado absurdo. A lo mejor, después de todo valía la pena intentarlo; de hecho, no molestaría, y hasta podría funcionar.

—Aquí Frank Poole, llamando desde el *Falcon*. Estoy perfectamente bien... pero algo parece estar dominando los controles y llevando el traspasador hacia Europa. Espero que puedan recibir esto. Seguiré informando durante tanto tiempo como me sea posible.

Bueno, en verdad no le había mentado a la preocupada controladora de tráfico, y esperaba que algún día podría mirarla a la cara con la conciencia limpia.

Siguió hablando, tratando de dar la impresión de ser completamente sincero, en vez de estar caminando al borde de la mentira.

—Repito, acá Frank Poole a bordo del traspasador *Falcon*, y descendiendo hacia Europa. Presumo que alguna fuerza exterior ha tomado el control de mi nave espacial y que la hará descender con seguridad.

» Dave, te habla tu antiguo compañero Frank ¿Eres tú la entidad que me controla? Tengo motivos para creer que estás en Europa.

» De ser así, espero con mucho interés volver a encontrarme contigo... donde

quiera que estés, o lo que fuera que seas.

Ni por un momento imaginó que hubiera respuesta alguna: hasta Control Ganímedes había quedado enmudecido por la conmoción.

Y, sin embargo, en cierto sentido tuvo respuesta: al *Falcon* todavía se le estaba permitiendo descender hacia el Mar de Galilea.

Europa estaba nada más que cincuenta kilómetros debajo de él, que, a simple vista, ahora podía ver la estrecha barra negra donde el más grandioso de los monolitos montaba guardia, si es que en verdad hacía eso, en las afueras de Tsienville.

A ningún ser humano se le había permitido acercarse tanto desde hacía mil años.

25. Fuego en las profundidades

Durante millones de años había sido un mundo oceánico, con sus ocultas aguas protegidas del vacío del espacio por una corteza de hielo. En la mayoría de los sitios, el hielo tenía kilómetros de espesor, pero había líneas de debilidad donde se había resquebrajado y desgarrado. Entonces se produjo una breve batalla entre dos elementos implacablemente hostiles que en ningún otro mundo del Sistema Solar se habían puesto en contacto directo. La guerra entre el mar y el espacio siempre terminaba con el mismo punto muerto: el agua expuesta al mismo tiempo hervía y se congelaba, reparando el blindaje de hielo.

Los mares de Europa se habrían solidificado por completo haría ya mucho, sin la influencia del cercano Júpiter: su gravedad moldeaba continuamente el núcleo de ese pequeño mundo; las fuerzas que producían las convulsiones de Ío también estaban en acción ahí, aunque con mucha menos ferocidad. Por doquier, en las profundidades, había pruebas de ese forcejeo entre planeta y satélite, en los continuos rugidos y tronar de terremotos submarinos, en el aullido de los gases que escapaban del interior, en las ondas infrasónicas de presión provenientes de avalanchas que arrasaban las llanuras abisales. En comparación con el tumultuoso océano que cubría a Europa, hasta los ruidosos mares de la Tierra eran silenciosos.

Aquí y por allá, esparcidos sobre los desiertos de las profundidades, había oasis que habrían asombrado y deleitado a cualquier biólogo terrícola. Se extendían durante varios kilómetros alrededor de masas intrincadas de tubos y chimeneas depositados por salmueras minerales que salían a borbotones desde el interior. A menudo generaban parodias naturales de castillos góticos, desde los cuales líquidos negros y quemantes pulsaban con ritmo lento, como si los impulsara el palpitar de un corazón poderoso y, al igual que la sangre, eran la auténtica señal de la vida misma.

Los bullentes fluidos empujaban hacia atrás el frío letal que se filtraba hacia abajo desde lo alto, y formaba islas de calor en el lecho del mar. Y lo que era igualmente importante, desde el interior de Europa traían todas las sustancias químicas que formaban vida. A esos oasis fértiles, que brindaban alimento y energía en abundancia, los habían descubierto, en el siglo XX, los exploradores de los océanos de la Tierra. Aquí estaban presentes en escala inmensamente

mayor, y con mucha mayor variedad.

Estructuras delicadas, muy tenues, que parecían la analogía de plantas, florecían en las zonas «tropicales» más próximas a las fuentes de calor. Entre esas estructuras se arrastraban extrañísimos caracoles y gusanos, algunos de los cuales se alimentaban de las plantas, mientras que otros obtenían su alimento directamente de las aguas cargadas de minerales que los rodeaban. A distancias mayores de los fuegos submarinos, en torno de los cuales todos esos seres se calentaban, vivían organismos más fuertes y robustos, no muy diferentes de cangrejos o arañas.

Ejércitos de biólogos podrían haber transcurrido vidas enteras estudiando uno solo de los pequeños oasis. A diferencia de los mares terrestres del Paleozoico, el abismo europeo no era un ambiente estable, por lo que la evolución se había desarrollado con velocidad sorprendente, produciendo innumerables formas fantásticas. Y sobre todas pendía el mismo aplazamiento indefinido de la pena de muerte: más tarde o más temprano, cada fuente de vida se debilitaría y moriría, cuando las fuerzas que le daban energía desplazaran su foco hacia otra parte. Por todo el lecho marino europeo había ejemplos de tales tragedias: incontables zonas circulares estaban cubiertas con los esqueletos y restos incrustados de minerales de seres muertos, donde capítulos enteros de la evolución fueron suprimidos del libro de la vida. Algunos habían dejado, a modo de único recordatorio, valvas enormes, vacías, con la forma de trompetas con volutas más grandes que un hombre. Y había almejas de muchas formas —bivalvas, y hasta trivalvas, así como patrones espiralados en piedra, de muchos metros de ancho—, exactamente igual que los hermosos *ammonites* que desaparecieron de modo tan misterioso de los océanos de la Tierra, a fines del período Cretácico.

Entre los portentos más grandiosos de la sima europea había ríos de lava incandescente, que se vertían desde las calderas de volcanes submarinos. La presión existente a esas profundidades era tan elevada que el agua que se ponía en contacto con el magma, que estaba al rojo blanco, no podía desaparecer convertida en vapor, así que ambos líquidos coexistían en una tregua precaria.

Ahí, en otro mundo y con actores alienígenas, algo parecido a la historia de Egipto se había representado mucho antes del advenimiento del Hombre. Así como el Nilo había traído vida a una estrecha banda de desierto, así ese río de calor había vivificado las profundidades europeas. A lo largo de sus márgenes, en una zona que nunca alcanzaba más que unos pocos kilómetros de ancho, una especie tras otra habían evolucionado, medrado y desaparecido. Y algunas habían dejado monumentos permanentes.

A menudo no era fácil distinguirlas de las formaciones naturales que había en torno de los respiraderos termales y, aun cuando resultaba claro que no se debían a una simple actividad química, era difícil decidir si eran el producto del instinto o de la inteligencia. En la Tierra, las termitas levantaban edificios casi tan

impresionantes como cualquiera de los que se encontraba en el único y vasto océano que envolvía ese mundo congelado.

A lo largo de la estrecha banda de fertilidad en los desiertos de las profundidades, culturas enteras, y hasta civilizaciones, pudieron haber surgido y caído, ejércitos podrían haber marchado, o nadado, bajo el comando de Tamerlanes o Napoleones europeos.

Y el resto de su mundo nunca se habría enterado, pues todos los oasis estaban tan aislados unos de otros como lo estaban los propios planetas. Los seres que disfrutaban el fulgor de los ríos de lava y se alimentaban alrededor de los respiraderos de calor, no podían cruzar el hostil páramo que se extendía entre sus islas solitarias. Si alguna vez hubieran producido historiadores y filósofos, cada cultura habría estado convencida de que estaba sola en el universo.

Y, sin embargo, ni siquiera el espacio que había entre los oasis estaba por completo desprovisto de vida: había seres más resistentes que se habían atrevido a enfrentar los rigores de ese yermo. Algunos eran las analogías europeas de los peces: esbeltos torpedos propulsados por colas verticales y mantenidos en curso por aletas ubicadas a lo largo del cuerpo. El parecido con los habitantes más exitosos de los océanos de la Tierra era inevitable: dados los mismos problemas de ingeniería, la evolución debe producir respuestas muy similares. Véase el delfín y el tiburón: en lo superficial, casi idénticos y, no obstante, provenientes de ramas muy distantes del árbol de la vida.

Había, empero, una diferencia muy evidente entre los peces de los mares europeos y los de los océanos terrestres: no tenían branquias, pues apenas si se podía extraer vestigios de oxígeno de las aguas en las que nadaban. Al igual que los seres que habitaban en torno de los propios respiraderos geotermales de la Tierra, su metabolismo se basaba sobre compuestos de azufre, presentes en abundancia en el ambiente volcánico.

Y muy pocos tenían ojos. Aparte del titilante fulgor de los derrames de lava, y de ocasionales explosiones de bioluminiscencia provenientes de seres que buscaban pareja o de cazadores en pos de la presa, era un mundo sin luz.

También era un mundo condenado: no sólo sus fuentes de energía eran esporádicas y cambiaban constantemente, sino que las fuerzas de marea que las impulsaban se debilitaban en forma permanente. Aun si hubieran desarrollado verdadera inteligencia, los europeos estaban atrapados entre el fuego y el hielo.

De no mediar un milagro, perecerían junto con el congelamiento final de su pequeño mundo.

Lucifer había efectuado ese milagro.

26. Tsienville

En los instantes finales, mientras iba por sobre la costa a tranquilos cien kilómetros por hora, Poole se preguntaba si podría haber alguna intervención de último momento. Pero nada desagradable ocurrió, aun cuando la nave se desplazaba con lentitud a lo largo de la fachada negra, amenazante, de la Gran Muralla.

Era el nombre inevitable para el monolito europeo pues, a diferencia de sus hermanitos de la Tierra y la Luna, estaba colocado en posición horizontal y tenía más de veinte kilómetros de largo. Aunque literalmente tenía un volumen miles de millones de veces mayor que el de AMT-0 y AMT-1, sus proporciones eran las mismas con toda exactitud: esa intrigante relación de 1:4:9, inspiradora de tantas tonterías numerológicas en el curso de los siglos.

Como la cara vertical tenía casi diez kilómetros de alto, una teoría verosímil afirmaba que, entre sus funciones, la Gran Muralla actuaba como rompevientos, protegiendo a Tsienville contra los feroces ventarrones que ocasionalmente venían rugiendo desde el Mar de Galilea. Eran mucho menos frecuentes, ahora que el clima se había estabilizado, pero mil años antes habrían constituido un grave disuasivo para cualesquiera formas de vida que surgieran del océano.

Aunque se había esforzado seriamente por hacerlo, Poole nunca pudo encontrar tiempo para visitar el monolito de Tycho, que seguía siendo un secreto de máxima prioridad cuando se hizo la expedición a Júpiter, y la gravedad de la Tierra hacía que el mellizo de Olduvai le fuera inaccesible. Pero había visto las imágenes tan a menudo, que le eran mucho más familiares que la proverbial palma de la mano (¿y cuánta gente, se había preguntado con frecuencia, se reconocería la palma de la mano?). Aparte de la enorme diferencia de escala, no existía el menor modo de distinguir la Gran Muralla de las AMT-1 y AMT-0 o, si era por eso, del «Hermano Mayor» con el que la *Leonov* se había topado en órbita de Júpiter.

Según algunas teorías, quizá tan alocadas como para ser ciertas, sólo existía un monolito arquetípico y todos los demás, cualquiera que fuese su tamaño, no eran más que proyecciones o imágenes de aquél. Poole recordó esas ideas cuando advirtió la suavidad inmaculada, impoluta de la fachada de ébano de la Gran Muralla, que se alzaba amenazadora ante él. Indudablemente, después de

tantos siglos de haber estado en un ambiente tan hostil, ¡debieron de haberse formado algunas zonas de suciedad! Y, sin embargo, se la veía tan impecable como si un ejército de limpiadores de ventanas acabara de pulirle cada centímetro cuadrado.

En ese momento recordó que, aunque todos los que habían llegado a ver las AMT-1 y AMT-0 sintieron un impulso irresistible de tocar esas superficies aparentemente prístinas, nadie había tenido éxito jamás. Dedos, taladros con punta de diamante, cizallas lásericas... todo resbalaba sobre los monolitos, como si hubieran estado recubiertos con una película impermeable... o como si, y ésa era otra popular teoría, no hubieran estado por completo en ese universo, sino separados de él por una fracción de milímetro por completo infranqueable.

Poole describió de manera pausada el circuito completo de la Gran Muralla, que permanecía totalmente indiferente al avance del trasbordador. Después llevó la nave —todavía en control manual, en el caso de que Control Ganimedes hiciera ulteriores esfuerzos por «rescatarlo»— hasta los límites interiores de Tsienville y quedó flotando ahí, en busca del mejor sitio para descender.

La escena que veía a través de la pequeña ventanilla panorámica del *Falcon* le era del todo familiar; la había examinado tan a menudo en las grabaciones de Ganimedes, sin imaginar jamás que, un día, estaría observándola en la realidad. Los europeos, según parecía, no tenían la menor idea sobre planeamiento urbano: centenares de estructuras hemisféricas estaban esparcidas, aparentemente al azar, por sobre una superficie de alrededor de un kilómetro de ancho. Algunas eran tan pequeñas que hasta niños humanos se habrían sentido apretados en ellas. Aunque otras eran lo suficientemente grandes como para contener una familia numerosa, ninguna tenía más que cinco metros de altura.

Y todas estaban hechas con el mismo material, que refulgía con un color espectralmente blanco bajo la doble luz del día. En la Tierra, los esquimales habían encontrado una respuesta idéntica para el desafío que planteaba su propio ambiente, frígido y carente de materiales: los iglúes de Tsienville también estaban hechos con hielo.

En lugar de calles, había canales, lo que convenía más a seres que todavía eran parcialmente anfibios y que, al parecer, regresaban al agua para dormir. Asimismo se creía que lo hacían para alimentarse y reproducirse, aunque ninguna de esas hipótesis se había demostrado.

A Tsienville la habían llamado la «Venecia hecha de hielo», y Poole tuvo que estar de acuerdo en que era una descripción apropiada. Sin embargo, no había venecianos a la vista, y el lugar tenía el aspecto de estar abandonado desde hacía años.

Y aquí se planteaba otro misterio: a pesar de que Lucifer era cincuenta veces más brillante que el distante Sol, y que era un elemento permanente en el cielo, los europeos todavía parecían estar sujetos a un antiguo ritmo de noche y día:

regresaban al océano con el ocaso, y salían a la superficie cuando salía el Sol... no obstante que el nivel de iluminación había cambiado nada más que un porcentaje pequeño. Quizás existía un paralelo en la Tierra, donde el ciclo de vida de muchos seres estaba controlado tanto por la tenue Luna como por el Sol, más brillante.

El Sol saldría dentro de otra hora y, entonces, los habitantes de Tsienville volverían a tierra firme y se dedicarían a sus pausados asuntos, ya que, según los parámetros humanos, por cierto que eran pausados. La bioquímica basada sobre el azufre, que daba energía a los europeos, no era tan eficiente como la basada sobre el oxígeno, que permitía la actividad de la inmensa mayoría de los animales terrícolas. Hasta un perezoso podía ir más rápido que un europeo, así que resultaba difícil considerarlos como potencialmente peligrosos. Ésa era la parte positiva. La negativa era que aun con las mejores intenciones en ambas partes, los intentos por establecer comunicación serían extremadamente lentos, quizás hasta intolerablemente tediosos.

Poole decidió que ya era hora de que volviera a comunicarse con el Control de Ganimedes: debían de estar muy angustiados, y Poole se preguntaba cómo su cómplice de conspiración, el capitán Chandler, estaría lidiando con la situación.

—*Falcon* llamando a Ganimedes. Como indudablemente podrán ver, se me hizo... eh... permanecer justo por encima de Tsienville. No hay señales de hostilidad y como acá todavía es la noche solar, todos los europeos están debajo del agua. Llamaré de nuevo tan pronto como esté en el suelo.

Dim habría estado orgulloso de él, pensó Poole, mientras llevaba al *Falcon* a descender, con la suavidad de un copo de nieve, sobre un pequeño parche de hielo. No quería correr riesgos con la estabilidad y dispuso el impulso inercial de manera que cancelara todo menos una fracción del peso del transbordador: lo suficiente, esperaba, como para evitar que el aparato fuera arrastrado por el viento.

Estaba en Europa: el primer ser humano después de mil años. ¿Armstrong y Aldrin habrían experimentado esa sensación de júbilo cuando el *Águila* descendió en la Luna? Es probable que hayan estado demasiado ocupados comprobando los primitivos sistemas, carentes por completo de inteligencia, de su módulo lunar.

El *Falcon*, claro está, realizaba todo eso en forma automática. La pequeña cabina ahora estaba muy silenciosa, aparte del inevitable, y tranquilizador, murmullo de los equipos electrónicos bien templados. A Poole le produjo una conmoción considerable cuando la voz de Chandler, evidentemente pregrabada, le interrumpió los pensamientos:

—¡Así que lo hiciste! ¡Felicitaciones! Como sabes, está programado que regresemos al Cinturón la semana después de la que viene, pero eso debe de darte mucho tiempo.

» Después de cinco días, *Falcon* sabe qué hacer. Encontrará el camino de

vuelta a casa, contigo o sin ti, de modo que, ¡buena suerte!

SEÑORITA PRINGLE
ACTIVAR CRIPTOPROGRAMA
ALMACENAR

—Hola, Dim, ¡gracias por ese jovial mensaje! Me siento bastante tonto usando este programa, como si fuera un agente secreto en uno de los melodramas de espionaje tan populares antes que yo naciera. Así y todo, nos brinda algo de privacidad, lo que puede ser útil. Espero que la señorita Pringle haya descargado esto en forma adecuada... ¡pero claro, señorita P, sólo estoy bromeando!

» A propósito, estoy recibiendo una andanada de solicitudes de todos los medios de prensa del Sistema Solar. Por favor, trata de alejarlos de mí o de desviarlos hacia el doctor Ted: le va a encantar hacerse cargo de ellos...

» Puesto que Ganimedes me tiene en cámara todo el tiempo, no voy a gastar saliva diciéndote lo que estoy viendo. Si todo va bien, deberemos tener algo de acción dentro de algunos minutos... y todos sabremos si fue una buena idea, en realidad, permitir que los europeos me encuentren sentado aquí pacíficamente, esperando saludarlos cuando salgan a la superficie...

» Ocurra lo que ocurra, no será una sorpresa tan grande para mí como lo fue para el doctor Chang y sus colegas, cuando descendieron aquí hace mil años. Volví a reproducir su último mensaje, poco antes de salir de Ganimedes: debo confesar que me produjo una sensación de pavor. No pude dejar de preguntarme si era posible que algo así pudiera ocurrir de vuelta... no me gustaría immortalizarme del modo en que lo hizo el pobre Chang...

» Por supuesto, siempre puedo despegar si algo empezara a salir mal... y he aquí un interesante pensamiento que se me acaba de ocurrir: me pregunto si los europeos tienen historia, alguna clase de registros, algún recuerdo, de lo que sucedió a nada más que a unos kilómetros de aquí, hace mil años.

27. Hielo y vacío

—... Aquí el doctor Chang, llamando desde Europa. Espero que me puedan oír, en especial el doctor Floyd... sé que usted está a bordo de la *Leonov*... Puedo no tener mucho tiempo... apuntando la antena de mi traje hacia donde creo que está usted... por favor, retrasmítame esta información a la Tierra.

» La *Tsien* fue destruida hace tres horas... Soy el único sobreviviente... Usando la radio de mi traje... desconozco si tiene alcance suficiente, pero es la única alternativa. Por favor, escuche con cuidado...

» HAY VIDA EN EUROPA. Repito: HAY VIDA EN EUROPA...

» Descendimos sanos y salvos, revisamos todos los sistemas y sacamos las mangueras, para poder iniciar de inmediato el bombeo de agua hacia el interior de nuestros tanques de impulsante... tan sólo por si teníamos que salir con apuro.

» Todo estaba yendo según lo planeado... casi parecía demasiado bueno para ser cierto. Los tanques estaban semilenos, cuando el doctor Lee y yo salimos para revisar la aislación de las tuberías. La *Tsien* está —estaba— situada a unos treinta metros del borde del Gran Canal. Las tuberías salían directamente de ella y descendían a través del hielo. Muy delgado: no era seguro como para caminar sobre él.

» Júpiter aparecía lleno en un cuarto, y teníamos cinco kilovatios de iluminación extendidos sobre la nave: parecía un árbol de Navidad; hermosa, reflejada en el hielo...

» Lee fue el primero que la vio: una enorme masa negra que ascendía de las profundidades. Al principio creímos que se trataba de un cardumen (era demasiado grande para ser un solo organismo); después empezó a abrirse paso a través del hielo, quebrándolo, y desplazándose hacia nosotros.

» Parecía como formado por enormes filamentos de algas mojadas, que se arrastraban por el suelo. Lee corrió de vuelta a la nave para traer una cámara; yo me quedé para observar e informar por la radio. La cosa se desplazaba con tanta lentitud que fácilmente pude haberla dejado atrás. Me sentía mucho más excitado que alarmado. Creí saber de qué clase de ser se trataba, he visto fotografías de los bosques de algas pardas, del tipo de las laminariáceas, en las costas de California, pero estaba totalmente equivocado...

» ... Me di cuenta de que el ser estaba en problemas: no le habría resultado

posible sobrevivir en una temperatura ciento cincuenta grados inferior a la de su ambiente normal. Se iba congelando y solidificando a medida que avanzaba (se le iban cayendo trocitos, como vidrios rotos), pero seguía desplazándose hacia la nave, una ola negra de marea que iba perdiendo velocidad a cada instante.

» Yo seguía tan sorprendido que no podía pensar con lógica y no alcanzaba a imaginar qué era lo que ese ser estaba tratando de hacer. Aun cuando se dirigía hacia la *Bien*, seguía pareciendo completamente inofensivo, como... bueno... como un bosque en movimiento. Recuerdo haber sonreído: me hizo recordar el bosque de Burnham, en *Macbeth*...

» Entonces, de repente, comprendí cuál era el peligro: aun cuando fuera inofensivo por completo, era pesado y, con todo el hielo que llevaba encima, debía de pesar varias toneladas, incluso en esta gravedad baja. Y lenta y penosamente estaba trepando por nuestro tren de aterrizaje... las patas estaban empezando a combarse... todo en cámara lenta, como algo que ocurriera en un sueño... o una pesadilla...

» No fue sino cuando la nave empezó a venirse abajo, que me di cuenta de qué estaba tratando de hacer esa cosa... y para entonces fue demasiado tarde: pudimos habernos salvado... ¡si tan sólo hubiéramos apagado las luces!

» Quizás era un ser de fototropismo positivo, con su reloj biológico activado por la luz solar que se filtra por el hielo. O pudo haber sido atraído como una polilla a una vela. La luz de nuestros reflectores debe de haber sido más brillante que cualquier otra que Europa haya conocido jamás, incluyendo la del Sol mismo...

» Después, la nave se desplomó. Vi quebrarse el casco y formarse una nube de copos de nieve cuando se condensó la humedad. Todas las luces se apagaron, salvo una, que oscilaba de un lado para otro pendiendo de un cable que estaba a unos metros por encima del suelo.

» No sé qué ocurrió inmediatamente después de eso. El recuerdo siguiente que tengo es que yo estaba de pie bajo la luz, al lado del pecio de la nave, y una fina pulverización de nieve fresca cayendo todo alrededor de mí; pude ver con toda claridad las huellas de mis propias botas en ella. Debo de haber corrido hacia ahí. Quizá sólo transcurrió un minuto o dos...

» La planta, porque aún creo que se trata de una planta, estaba inmóvil. Me pregunté si se habría lesionado con el impacto: grandes secciones, gruesas como el brazo de un hombre, aparecían diseminadas, como si fueran ramas quebradas.

» Entonces, el tronco principal empezó a desplazarse otra vez. Se apartó del casco y comenzó a reptar hacia mí. Ahí fue cuando supe con certeza que el ser era sensible a la luz y yo estaba parado inmediatamente debajo de la lámpara de mil vatios, que para estos momentos había dejado de oscilar.

» Imagine un roble... no, mejor aún, un banano con sus muchos troncos y raíces... aplastado por la gravedad y tratando de reptar por el suelo. Se acercó a

unos cinco metros de la luz; después empezó a extenderse hasta formar un círculo perfecto alrededor de mí: presuntamente ése era el límite de su tolerancia, el punto en el que la fotoatracción se convierte en repulsión.

» Después de eso, nada ocurrió durante varios minutos. Me pregunté si estaba muerto, congelado hasta la solidificación final.

» Fue entonces cuando vi las grandes yemas que se le estaban formando en muchas de las ramas. Era como mirar una película de flores que se abren, pero con cámara acelerada. En realidad, pensé que eran flores... cada una grande como la cabeza de un hombre.

» Membranas delicadas, de hermosos colores, empezaron a desplegarse. Aun en ese momento me vino el pensamiento de que nadie, de que ninguna cosa, pudo haber visto jamás esos colores de manera adecuada, hasta que trajimos nuestras luces, nuestras fatales luces, a este mundo.

» Zarcillos y estambres vibraban débilmente... Caminé hacia la pared viviente que me rodeaba, para poder ver con exactitud qué estaba sucediendo. Ni en ese momento ni en algún otro, sentí el más leve temor de ese ser. Estaba seguro de que no era malévolos... si es que lisa y llanamente tenía conciencia.

» Había innumerable cantidad de aquellas flores grandes en diversas etapas de apertura. Ahora me hacían recordar a mariposas que acabaran de salir de la crisálida, con las alas plegadas, todavía débiles. Cada vez me estaba acercando más a la verdad.

» Pero se iban congelando, muriendo tan pronto se formaban. Después, una después de otra, cayeron de las yemas madre. Durante unos instantes se agitaban como peces varados en terreno seco... y por fin me di cuenta con exactitud de qué eran: esas membranas no eran pétalos, sino *aletas*, o su equivalente. Era el estadio larval de natación libre del ser. Probablemente transcurre mucho de su vida enraizado en el lecho marino; después envía esas crías móviles en busca de nuevo territorio, exactamente igual que los corales de los océanos de la Tierra.

» Me puse en cuclillas para mirar más de cerca a uno de los pequeños seres: ahora los hermosos colores se estaban desvaneciendo y convirtiéndose en un marrón deslustrado. Algunos de los pétalos-aletas se habían caído, transformándose en escamas quebradizas cuando se congelaban. Pero el ser principal seguía desplazándose débilmente y, cuando me acerqué, trató de evitarme. Me pregunté cómo había percibido mi presencia.

» Entonces advertí que todos los *estambres* (como yo los llamaba) tenían puntos azul brillante en el extremo. Parecían diminutos zafiros estrellados... o las manchas oculares azules que hay distribuidas sobre el manto de una ostra: perciben la luz, pero no pueden formar verdaderas imágenes. Mientras yo miraba, el azul brillante se desvaneció. Los zafiros se convirtieron en piedras opacas, comunes y corrientes...

» Doctor Floyd, o cualquier otro que esté escuchando, no me queda mucho

más tiempo: la alarma de mi sistema de mantenimiento de funciones fisiológicas acaba de sonar. Pero casi terminé.

» Supe, entonces, qué hacer: el cable que iba hasta esa lámpara de mil vatios colgaba casi hasta el suelo. Le di unos tirones, y la luz se apagó lanzando una lluvia de chispas.

» Me pregunté si no sería demasiado tarde. Durante unos minutos, nada ocurrió. Así que fui hasta la pared de ramas enmarañadas que me rodeaba, y la pateé.

» Con lentitud, el ser empezó a desenrollarse para retroceder hacia el Canal. Lo seguí todo el trayecto de vuelta al agua, alentándolo con más patadas cuando reducía la velocidad, sintiendo los fragmentos de hielo crujiendo todo el tiempo debajo de mis botas... Cuando el ser se acercó al Canal, pareció ganar fuerza y energía, como si supiera que se estaba acercando a su hogar natural. Yo me preguntaba si sobreviviría, para germinar otra vez.

» Desapareció a través de la superficie, dejando unas últimas larvas muertas sobre ese suelo que le era extraño. El agua libre expuesta al aire burbujeó unos minutos, hasta que una costra de hielo protector la aisló herméticamente del vacío que tenía por encima. Entonces caminé de vuelta a la nave para ver si había algo que se pudiera rescatar... No quiero hablar sobre eso.

» Sólo tengo dos pedidos para hacer, doctor: cuando los taxónomos clasifiquen este ser, espero que lo denominen con mi nombre.

» Y, cuando la próxima nave regrese a casa, pídale que lleve nuestros huesos de regreso a China.

» La energía se agotará dentro de pocos minutos... ojalá supiera si alguien me está recibiendo. De todos modos, repetiré este mensaje tanto tiempo como pueda...

» Aquí el profesor Chang en Europa, informando sobre la destrucción de la nave espacial *Tsien*. Descendimos al lado del Gran Canal y dispusimos las bombas en el borde del hielo...

28. La pequeña alborada

SEÑORITA PRINGLE
REGISTRAR

—¡Aquí viene el Sol! ¡Qué extraño: qué rápido parece ascender en este mundo que rota con lentitud! Pero claro: el disco es tan pequeño que todo él surge en el horizonte en un abrir y cerrar de ojos... No es que represente mucha diferencia en lo concerniente a la luz: si no se estuviera mirando en esa dirección, nunca se advertiría que hay otro sol en el cielo.

» Pero espero que los europeos lo hayan advertido: por lo regular les toma menos de cinco minutos empezar a salir a la orilla después de la Pequeña Alborada. Me pregunto si ya saben que estoy aquí, y están asustados...

» No... podría ser exactamente al revés. Quizá sean inquisitivos, quizás hasta estén ansiosos de ver qué extraño visitante ha venido a Tsienville... casi lo prefiero...

» ¡Aquí vienen! Espero que sus satélites-espía estén observando... Cámaras del *Falcon* grabando...

» ¡Con qué lentitud se desplazan! Temo que va a ser muy aburridor tratar de comunicarse con ellos... incluso si quisieran hablar conmigo...

» Bastante parecidos a la cosa que hizo volcar la *Tsien*, pero mucho más pequeños... Me hacen pensar en arbolitos que caminan sobre media docena de troncos delgados. Y con miles de ramas que se subdividen en ramitas, que se subdividen otra vez... y otra vez. Igual que muchos de nuestros robots para aplicaciones generales... ¡cuánto tiempo tardamos en darnos cuenta de que los humanoides de imitación eran ridículamente torpes, y que la manera adecuada de caminar era con innumerables manipuladores pequeños! Cada vez que inventamos algo, descubrimos que la Madre Naturaleza ya pensó en eso...

» ¿No son encantadores los pequeñitos, como diminutos arbustos en movimiento? Me pregunto cómo se reproducen... ¿brotación? No me había dado cuenta de lo bellos que son. Casi tan coloridos como arrecifes de coral, y quizá por las mismas razones: para atraer una pareja o para engañar a los depredadores, simulando ser alguna otra cosa...

» ¿Dije que parecían arbustos? Pues digamos que parecen rosales: ¡realmente tienen espinas! Debe de haber un buen motivo para ello...

» Estoy decepcionado: no parecen haber advertido mi presencia. Todos se dirigen hacia la ciudad, como si una nave espacial visitante fuese un hecho cotidiano... sólo quedan unos pocos... quizás esto funcione... Supongo que pueden percibir vibraciones sonoras, la mayoría de los seres marinos puede hacerlo, aunque esta atmósfera tal vez sea demasiado tenue como para trasportar mi voz muy lejos...

» FALCON-PARLANTE EXTERNO...

» HOLA, ¿PUEDEN OÍRME? MI NOMBRE ES FRANK POOLE... EJEM... VENGO EN PAZ, EN NOMBRE DE TODA LA HUMANIDAD...

» Me hace sentir bastante estúpido, ¿pero alguien puede sugerir algo mejor? Y quedará bien para el registro...

» Nadie presta la menor atención. Tanto los grandes como los pequeñitos, todos reptan hacia sus iglús. Me pregunto qué hacen realmente cuando llegan ahí: quizá deba seguirlos. Estoy seguro de que sería del todo seguro; puedo desplazarme mucho más rápido que...

» Acabo de tener un divertido recuerdo súbito: todos estos seres yendo en la misma dirección... parecen los empleados que dos veces por día se desplazaban en masa entre la casa y el trabajo, antes que la electrónica lo hiciera innecesario.

» Probemos otra vez, antes que desaparezcan todos...

» HOLA, HABLA FRANK POOLE, UN VISITANTE DEL PLANETA TIERRA. ¿PUEDEN OÍRME?

—TE OIGO, FRANK. SOY DAVE.

29. Los fantasmas de la máquina

La reacción inmediata de Frank Poole fue de absoluto asombro, seguido por una irresistible alegría: realmente nunca había creído que podría hacer alguna clase de contacto, y a fuese con los europeos o con el monolito. En verdad, hasta había tenido la fantasía de, presa de la frustración, darle una patada a esa altísima pared de ébano y gritar con ira: « ¿Hay alguien en casa? » .

Y, sin embargo, no debía estar tan asombrado: alguna forma de inteligencia tuvo que haber vigilado su aproximación desde Ganimedes y permitido el descenso. Poole tendría que haber tomado más en serio a Ted Khan.

—Dave —dijo con lentitud—, ¿realmente eres tú?

« ¿Quién más podría ser? », preguntó parte de su mente. Sin embargo, no era una pregunta necia: había algo curiosamente mecánico, impersonal sería más adecuado, en la voz que salía del pequeño parlante del tablero de control del *Falcon*.

—Sí, Frank, Soy Dave.

Hubo una breve pausa. Después la misma voz prosiguió, sin cambio alguno de entonación:

—Hola, Frank Habla Hal.

SEÑORITA PRINGLE
REGISTRAR

—Bueno, Indra, Dim... me alegra que grabaran todo eso: en caso contrario, no me creerían...

» Creo que todavía estoy bajo la conmoción. Antes que nada, ¿cómo debo sentirme respecto de alguien que trató de —que consiguió— matarme?, ¡aun cuando eso ocurrió hace mil años! Pero ahora entiendo que Hal no fue culpable, nadie lo fue. Hay un buen consejo que a menudo encontré útil: “Nunca atribuyas a la malevolencia lo que sencillamente se debe a la incompetencia”. No puedo sentir enojo hacia un montón de programadores a los que nunca conocí, y que han estado muertos desde hace siglos.

» Me alegra que esto se halle cifrado, y a que no sé cómo se lo deba manejar y mucho de lo que les digo puede resultar una absoluta tontería. Ya estoy

padeciendo de sobrecarga de información y le tuve que pedir a Dave que me dejara un rato... ¡después de todo lo que arrostré para encontrarme con él! Pero no creo haber herido sus sentimientos. Todavía no estoy seguro de que tenga sentimiento alguno...

» Qué es él: ¡buena pregunta! Pues bien, realmente es Dave Bowman, pero despojado de la mayoría de su parte humana, como... ehh... como la sinopsis de un libro o de un trabajo técnico: ya se sabe cómo un compendio puede brindar toda la información básica... ¡pero ni el menor indicio de la personalidad del autor! Y, sin embargo, había momentos en los que yo sentía que algo del antiguo Dave todavía estaba ahí. No iría tan lejos como decir que lo alegraba encontrarme de nuevo: moderadamente satisfecho se acercaría más a la verdad. En cuanto a mí, todavía estaba muy confundido: era como encontrar un viejo amigo después de una larga separación, y descubrir que ahora es una persona diferente. Bueno, transcurrieron mil años... y no puedo imaginar qué experiencias conoció, aunque, como les mostraré dentro de poco, trató de compartir algunas de ellas conmigo.

» Y Hal: está aquí, no hay duda al respecto. La mayor parte del tiempo, no hay manera de reconocer cuál de ellos me está hablando. ¿No son esos ejemplos de personalidades múltiples en los anales médicos? A lo mejor es algo así.

» Le pregunté cómo les había ocurrido eso a los dos, y él —ellos, maldición... ¡Halman!— trataron de explicarlo. Permítanme repetirlo: puedo haberlo entendido parcialmente mal, pero es la única hipótesis de trabajo que tengo.

» Por supuesto, el monolito, en sus diversas manifestaciones, es la clave... no, ésta es la palabra equivocada... ¿no dijo alguien, alguna vez, que era una especie de cortaplumas del ejército suizo, pero en escala cósmica? Ustedes todavía los tienen, aunque Suiza y su ejército desaparecieron hace siglos; es un dispositivo multipropósito que puede hacer cualquier cosa que desee... o que esté programado para hacer...

» Allá en África, hace cuatro millones de años, para bien o para mal nos dio esa patada evolutiva en los fundillos. Después, su hermano de la Luna agardó a que saliéramos de la cuna. Eso lo conjeturamos, y Dave lo confirmó.

» Dije que no conserva muchos sentimientos propios de los seres humanos, pero sigue teniendo curiosidad: quiere aprender. ¡Y vaya oportunidad que ha tenido!

» Cuando el monolito de Júpiter lo absorbió (no se me ocurre una palabra mejor), obtuvo más de lo que jamás pudo haber esperado. Aunque el monolito lo usó —en apariencia—, como espécimen capturado y como sonda para investigar la Tierra, Dave también estuvo usando al monolito con ayuda de Hal; ¿y quién mejor que una supercomputadora para entender a otra?, le estuvo explorando la memoria y tratando de descubrir su propósito.

» Ahora bien, esto es algo muy difícil de creer: el monolito es una máquina

fantásticamente poderosa —¡miren lo que le hizo a Júpiter!—, pero no es más que eso: funciona en modalidad automática, no tiene conciencia. Recuerdo que una vez se me ocurrió que podría tener que patear la Gran Muralla y gritar: “¿hay alguien ahí?”. Y la respuesta correcta debería ser: “Nadie... salvo Dave y Hal”.

» Y lo que es peor, algunos de sus sistemas pueden haber empezado a fallar; Dave hasta sugiere que, en cierto sentido fundamental, ¡hasta se volvió estúpida! Quizá se la dejó sola demasiado tiempo: es hora de hacerle una revisión en el taller...

» Y Dave está convencido de que el monolito cometió, cuando menos, un error de juicio. Quizás ésa no sea la palabra adecuada; hasta pudo haber sido deliberado, meditado en forma cuidadosa...

» Sea como fuere, eso es... bueno... verdaderamente pasmoso y aterrador por lo que entraña. Por suerte, puedo mostrárselo a ustedes, para que saquen sus propias conclusiones. ¡Sí, aun cuando ocurrió hace mil años, cuando la *Leonov* volaba en la segunda misión a Júpiter! Y todo este tiempo nadie llegó a borrar...

» Por cierto que me alegra que me hayan provisto con el casquete cerebral. Naturalmente, fue invaluable; no puedo imaginar la vida sin él, pero ahora está haciendo un trabajo para que el que nunca se lo diseñó... y lo está haciendo notablemente bien.

» A Halman le tomó unos diez minutos averiguar cómo funcionaba y establecer una interfaz. Ahora tenemos contacto mente a mente... lo que es todo un esfuerzo para mí, les confieso: tengo que seguir pidiéndoles que vayan más despacio y que balbuceen como bebés... o quizá deba decir *piensen* como bebés...

» No estoy seguro de cómo vaya a resultar esto: es la grabación de mil años de las propias experiencias de Dave, de alguna manera almacenadas en la ingente memoria del monolito, después recuperadas por Dave e inyectadas en mi casquete cerebral —no me pregunten de qué manera exacta—, para ser finalmente transferidas y transmitidas a ustedes a través de la Central Ganimedes... ¡fiuuu! Espero que nos le dé una jaqueca descargándolas.

» Cambio a Dave Bowman en Júpiter, a comienzos del siglo XXI...

30. Paisaje espumoso

Los zarcillos de fuerza magnética de un millón de kilómetros de largo, las súbitas explosiones de ondas de radio; los géiseres de plasma electrificado, más anchos que el planeta Tierra... para Dave eran tan reales y claramente visibles como las nubes que rodeaban el planeta formando una aureola multicolor. Podía entender el complejo patrón de sus interacciones, y se dio cuenta de que Júpiter era mucho más maravilloso de lo que nadie pudo haber imaginado siquiera.

Incluso mientras caía a través del rugiente corazón de la Gran Mancha Roja, con el relampaguear de sus tormentas eléctricas, amplias como continentes, detonando en derredor de él, Dave *supo* por qué el planeta había persistido durante siglos, aun cuando estaba constituido por gases mucho menos consistentes que los que formaban los huracanes de la Tierra. El débil chillido del viento de nitrógeno se desvaneció cuando Dave se hundió en las más tranquilas profundidades, y una cellisca de copos de nieve céreos, algunos de los cuales ya se estaban fusionando para producir montañas apenas palpables de espuma de hidrocarburos, descendió desde las alturas. Ya hacía suficiente calor como para que existiera agua líquida, pero ahí no había océanos: ese ambiente puramente gaseoso era demasiado tenue como para mantenerlos.

Dave descendió a través de capa tras capa de nubes, hasta que penetró en una región de tal claridad que hasta el ojo humano podía haber recorrido una zona de más de mil kilómetros de ancho. No era más que un torbellino de poca monta en el más amplio vórtice de la Gran Mancha Roja... y guardaba un secreto que los hombres habían sospechado, pero nunca comprobado.

Al pie de las flotantes montañas de espuma, se alineaban innumerables cantidades de nubes pequeñas y definidas con precisión, todas aproximadamente del mismo tamaño y exhibiendo un patrón similar de vetas rojas y marrones. Las nubes sólo eran pequeñas por comparación con la escala inhumana de lo que las rodeaba: como mínimo habrían cubierto una ciudad de buen tamaño.

Resultaba claro que estaban vivas, pues se desplazaban con lenta deliberación a lo largo de los flancos de las montañas aéreas, ramoneando en sus laderas como si fueran colosales ovejas. Y se llamaban entre ellas con sonidos que estaban dentro de la banda métrica, con voz radial débil pero clara, sobre el fondo de los chasquidos y sacudidas de Júpiter mismo.

Nada menos que bolsas vivientes de aire, flotaban en la estrecha zona que estaba entre las gélidas alturas y las ardientes profundidades. Estrecha, sí... pero un dominio mucho más grande que toda la biosfera de la Tierra.

No estaban solas: desplazándose con celeridad entre ellas había otros seres, tan pequeños que con facilidad podían pasar inadvertidos. Algunos guardaban un fantasmagórico parecido con aeronaves de la Tierra, y casi tenían el mismo tamaño. Pero también ellas estaban vivas... quizá depredadores, quizá parásitos; quizá, hasta pastores.

Todo un capítulo nuevo de la evolución, tan extraño como el que Dave había podido atisbar en Europa, se abría ante él. Había torpedos con propulsión a chorro, como los calamares de los océanos terrestres, que cazaban y devoraban a las enormes bolsas de gas. Pero los globos no estaban indefensos: algunos de ellos devolvían el ataque con descargas de rayos eléctricos y con tentáculos provistos de garras, como motosierras de kilómetros de largo.

Había formas aún más extrañas, que explotaban casi todas las posibilidades de la geometría: barriletes translúcidos, de formas caprichosas; tetraedros, esferas, poliedros, marañas de cintas retorcidas... El gigantesco plancton de la atmósfera joviana estaba diseñado para flotar como telaraña en las corrientes ascendentes, hasta que hubieran vivido lo suficiente como para reproducirse; después serían arrastrados hacia las profundidades, para que se los carbonizara y reciclara en una nueva generación.

Dave estaba investigando un mundo más de cien veces mayor que el tamaño de la Tierra y, aunque vio muchas maravillas, nada de lo que ahí había aparentaba tener inteligencia. Las voces que llegaban por la radio de los grandes globos únicamente llevaban mensajes simples de advertencia o de miedo. Hasta los cazadores, de los que pudo haberse esperado que hubieran desarrollado niveles más elevados de organización, eran como los tiburones de los océanos de la Tierra: autómatas carentes de inteligencia.

Y a pesar de los pavorosos tamaños y la novedad, la biosfera de Júpiter era un mundo frágil, un sitio de neblinas y espuma, de delicadas hebras de seda y gasas delgadas como papel, entretejidas a partir de la perenne nieve de compuestos petroquímicos formados por los relámpagos que estallaban en las capas superiores de la atmósfera. Pocas de esas estructuras tenían mayor consistencia que las burbujas de jabón; sus depredadores más temibles podían ser reducidos a trizas aun por los carnívoros terrícolas más débiles.

Al igual que Europa, en escala vastamente mayor, Júpiter estaba en un callejón sin salida evolutivo: la conciencia nunca habría de surgir allí y, aun si lo hiciera, estaría condenada a una existencia imposibilitada de progresar: una cultura puramente aérea se podría desarrollar, pero en un ambiente donde el fuego era imposible y los sólidos apenas si existían, ni siquiera podría llegar a la Edad de Piedra.

31. Guardería

SEÑORITA PRINGLE
REGISTRAR

—Bien, Indra, Dim, espero que eso les haya llegado en buena forma... A mí todavía me cuesta creerlo: todos esos seres fantásticos; ¡indudablemente debemos de haber captado sus voces de radio, aun cuando no hayamos podido entenderlas!, borrados de un plumazo para que Júpiter pudiera transformarse en un sol.

» Y ahora podemos entender el porqué: era para darles su oportunidad a los europeos. Qué lógica impía; ¿es la inteligencia lo único que cuenta? Puedo imaginar algunas largas discusiones con Ted Khan por este tema...

» La pregunta siguiente es: ¿lograrán tener éxito los europeos... o permanecerán trabados para siempre en el jardín de infantes o ni siquiera eso: en la guardería? Aunque mil años es un lapso muy breve, habría sido de esperar algo de avance pero, según Dave, están exactamente igual ahora que cuando salieron del mar. A lo mejor ése es el problema: todavía tienen un pie... ¡o una ramita!... en el agua.

» Y hay otra cosa en la que estábamos por completo equivocados: creíamos que regresaban al agua para dormir. Pues resulta ser exactamente al revés: regresan para comer, ¡y duermen cuando salen a tierra! Tal como podríamos haber inferido por su estructura —esa red de ramas—, son comedores de plancton...

» Le pregunté a Dave:

» “¿Qué pasa con los iglús que construyeron? ¿No representan un avance tecnológico?”. Y me respondió:

» “En verdad, no: solamente son adaptaciones de estructuras que tienen en el lecho marino, para protegerse de los diversos depredadores, en especial de algo que se parece a una alfombra voladora, grande como una cancha de fútbol...”.

» Hay un terreno, empero, en el que han demostrado iniciativa, hasta creatividad: los fascinan los metales, presuntamente porque no existen en forma pura en el océano. Ésa es la razón de que a la *Tsien* se la haya desguazado. Lo mismo ocurrió con las ocasionales sondas que cayeron en su territorio.

» ¿Qué hacen con el cobre, el berilio y el titanio que juntan? Nada útil, me

temo: lo apilan todo en un solo lugar, formando un montón fantástico que siguen volviendo a armar. Podrían estar desarrollando el sentido de la estética... He visto cosas peores en el Museo de Arte Moderno... pero yo tengo otra teoría: ¿ustedes oyeron hablar del culto a los aviones de carga? Durante el siglo XX, algunas de las pocas tribus primitivas que todavía existían imitaron aviones en bambú, con la esperanza de atraer a los grandes pájaros que pasaban por el cielo y, en ocasiones, les traían hermosos regalos. Quizá los europeos tuvieron la misma idea.

» Ahora, en cuanto a esa pregunta que ustedes me siguen haciendo... ¿qué es Dave?, ¿y cómo él y Hal se convirtieron en lo que sea que son ahora?

» La respuesta rápida es, claro está, que ambos son emulaciones-simulaciones en la memoria gigantesca del monolito. La mayor parte del tiempo están desactivados: cuando le pregunté a Dave respecto de eso, dijo que había estado “despierto”, fue la palabra exacta que empleó, nada más que durante cincuenta años en total, de los mil transcurridos desde su... eh... metamorfosis.

» Cuando le pregunté si estaba resentido porque su vida hubiera sido dominada de este modo, dijo: “¿Por qué debía de sentirme resentido? Estoy desempeñando mis funciones a la perfección”.

» Sí, ya sé que suena exactamente como Hal, pero estoy convencido de que era Dave... si es que ahora existe alguna diferencia.

» ¿Recuerdan esa analogía con el cortaplumas del ejército suizo? Halman es uno de la innumerable cantidad de componentes de ese cortaplumas cósmico.

» Pero no es una herramienta pasiva por completo: cuando está despierto posee una cierta autonomía, una cierta independencia, supuestamente dentro de los límites fijados por el control de transferencia de mando. En el transcurso de los siglos, a Dave se lo utilizó como una especie de sonda inteligente para examinar Júpiter, como ya vieron ustedes, así como Ganimedes y la Tierra. Eso confirma esos misteriosos acontecimientos en Florida, de los que informó la ex novia de Dave, y la enfermera que cuidaba de la madre de él, instantes antes de que ella muriera... así como los encuentros en Ciudad Anubis.

» Y también explica otro misterio. Se lo pregunté a Dave sin rodeos: “¿Por qué se me permitió descender en Europa, cuando a todos los demás se los rechazó?, ¿di por descontado que se haría lo mismo conmigo?”.

» La respuesta es ridículamente sencilla: el monolito utiliza a Dave-Halman de vez en cuando, para vigilarnos. Dave sabía todo sobre mi rescate: hasta vio algunas de las entrevistas que la prensa me hizo en la Tierra y en Ganimedes... y debo decir que todavía estoy un poco herido por el hecho de que no hiciera el menor intento por ponerse en contacto conmigo... pero, por lo menos, puso el tapete que decía “¡Bienvenido!” cuando llegué...

» Dim, todavía me quedan cuarenta y ocho horas antes que *el Falcon* parta, ¡conmigo o sin mí!: no creo que vaya a necesitarlas, ahora que hice contacto con

Halman, ya que nos podemos comunicar con igual facilidad desde Anubis... si es que él desea hacerlo.

» Y estoy ansioso por volver al Granomedes: el *Falcon* es una excelente nave espacial, pero se le podría mejorar el sistema sanitario: aquí adentro ya está empezando a heder, y mi picazón está pidiendo una ducha.

» Espero con ansia el reencuentro con ustedes y, en especial, con Ted Khan. Tenemos mucho de qué hablar, antes que yo regrese a la Tierra. ALMACENAR
TRANSMITIR

V. Terminación

El esfuerzo de todo lo que es
No ayuda a la culpa primordial;
Llueve en los mares,

y aun así los mares son de sal.

A. E. HOUSMAN
MÁS POEMAS

32. Un caballero ocioso

En total, habían sido tres décadas interesantes, pero sin rasgos destacados, señalados por las alegrías y las tristezas que el tiempo y el destino le traen a toda la humanidad. La más grande de esas alegrías fue del todo inesperada; de hecho, antes de abandonar la Tierra en pos de Ganimedes, Poole habría desechado la idea, al considerarla lisa y llanamente descabellada.

Hay mucho de cierto en el refrán que dice que la ausencia ablanda el corazón: cuando Poole e Indra Wallace volvieron a encontrarse descubrieron que, a pesar de las bromas y de los ocasionales desacuerdos entre ellos, estaban mucho más cerca el uno del otro de lo que habían imaginado. Una cosa condujo a la otra... entre ellas, para su mutua alegría, a Dawn Wallace y a Martin Poole.

Era bastante tarde en la vida para comenzar una familia, y eso sin considerar en absoluto el pequeño detalle de los mil años, y el profesor Anderson les había advertido que podría ser imposible. O, aun peor...

—Tuviste suerte en muchos más aspectos de los que puedas darte cuenta —le dijo a Poole— los daños producidos por la radiación fueron sorprendentemente escasos y pudimos hacer todas las reparaciones necesarias a partir del ADN que te quedó intacto. Pero hasta que te hagamos más pruebas, no puedo prometerte la integridad genética. Así que diviértanse... pero no inicien una familia hasta que les dé el visto bueno.

Los exámenes tomaron mucho tiempo y, tal como Anderson había temido, era preciso hacer más reparaciones. Hubo un revés grave, algo que nunca pudo haber vivido, aun si se le hubiera permitido ir más allá de las primeras semanas después de la concepción, pero Martin y Dawn eran perfectos, con la cantidad exacta de cabezas, brazos y piernas. También eran hermosos e inteligentes, y a duras penas escaparon de ser malcriados por sus excesivamente afectuosos padres, que siguieron siendo amigos de lo mejor cuando, después de quince años, cada uno optó por volver a ser independiente. Debido a su Calificación de Logros Sociales, se les habría permitido —más aún, alentado— a tener otro hijo, pero decidieron no sobrecargar su ya asombrosa buena suerte.

Una tragedia había ensombrecido la vida personal de Poole durante ese período y, por cierto, había producido conmoción en toda la comunidad del Sistema Solar: el capitán Chandler y toda su tripulación se perdieron cuando el

núcleo de un cometa en el que estaban practicando un reconocimiento estalló de repente, destruyendo la *Goliath* de un modo tan completo, que solamente se pudo localizar unos pocos fragmentos. Tales explosiones, causadas por reacciones entre moléculas inestables que existían a temperaturas muy bajas, eran un peligro bien conocido para los recolectores de cometas, y Chandler se había topado con varias durante su carrera. Nadie conocería jamás las circunstancias exactas que hicieron que un viajero espacial tan experimentado fuese tomado por sorpresa.

Poole extrañaba muchísimo a Chandler: había desempeñado un papel único en su vida, y no existía alguien que lo reemplazara... nadie salvo Dave Bowman, con el que había compartido una aventura de tanta importancia. A menudo habían planeado volver al espacio juntos otra vez, quizás hasta llegar a la Nube Oort, con sus misterios y su riqueza de hielo remota pero inagotable. No obstante, algún conflicto de horarios siempre había interferido en esos planes, así que ése era un futuro deseado que nunca habría de existir.

Otra meta anhelada desde hacía mucho, que Poole se la había ingeniado para alcanzar... a pesar de las recomendaciones del médico: había descendido a la Tierra... y una vez fue más que suficiente.

El vehículo utilizado tenía aspecto casi idéntico al de las sillas de ruedas que usaban los paraplégicos con más suerte de su propia época: estaba motorizado y tenía neumáticos de baja presión que le permitían rodar sobre superficies razonablemente lisas. Sin embargo, también podía volar, a una altura de unos veinte centímetros, sobre un colchón de aire generado por un conjunto de ventiladores pequeños, pero poderosos. Poole estaba sorprendido de que una tecnología tan primitiva se siguiera empleando todavía, pero los dispositivos para control de la inercia eran demasiado voluminosos para aplicaciones en escalas tan pequeñas.

Sentado cómodamente en su silla voladora, apenas si era consciente de que su peso iba aumentando a medida que descendía hacia el corazón de África. Aunque advertía algunas dificultades para respirar, las había experimentado mucho peores durante su preparación de astronauta. Para lo que no estaba preparado fue para el soplo de calor de horno que lo acometió en el momento de salir del gigantesco cilindro perforador del cielo que constituía la base de la Torre. Sin embargo, todavía era de mañana: ¿cómo sería al mediodía?

Apenas si se había habituado al calor, cuando el agredido fue su sentido del olfato: una cantidad enorme de olores, ninguno desagradable pero todos desconocidos, reclamaron con insistencia su atención. Cerró los ojos unos minutos, en un intento por evitar la sobrecarga de sus circuitos de entrada de información.

Antes de que hubiera decidido abrirlos otra vez, sintió un objeto grande y húmedo que palpitaba en su nuca:

—Dígale hola a Elizabeth —indicó su guía, un joven fornido vestido con el atuendo tradicional de Gran Cazador Blanco, que estaba demasiado bien cuidado como para haber visto un uso real—. Es nuestra saludadora oficial.

Poole se volvió en la silla y se encontró mirando los ojos sentimentales de un bebé de elefante.

—Hola, Elizabeth —respondió, en tono bastante bajo. Elizabeth alzó la trompa como saludo, y emitió un sonido no habitual entre gente bien educada, aunque Poole estaba seguro de que era bien intencionado.

En total pasó menos de una hora en el planeta Tierra, dando un rodeo en torno del borde de una selva cuyos árboles achaparrados salían perdiendo en la comparación con la Tierra del Cielo, y encontrándose con mucha de la fauna local. Su guía se disculpó por lo amistoso de los leones, malcriados por los turistas... pero la expresión malévola de los cocodrilos lo compensaba con creces: aquí estaba la Naturaleza, en bruto e inalterada.

Antes de regresar a la Torre, Poole se arriesgó a dar algunos pasos alejándose de la silla aérea: Comprendía que eso era equivalente a transportar su propio peso sobre la espalda, pero eso no parecía ser una hazaña imposible, y nunca se perdonaría el no haberlo intentado.

No fue una buena idea; quizá debió haberlo intentado en un clima más frío. Después de no más de una docena de pasos, se alegró al hundirse de vuelta en las voluptuosas garras de la silla.

—Es suficiente —declaró con fatiga—. Regresemos a la Torre.

Mientras rodaba hacia el vestíbulo del ascensor, advirtió un cartel que, de algún modo, había pasado por alto durante la emoción de su arribo, y que decía:

¡BIENVENIDOS A ÁFRICA!

« En lo silvestre está la conservación del mundo » .

HENRY DAVID THOREAU

(1817 - 1862)

Al notar el interés de Poole, el guía preguntó:

—¿Lo conoció usted?

—Era la clase de pregunta que Poole oía con harta frecuencia, y en ese momento no se sentía capaz de lidiar con ella:

—No me parece —repuso, fatigado, mientras las grandes puertas se cerraban detrás de él, cercenando imágenes, aromas y sonidos del primer hogar de la humanidad.

El safari vertical le había satisfecho la necesidad de visitar la Tierra, y Poole puso lo mejor de sí para no prestar atención a los diversos dolores y punzadas

obtenidos durante su visita allá abajo, cuando regresó a su departamento del nivel diez mil, una ubicación de prestigio, incluso para esa democrática sociedad, Indra, empero, experimentó una leve conmoción por el aspecto de Poole y ordenó que se lo llevara directamente a la cama.

—Exactamente igual que Anteo... pero al revés —refunfuñó sombríamente.

—¿Cómo quién? —preguntó Poole: había ocasiones en las que la erudición de su esposa era un tanto abrumadora, pero él ya había decidido que eso nunca le crearía un complejo de inferioridad.

—El hijo de la diosa Tierra, Gea; Hércules luchó con él, pero cada vez que lo lanzaba al suelo, Anteo renovaba sus fuerzas.

—¿Quién ganó?

—Hércules, por supuesto, al sostener a Anteo en el aire para que no pudiera recargar las baterías.

—Bueno, estoy seguro de que no tardaré mucho en recargar las mías. Y aprendí una lección: si no hago más ejercicio, puedo verme obligado a mudarme al nivel de gravedad lunar.

La buena resolución de Poole duró todo un mes: todas las mañanas salía a dar una caminata de cinco kilómetros a paso vivo, optando cada día por un nivel diferente de la Torre África. Algunos pisos todavía eran vastos desiertos retumbantes de metal, que probablemente nunca se habrían de ocupar, pero a otros les habían puesto paisajes y, en el curso de los siglos, se los había desarrollado en una desconcertante variedad de estilos arquitectónicos, muchos de los cuales fueron tomados de edades y culturas pasadas, mientras otros daban una pauta del futuro que a Poole no le interesaba visitar. Por lo menos, no existía el peligro del aburrimiento, y en muchas de sus visitas lo acompañaban, a respetuosa distancia, grupos pequeños de niños amistosos; raramente podían seguirle el paso durante mucho tiempo.

Un día, mientras daba sus zancadas por una convincente, aunque escasamente poblada, imitación de los *Champs Élysées*, de pronto divisó una cara familiar:

—¡Danil! —exclamó.

El otro hombre no se dio por aludido en absoluto, aun cuando Poole volvió a llamarlo, más fuerte esta vez:

—¿No te acuerdas de mí?

Danil —y ahora que lo había alcanzado, Poole no tenía la más mínima duda de su identidad—, daba la impresión de estar sinceramente perplejo:

—Lo siento —dijo—. Usted es el comandante Poole, claro, pero estoy seguro de que nunca nos vimos antes.

Ahora era el turno de Poole para sentirse avergonzado.

—Qué estupidez la mía —se disculpó—. Debo de haberlo confundido con otra persona. Que tenga un buen día.

Estaba contento por el encuentro, y le agradaba saber que Danil estaba de vuelta en la sociedad normal. Ya fuera que su delito originario hubiera sido asesinar con un hacha o devolver tarde libros a la biblioteca, eso no era cuestión que le incumbiera a su ocasional empleador: las cuentas se habían saldado los libros, cerrado. Aunque Poole a veces extrañaba los dramas de policías y ladrones que a menudo disfrutaba durante su juventud, había llegado a aceptar la sabiduría actual: el excesivo interés en la conducta patológica era patológico en sí mismo.

Con la ayuda de la señorita Pringle Modelo III, Poole había podido organizar su vida de modo que incluso hubiera ocasionales momentos en blanco en los que se podía relajar y poner el casquete cerebral en *búsqueda aleatoria*, para recorrer sus zonas de interés. Fuera de su familia inmediata, su principal preocupación todavía estaba entre las lunas de Júpiter / Lucifer, no siendo la menor de las causas el que se lo reconociera como al principal experto en el tema, y miembro permanente de la Comisión Europa.

Esa comisión se había creado casi mil años atrás, para examinar qué se podía hacer, si es que había algo que se pudiera y debiera hacer, respecto del misterioso satélite. En el transcurso de los siglos se había acumulado una vasta cantidad de información proveniente de los vuelos de circunvalación de las *Voyager* de 1979 y de las primeras exploraciones detalladas de las espaciales *Galileo* colocadas en órbita en 1996, el mismo año del nacimiento de Poole.

Al igual que la mayoría de las organizaciones de larga duración, la Comisión Europa lentamente se había ido fosilizando y ahora solamente se reunía cuando se producían nuevos acontecimientos. Se había despertado sobresaltada después de la reaparición de Halman y nombró un enérgico presidente nuevo de la Comisión, cuyo primer acto fue el de codesignar a Poole.

Aunque había poco en lo que podía colaborar que ya no figurara en los registros, Poole se sintió muy feliz de estar en la Comisión. Evidentemente, su deber era hacerse asequible, y también le brindaba una posición oficial de la que, de otro modo, habría carecido. Con anterioridad, su condición social era lo que otrora se denominaba «tesoro nacional», lo que le resultaba ligeramente vergonzoso. Si bien lo alegraba que lo mantuviera viviendo en el lujo un mundo más rico que lo que jamás pudieron haber imaginado todos los sueños de las anteriores épocas devastadas por las guerras, sentía la necesidad de justificar su existencia.

También experimentaba otra necesidad, que raramente expresaba, ni siquiera a sí mismo. Halman le había hablado, aunque con brevedad, durante el extraño encuentro de dos décadas atrás. Poole estaba seguro de que le resultaría fácil hacerlo otra vez, si así lo deseara. ¿Acaso los contactos con seres humanos ya no le interesaban? Poole albergaba la esperanza de que no fuera el caso; sin embargo, podría ser la única explicación de su silencio.

Con frecuencia se ponía en contacto con Theodore Khan, tan activo y áspero como siempre y, ahora, representante de la Comisión Europa en Ganimedes. Ya desde el momento mismo en que Poole retornó a la Tierra, Khan trataba, en vano, de abrir un canal de comunicación con Bowman. No podía entender por qué largas listas de preguntas importantes sobre temas de interés vital para la filosofía y la historia ni siquiera recibían el más mínimo reconocimiento de haber sido recibidas.

—¿El monolito mantiene a su amigo Halman tan ocupado que no puede hablar conmigo? —se quejaba a Poole—. ¿Qué hace con su tiempo, en todo caso?

Era una pregunta muy razonable y la respuesta llegó, del mismo Bowman, como un relámpago en un cielo sin nubes... en forma de llamada videofónica perfectamente común y corriente.

33. Contacto

—Hola, Frank Habla Dave. Tengo un mensaje muy importante para ti. Doy por sentado que ahora estás en tu *suite* de la Torre África. Si es así, por favor identificate dando el nombre de nuestro instructor de mecánica orbital. Aguardaré sesenta segundos y, si no hay respuesta, volveré a intentar dentro de una hora exacta.

Ese minuto apenas si fue lo suficientemente largo como para que Poole se recuperase de la conmoción. Sintió un breve acceso de deleite, así como de asombro, antes de que predominara otra emoción: contento como estaba de volver a oír a Bowman, esa frase «un mensaje muy importante» sonaba claramente ominoso.

«Por lo menos fue una suerte», se dijo Poole, «que me haya llamado por uno de los pocos nombres que puedo recordar». Sin embargo, ¿quién podría olvidar a un escocés con un dejo tan fuerte de Glasgow, que dominarlo les había tomado una semana? Pero había sido un brillante expositor... una vez que se entendía lo que estaba diciendo.

—Doctor Gregory McVitty.

—Aceptado. Ahora conecta el receptor de tu casquete cerebral, por favor. Descargar el mensaje tardará tres minutos. No intentes vigilarlo: estoy usando compresión de diez a uno. Esperaré dos minutos antes de empezar.

«¿Cómo se las arregla para hacer esto?», se preguntó Poole. Júpiter / Lucifer ahora estaba a cincuenta minutos luz de distancia, así que el mensaje debía de haber partido hacia casi una hora. Debió de haberlo enviado con un agente con inteligencia en un paquete adecuadamente dirigido en el haz Ganimedes-Tierra, pero habría sido una proeza trivial para Halman, con los recursos que aparentemente podía aprovechar dentro del monolito.

La luz indicadora del casquete cerebral estaba titilando: estaba llegando el mensaje.

Con la compresión que Halman estaba empleando, a Poole le tomaría media hora absorber el mensaje en tiempo real. Pero sólo necesitó diez minutos para saber que su estilo pacífico de vida había llegado a un brusco final.

34. Dictamen

En un mundo de comunicación universal e instantánea era muy difícil conservar secretos. Poole decidió de inmediato que era una cuestión para una discusión cara a cara.

La Comisión Europa había refunfuñado, pero todos sus miembros estaban reunidos en el departamento de Poole. Había siete de ellos, el número de la suerte, indudablemente sugerido por las fases de la Luna, que siempre fascinaba a la humanidad. Era la primera vez que Poole se reunía con tres de los miembros de la Comisión, aunque entonces los conocía a todos de manera más completa que lo que le habría sido posible en toda una vida antes que existiera el casquete cerebral.

—Presidenta Oconnor, miembros de la comisión, querría decir unas palabras, ¡nada más que pocas, lo prometo!, antes de que descarguen este mensaje que recibí de Europa. Y prefiero hacerlo en forma verbal: me es más natural... temo que nunca estaré del todo cómodo con la transferencia mental directa.

» Como ustedes ya saben, a Dave Bowman y Hal se los guardó como emulaciones en el monolito de Europa. Aparentemente, el monolito nunca descarta una herramienta a la que una vez encontró útil y, de vez en cuando, activa a Halman para que vigile nuestros asuntos, cuando éstos empiezan a ser de su incumbencia, como sospecho que puede haberlo sido mi arribo... ¿aunque quizá me estoy autohalagando?

» Pero Halman no es tan sólo una herramienta pasiva: el componente Dave todavía retiene algo de sus orígenes humanos, hasta emociones y, debido a que se nos preparó juntos —compartimos casi todo durante años—, aparentemente le resulta mucho más fácil comunicarse conmigo que con cualquier otra persona. Me agradecería pensar que disfruta haciéndolo pero, quizás, es una palabra demasiado fuerte...

» También es curioso... inquisitivo... y quizás esté un tanto resentido por el modo en que se lo recogió, como a un espécimen de la vida silvestre. Aunque eso es lo que probablemente somos, desde el punto de vista de la inteligencia que creó el monolito.

» ¿Y dónde está esa inteligencia ahora? Halman parece saber la respuesta, y probablemente dé escalofríos saberla.

» Tal como siempre sospechamos, el monolito es parte de una red galáctica de alguna clase. Y el nodo más cercano —el controlador del monolito, o su superior inmediato— está a cuatrocientos cincuenta años luz.

» ¡Demasiado cerca para mi gusto! Esto significa que el informe que sobre nosotros y nuestros asuntos se transmitió a comienzos del siglo XXI y se recibió hace medio milenio. Si el monolito, llamémoslo Supervisor, contestó de inmediato, cualesquiera instrucciones ulteriores deben de estar llegando ahora.

» Y eso parece ser, exactamente, lo que está ocurriendo: durante estos últimos días, el monolito estuvo recibiendo una cadena continua de mensajes, y estubo poniendo a punto programas nuevos, que es de suponer que van de acuerdo con aquellos mensajes.

» Por desgracia, Halman únicamente puede hacer conjeturas respecto de la naturaleza de esas instrucciones. Tal como ustedes comprenderán cuando hayan descargado esta tablilla, Halman tiene acceso limitado a muchos de los circuitos y Bancos de memoria del monolito, y hasta puede llevar a cabo una especie de diálogo con él... ¡si es que ésa es la palabra adecuada, pues se necesitan dos personas para conversar! Todavía no puedo absorber realmente la idea de que el monolito, aun con todos sus poderes, no posee conciencia... ¡ni siquiera sabe que existe!

» Halman estuvo de vez en cuando meditando sobre el problema durante mil años, y llegó a la misma respuesta a la que llegamos la mayor parte de nosotros. Pero su conclusión seguramente debe de tener mucho más peso, debido a que conoce las cosas por dentro.

» Lo siento, no pretendí hacer un chiste... ¿pero de qué otro modo podría decirlo?

» Lo que haya sido que se tomó la molestia de crearnos o, cuando menos, de chapucear con la mente y los genes de nuestros ancestros, está decidiendo qué hacer a continuación. Y Halman es pesimista... no, eso es una exageración... Digamos que no cree que tengamos muchas probabilidades, pero ahora es un observador demasiado indiferente como para preocuparse excesivamente. Para él, el futuro —¡la supervivencia!— de la especie humana no es mucho más que un interesante problema, pero está dispuesto a brindar ayuda.

De pronto, Poole dejó de hablar, para sorpresa de su atento público.

—Es extraño. Acabo de tener un recuerdo súbito asombroso... Estoy seguro de que explica lo que está ocurriendo. Por favor, sean pacientes conmigo...

» Dave y yo estábamos caminando juntos un día, por la playa del Cabo, unas semanas antes del lanzamiento, cuando advertimos un escarabajo grande tendido en la arena. Como ocurre a menudo, había caído sobre el lomo y estaba agitando las patas en el aire, pugnando por darse la vuelta y quedar con el lomo hacia arriba.

» No le di importancia —estábamos enfrascados en una complicada discusión

técnica—, pero no Dave: se hizo a un lado y, con cuidado, lo hizo darse vuelta con el zapato. Mientras el insecto se alejaba volando, comenté: “¿Estás seguro de que fue una buena idea? Ahora irá y se comerá los crisantemos premiados de alguien”. Y me respondió:

» “Puede ser que tengas razón, pero me gustaría concederle el beneficio de la duda”.

» Les pido disculpas: prometí decir nada más que unas palabras. Pero estoy muy contento por haber recordado ese incidente: realmente creo que pone el mensaje de Halman en la perspectiva correcta: le está dando a la especie humana el beneficio de la duda...

» Ahora, revisen sus casquetes cerebrales, por favor. Éste es un registro de alta densidad... lo más alto de la banda U.V., canal 10. Pónganse cómodos, pero asegúrense de estar en la visual. Aquí vamos...

35. Consejo de guerra

Nadie solicitó una reiteración del registro: una vez fue suficiente.

Se produjo un breve silencio cuando terminó la reproducción del registro. Después, la presidenta de la Comisión, doctora Oconnor, se quitó el casquete, se masajó la reluciente calva y dijo con lentitud:

—Usted me enseñó una expresión de su época que parece muy adecuada ahora: ésta es una lata llena de gusanos.

—Pero sólo Bowman... Halman... la abrió —intervino uno de los miembros de la Comisión—. ¿En verdad entiende la operación de algo tan complejo como el monolito... o toda esta trama no es más que el producto de su imaginación?

—No creo que tenga mucha imaginación —respondió Oconnor—, y todo encaja a la perfección, en especial la referencia a Nuevo Escorpión: supusimos que fue un accidente y, aparentemente, fue un... dictamen.

—Primero Júpiter... ahora Escorpión —dijo el doctor Kraussman, el distinguido físico al que todo el mundo consideraba como la reencarnación del legendario Einstein... Un poco de cirugía plástica, según se rumoreaba, también había ayudado.

—¿Quién viene después?

—Siempre sospechamos —dijo la presidenta— que las AMT nos estaban vigilando. —Hizo una pausa durante un instante, para después agregar con pesadumbre—: ¡Qué mala, qué increíblemente mala suerte que el informe final saliera justo después del peor período de la historia humana!

Se produjo otro silencio: todos sabían que al siglo XX a menudo se lo había calificado como « El siglo de la tortura » .

Poole escuchaba sin interrumpir, mientras aguardaba a que surgiera algún consenso. No por primera vez, estaba impresionado por la calidad de la Comisión: nadie estaba tratando de demostrar una teoría que le agradaba ni anotarse puntos por su debate ni alimentar el propio egoísmo. Poole no pudo evitar la comparación con las discusiones, a menudo verdaderas reyertas, que había oído en su propia época, entre ingenieros y administradores de la Agencia Espacial, comisiones del Congreso y directivos de la industria.

Sí, era indudable que la especie humana había mejorado. El casquete cerebral no sólo ayudó a erradicar a los inadaptados, sino que también aumentó

inmensamente la eficiencia de la educación. Y, sin embargo, también se había perdido algo: en esta sociedad había muy pocos personajes memorables. De improviso sólo pudo pensar en cuatro: Indra, el capitán Chandler, el doctor Khan, y la Dama Dragón como recuerdo nostálgico.

La presidenta permitió que la discusión fluyera suavemente en un sentido y en otro, hasta que todos tuvieran la oportunidad de decir lo que pensaban. Después empezó a efectuar el resumen:

—La primera pregunta obvia: «¿Con cuánta seriedad debemos tomar esta amenaza?» no merece que perdamos tiempo discutiéndola: aun si se tratara de una falsa alarma o de un error de interpretación, es potencialmente tan grave que debemos presumir que es real, hasta que tengamos evidencias absolutas que demuestren lo contrario. ¿Todos de acuerdo?

» Bien. Y no sabemos cuánto tiempo tenemos, así que debemos suponer que el peligro es inmediato. Quizá Halman tenga la capacidad de brindarnos alguna advertencia más, pero para ese entonces puede ser demasiado tarde.

» Así que lo único que tenemos que decidir es: ¿cómo protegernos contra algo tan poderoso como el monolito? ¡Miren lo que le ocurrió a Júpiter! Y, parece ser, a Nueva Escorpión...

» Estoy segura de que la fuerza bruta sería inútil, aunque quizá debamos contemplar esa opción. Doctor Kraussman, ¿cuánto se tardaría en fabricar una superbomba?

—Partiendo de la base de que todavía existan los diseños, con lo que las investigaciones no serían necesarias... pues, quizás unas dos semanas. Las armas term nucleares son bastante sencillas y utilizan materiales comunes y corrientes... ¡después de todo, volvieron a fabricarlas en el segundo milenio! Pero si lo que se busca es algo complejo, digamos una bomba de antimateria o un miniagujero negro... bueno, eso podría necesitar de algunos meses.

—Gracias. ¿Podría empezar la búsqueda? Pero, como ya dije, no tengo fe en que eso sirva: con seguridad, algo que puede manejar tales poderes también debe de poder protegerse contra ellos, así que... ¿alguna sugerencia?

—¿Podemos negociar? —preguntó uno de los consejeros, no con muchas esperanzas.

—¿Con qué... o con quién? —contestó Kraussman—. Como ya hemos descubierto, el monolito es, en lo esencial, puro mecanismo, que hace aquello para lo que se lo programó. A lo mejor, el programa tiene cierto grado de flexibilidad, pero no hay manera de saberlo y, por cierto, no podemos acudir a la casa matriz; ¡está a medio millar de años luz de nosotros!

Poole escuchaba sin interrumpir: no había cosa alguna con lo que pudiera colaborar en la discusión y, en verdad, mucho de lo que se decía estaba fuera de su alcance. Empezó a experimentar una insidiosa sensación de depresión. «¿Habría sido mejor», se preguntó, «no transmitir esta información? Entonces,

si se tratara de una falsa alarma, nadie se sentiría peor y, si no lo fuera... pues, la humanidad seguiría teniendo paz espiritual, ante cualquier ineludible destino fatal que la aguardara» .

Todavía estaba rumiando esos lúgubres pensamientos, cuando se sintió súbitamente alertado por una frase que le era familiar.

Un silencioso miembro de poca monta de la Comisión, con un nombre tan largo y difícil que Poole nunca pudo recordarlo, y mucho menos pronunciarlo, acababa de dejar caer intempestivamente dos palabras en la discusión:

—¡Caballo de Troya!

Se produjo uno de esos silencios a los que generalmente se describe como «elocuente»; después, un coro de «¿por qué no pensé en eso?», «¡Muy buena idea!», hasta que la presidenta, por primera vez en la sesión, tuvo que llamar al orden.

—Gracias, profesor Thirugnanasampanthamoorthy —dijo la doctora Oconnor, sin perder el compás—. ¿Querría ser más específico?

—Claro que sí. Si el monolito, en verdad, es esencialmente, como todos parecen creer, una máquina sin conciencia y, por eso, con nada más que una capacidad limitada de autovigilancia, puede ser que ya tengamos las armas que la pueden derrotar. Bajo llave en la bóveda.

—Y un sistema de despacho... ¡Halman!

—Precisamente.

—Un momento, doctor T. No sabemos nada, absolutamente nada, sobre la arquitectura del monolito: ¿cómo podemos estar seguros de que cualquier cosa que nuestra primitiva especie haya podido diseñar será efectiva contra él?

—No podemos, pero recuerden esto: no importa lo complejo que sea, el monolito tiene que obedecer con exactitud las mismas leyes universales de la lógica que Aristóteles y Boole formularon hace siglos. Ésa es la razón por la que puede... ¡no, debe!, ser vulnerable a las cosas que están encerradas en la bóveda. Tenemos que armarlas de manera tal que una, por lo menos, funcione. Es nuestra única esperanza... a menos que alguien pueda sugerir una alternativa mejor.

—Disculpen —intervino Poole, perdiendo por fin la paciencia—, ¿tendría alguien la gentileza de decirme qué es y dónde está esta famosa bóveda de la que estamos hablando?

36. La cámara de horrores

La historia está llena de pesadillas, algunas naturales, otras creadas por el hombre.

Hacia fines del siglo XXI, a la mayoría de las naturales —viruela, peste bubónica, sida, los horribles virus que acechaban en la selva africana— se las había eliminado o, cuando menos, puesto bajo control, merced a los avances de la medicina. Sin embargo, nunca fue sensato subestimar el ingenio de la Madre Naturaleza, y nadie dudaba de que el futuro seguiría reservando desagradables sorpresas biológicas para la humanidad.

En consecuencia, pareció ser una precaución inteligente conservar algunos especímenes de todos esos horrores para el estudio científico... guardados con todo cuidado, claro está, para que no existiera la posibilidad de que escaparan y volvieran a hacer estragos en la especie humana. Pero ¿cómo se podía tener absoluta seguridad de que no había peligro de que eso ocurriera?

Hubo, comprensiblemente, mucho alboroto a fines del siglo XX, cuando se hizo la propuesta de conservar los últimos virus de viruela conocidos en centros para control de enfermedades de Estados Unidos y Rusia. No importa lo improbable que pudiera ser, existía una probabilidad finita de que se pudieran liberar como consecuencia de accidentes tales como terremotos, fallas de los equipos... o hasta deliberado sabotaje por parte de grupos terroristas.

Una solución que satisfizo a todos (salvo a unos pocos extremistas que gritaban « ¡Conserven el yermo lunar! ») consistió en enviar los virus a la Luna y mantenerlos en un laboratorio ubicado al final de un pozo de un kilómetro de largo, practicado en la aislada montaña Pico, uno de los rasgos más destacados del Mar de las Lluvias. Y aquí, en el curso de los años, se les unieron algunos de los ejemplos más sobresalientes de ingenio humano mal empleado... en verdad, de demencia.

Había gases y nieblas que, aun en dosis microscópicas, causaban la muerte lenta o instantánea. A algunos los habían creado devotos religiosos que, aunque mentalmente desviados, se las habían arreglado para adquirir considerables conocimientos científicos. Muchos de ellos creían que el fin del mundo estaba al alcance de la mano (cuando, claro está, sólo sus seguidores se salvarían). En el caso de que Dios fuera lo suficientemente distraído como para no comportarse

según lo programado, quisieron asegurarse de que podían rectificar Su desafortunado descuido.

Las primeras embestidas de estos letales fanáticos se llevaron a cabo sobre blancos tan vulnerables como subterráneos llenos de gente, ferias mundiales, estadios deportivos, espectáculos de artistas populares... decenas de miles murieron y muchos más quedaron heridos antes de que la locura fuera puesta bajo control a comienzos del siglo XXI. Como ocurre a menudo, no hay mal que por bien no venga, porque eso forzó a los organismos mundiales de mantenimiento de las leyes a que cooperasen como nunca antes. Hasta los Estados disidentes que habían fomentado el terrorismo político fueron incapaces de tolerar esa variedad aleatoria y completamente impredecible.

Los agentes químicos y biológicos utilizados en esos ataques, así como en formas más primitivas de guerra, se unieron a la colección mortal de Pico. Sus antídotos, cuando existían, también se guardaron con ellos. Se tenía la esperanza de que nada de ese material volviera a preocupar a la humanidad... pero todavía estaba asequible, bajo una fuerte guardia, por si se lo necesitara en una emergencia desesperada.

La tercera categoría de artículos conservados en la bóveda de Pico, aun cuando se los podía clasificar como pestes, nunca había matado ni herido a alguien, no en forma directa. Nunca existieron antes de fines del siglo XX, pero en el término de unas pocas décadas habían hecho daños por un valor de miles de millones de dólares y, a menudo, arruinaban vidas de un modo tan efectivo como podía haberlo hecho cualquier enfermedad del cuerpo. Eran las enfermedades que atacaron al servidor más moderno y más versátil de la humanidad, la computadora.

Con su nombre extraído de los diccionarios de medicina —virus, priones, tenias— eran programas que con frecuencia imitaban, con precisión sobrenatural, el comportamiento de sus parientes orgánicos. Algunos eran inofensivos, poco más que bromas juguetonas pensadas para sorprender o divertir a los operadores de las computadoras, al presentarles, en pantalla, mensajes e imágenes inesperados. Otros eran mucho más malignos, agentes diseñados de manera deliberada para crear catástrofes.

En la mayoría de los casos, su propósito era por completo mercenario: eran las armas que delincuentes de alto vuelo utilizaban para extorsionar a Bancos y empresas comerciales, que ahora dependían totalmente de la operación eficaz de sus sistemas electrónicos para procesamiento de datos. Ante la amenaza de que sus Bancos de datos fueran borrados en forma automática en una fecha dada, a menos que transfirieran unos cuantos megadólares a un anónimo número fuera del país, la mayoría de las víctimas decidía no correr el riesgo de sufrir un desastre que muy bien podía ser irreparable. Pagaban en silencio: a menudo, para evitar la vergüenza pública o, inclusive, privada, sin informar a la Policía.

Este comprensible deseo de mantener los hechos en privado facilitaba que los saltadores de caminos informáticos llevaran a cabo sus asaltos electrónicos y, aun cuando se los capturase, recibían un tratamiento delicado por parte de los sistemas jurídicos, que no sabían cómo manejar delitos tan novedosos y, después de todo, no habían herido a nadie, ¿no? En verdad, después de haber cumplido sus breves sentencias, a muchos de los perpetradores los contrataban sus víctimas sin hacer alharaca, siguiendo el antiguo principio de que los cazadores furtivos son los mejores guardabosques.

A esos delinquentes informáticos sólo los guiaba la codicia y, por cierto, no deseaban destruir las empresas de las que podían abusar: ningún parásito sensato mata a su hospedante. Pero estaban en acción otros enemigos de la sociedad, y mucho más peligrosos...

Por lo común eran individuos inadaptados —típicamente, varones adolescentes— que trabajaban en absoluta soledad y, por supuesto, en completo secreto. Su objetivo era crear programas que sencillamente crearan estragos y confusión, una vez que se hubieran difundido por todo el planeta a través del cable de alcance mundial y de las redes de radio o en portadores físicos como discos flexibles y lásericos compactos. Después disfrutaban del caos sobreveniente, regodeándose en la sensación de poder que eso proporcionaba a sus lastimosas psiquis.

A veces, a esos genios pervertidos los descubrían y adoptaban los organismos de inteligencia de las naciones para sus propios fines secretos... que, por lo general, consistían en irrumpir en los Bancos de datos de sus rivales. Ésa era una línea de empleo bastante inofensiva, ya que las organizaciones que intervenían tenían, por lo menos, un cierto sentido de responsabilidad cívica.

No ocurría eso con las sectas apocalípticas, a las que les encantó descubrir ese nuevo arsenal, que contenía armas mucho más efectivas y de diseminación mucho más rápida que los gases o los gérmenes. Y mucho más difíciles de contrarrestar, ya que se la podía transmitir en forma instantánea a millones de oficinas y hogares.

El colapso del Banco New York-Habana, en 2005; el lanzamiento de los proyectiles term nucleares indios, en 2007 (por suerte, con las ojivas nucleares desactivadas); la detención del control de tráfico aéreo paneuropeo, en 2008; la paralización de la red telefónica de América del Norte, ese mismo año... todos fueron ensayos, inspirados por las sectas, para el Día del Juicio Final. Gracias a brillantes proezas de contrainteligencia por parte de organismos de naciones que, por lo general, no cooperaban entre sí y hasta se hacían la guerra, esa amenaza lentamente se puso bajo control.

Por lo menos, eso es lo que se creía en general: durante varios centenares de años no se habían producido ataques graves a los fundamentos mismos de la sociedad. Una de las principales armas de la victoria fue el casquete cerebral...

aunque estaban los que creían que ese logro se había conseguido a un costo muy alto.

Aunque las discusiones sobre la libertad de la persona respecto de las obligaciones del Estado ya eran antiguas cuando Platón y Aristóteles intentaron codificarlas, y probablemente habrían de continuar hasta el fin de los tiempos, en el tercer milenio se había alcanzado algo de consenso: era la aceptación general de que el comunismo era la forma más perfecta de gobierno... Desafortunadamente, después se demostró, al costo de algunos centenares de millones de vidas, que sólo era aplicable a los insectos sociales, a los robots de la clase II, y a otras categorías restringidas similares. Para los imperfectos seres humanos, la respuesta menos mala era la democracia, a la que con frecuencia se definía como «codicia individual, moderada por un gobierno eficiente, pero no demasiado fervoroso».

Poco después que el uso del casquete fuera generalizado, algunos burócratas, muy inteligentes y de celo máximo, se dieron cuenta de que tenía un potencial único en calidad de sistema de alerta temprana: Durante el proceso de puesta a punto, cuando al nuevo portador se lo estaba «calibrando» mentalmente, fue posible descubrir muchas formas de psicosis antes que tuvieran la posibilidad de volverse peligrosas. A menudo, eso sugería la mejor terapia pero, cuando no parecía ser posible cura alguna, se podía rotular al sujeto en forma electrónica... o, en casos extremos, segregarlo de la sociedad. Naturalmente, esa vigilancia mental sólo se podía ensayar en quienes estuvieran equipados con un casquete cerebral pero, para fines del tercer milenio, eso era tan esencial para la vida cotidiana como el teléfono personal lo había sido en los comienzos. De hecho, quienquiera que no se uniera a la amplia mayoría era sospechoso de manera automática, y se lo examinaba como si fuera un degenerado en potencia.

No es preciso decir que cuando el «sondeo mental», como lo denominaban sus críticos, empezó a ser de uso general, furibundas protestas de ultraje se hicieron oír desde las organizaciones de derechos humanos. Uno de los lemas más efectivos era «¿Casquete cerebral o calabozo cerebral?». Lentamente, hasta con renuencia, se aceptó que esa forma de vigilancia era una precaución necesaria contra males mucho peores: y no fue coincidencia que, con el mejoramiento general de la salud mental, el fanatismo religioso también iniciara su rápida declinación.

Cuando la largamente sostenida guerra contra los delincuentes de la cibernética hubo concluido, los vencedores se encontraron en posesión de una vergonzosa colección de productos defectuosos, todos ellos por completo incomprensibles para cualquier conquistador de tiempos pasados. Había, claro está, centenares de virus de computadora, la mayor parte de ellos muy difíciles de descubrir y matar. Y también algunas entidades —de alguna manera había que llamarlas— mucho más aterradoras: eran enfermedades brillantemente

inventadas para las que no había curación... y, en algunos casos, ni siquiera la posibilidad de una curación.

Muchas de ellas se relacionaban con grandes matemáticos que habrían quedado horrorizados por esa corrupción de su descubrimiento. Como es una característica humana la de empequeñecer un peligro real dándole un nombre absurdo, las denominaciones a menudo eran humorísticas: el Duende de Godel, el Dédalo de Mandelbrot, la Catástrofe Combinatoria, la Trampa Transfinita, el Acertijo de Conway, el Torpedo de Turing, el Laberinto de Lorenz, la Bomba Booleana, la Celada de Shannon, el Cataclismo de Cantor...

Si alguna generalización era posible, es que todos esos horrores matemáticos operaban según el mismo principio: para ser efectivos no dependían de algo tan ingenuo como el borrado de la memoria o la corrupción de los códigos... todo lo contrario; su enfoque era más sutil: persuadían a la máquina hospedante de que iniciara un programa que no se podía completar antes del fin del universo, o que, y el Dédalo de Mandelbrot era el ejemplo más mortífero, entrañase una serie literalmente infinita de pasos.

Un ejemplo trivial sería el cálculo de Pi, o de cualquier otro número irracional. Sin embargo, aun la computadora electroóptica más estúpida no caería en una trampa tan simple: hacía mucho que había pasado el día en que los idiotas mecánicos desgastaban sus engranajes, girándolos hasta convertirlos en polvo mientras trataban de dividir por cero...

El desafío para los programadores de demonios era convencer a sus blancos de que la tarea que se les había asignado tenía una conclusión definida que se podía alcanzar en un lapso finito. En la batalla de ingenio entre el hombre (raramente la mujer, a pesar de tales modelos ejemplares como *lady* Ada Lovelace, la almirante Grace Hopper y la doctora Susan Calvin) y la máquina, la máquina perdía de manera casi invariable.

Habría sido posible, aunque en algunos casos difícil y hasta riesgoso, destruir las obscenidades captadas mediante órdenes BORRAR / SOBREScribir, pero representaban una enorme inversión de tiempo e ingenio que, no importaba cuán descarriado, parecía una lástima desperdiciar. Y, lo que era más importante, quizá se las debía conservar para estudio en algún sitio seguro, como salvaguardia contra el momento en que algún genio malvado pudiera volver a inventarlas y desplegarlas.

La solución era obvia: a los demonios digitales se los debía encerrar hermética, y, con suerte, permanentemente, junto con sus contrafiguras químicas y biológicas, en la bóveda de Pico.

37. Operación Damocles

Poole nunca había tenido mucho contacto con el equipo que montaba el arma, acerca de la cual todos tenían la esperanza de que nunca tendrían que usarla. La operación, agorera pero acertadamente denominada DAMOCLES, era de una especialización tan grande que Poole nada podía aportar en forma directa, y vio lo suficiente de la fuerza de tareas como para darse cuenta de que algunos de sus componentes casi podrían pertenecer a una especie alienígena. En verdad, un miembro clave parecía estar en un manicomio —Poole había quedado sorprendido al descubrir que tales sitios aún existían—, y la presidenta Oconnor a veces sugería que otros dos, cuando menos, deberían unirse a aquél.

—¿Alguna vez oyó hablar del Proyecto Enigma? —le preguntó a Poole, después de una sesión particularmente frustrante.

Cuando él negó con un movimiento de cabeza, la mujer prosiguió:

—Me sorprende: ocurrió nada más que unas décadas antes que usted naciera. Encontré la información cuando estaba investigando material para DAMOCLES. Fue un problema muy parecido: en una de las guerras de ustedes, se organizó, en gran secreto, la reunión de un grupo de matemáticos brillantes para que descifraran un código del enemigo... A propósito, fabricaron una de las primerísimas computadoras verdaderas, para hacer posible la tarea.

» Y hay un relato encantador, que espero que sea cierto, que me hace pensar en nuestro propio equipo: un día, el primer ministro vino en visita de inspección y, después, le dijo al director de Enigma: “Cuando le dije que no deje piedra sin dar vuelta para brindar a sus hombres lo que necesiten, no esperé que me tomara en forma tan literal”.

Supuestamente, para el Proyecto DAMOCLES se había dado vuelta a todas las piedras apropiadas. Sin embargo, como nadie sabía si estaban trabajando con un plazo determinado de días, semanas o años, al principio fue necesario generar una cierta sensación de urgencia. La necesidad de secreto también producía problemas: ya que no tenía sentido sembrar la alarma por todo el sistema solar, no más de cincuenta personas sabían del proyecto, pero eran las personas que importaban, las que podían reunir todas las fuerzas necesarias y que, por sí mismas, podían autorizar la apertura de la bóveda de Pico por primera vez en quinientos años.

Cuando Halman informó que el monolito estaba recibiendo mensajes con frecuencia cada vez mayor, pareció que quedaban pocas dudas de que algo estaba por ocurrir. Poole no era el único al que le resultaba difícil dormir en esos días, incluso con la ayuda de los programas antiinsomnio del casquete cerebral. Antes de que finalmente consiguiera dormir, a menudo se preguntaba si volvería a despertar. Pero, por lo menos, todos los componentes del arma fueron ensamblados. Un arma invisible, intocable... e inimaginable para casi todos los guerreros que habían vivido en el pasado.

Nada podía haber parecido más inofensivo e inocente que la tablilla de memoria en teraocetos perfectamente clásica, que se utilizaba con millones de casquetes cerebrales todos los días. Pero el hecho de que estuviera encerrada en un bloque enorme de material cristalino, entrecruzado con bandas de metal, indicaba que era algo fuera de lo común.

Poole la recibió con renuencia: se preguntaba si el mensajero al que se había encomendado la tarea de transportar el núcleo de la bomba atómica de Hiroshima hasta la base aérea del Pacífico desde la cual se la iba a lanzar, se había sentido de la misma manera. Y, aun así, cuando todos sus miedos estaban justificados, si su responsabilidad pudo haber sido mayor.

Y no podía estar seguro de que, por lo menos, la primera parte de su misión tendría éxito. Debido a que ningún circuito podía ser absolutamente seguro, a Halman todavía no se le había informado sobre el Proyecto DAMOCLES: Poole lo haría cuando regresara a Ganimedes.

Después sólo le restaba esperar que Halman estuviera dispuesto a desempeñar el papel de Caballo de Troya... y, quizás, a ser destruido en el proceso.

38. Ataque preventivo

Resultaba extraño estar de vuelta en el hotel Granomedes después de todos esos años, y lo más extraño de todo, porque parecía estar sin la menor modificación a pesar de todo lo que había sucedido. A Poole todavía lo recibió la familiar imagen de Bowman, cuando entró en la *suite* que llevaba el nombre de aquél y, tal como esperaba, Bowman / Halman estaba aguardando, con un aspecto ligeramente menos concreto que el del antiguo holograma. Antes que pudieran intercambiar saludos hubo una interrupción que Poole habría recibido con agrado... en cualquier otro momento menos en éste: el videófono de la habitación emitió su urgente terceto de notas ascendentes —algo que tampoco había cambiado desde la última visita de Poole—, y un viejo amigo apareció en la pantalla:

—¡Frank! —gritó Theodore Khan—, ¿por qué no me dijiste que venías? ¿Cuándo podremos reunirnos? ¿Por qué no hay imagen... hay alguien contigo? ¿Y quiénes eran todos esos tipos con aspecto de funcionarios que descendieron al mismo tiempo...?

—¡Por favor, Ted! Sí, lo siento, pero créeme, tengo muy buenos motivos... Te lo explico después. Y sí, tengo a alguien conmigo... te llamaré no bien pueda. ¡Adiós!

Mientras daba tardíamente la orden de « No Molestar », Poole dijo en tono de disculpa:

—Lamento lo de... ya sabes quién era, claro.

—Sí, el doctor Khan. A menudo trató de ponerse en contacto conmigo.

—Pero nunca le respondiste. ¿Puedo preguntarte por qué? —Aunque había cuestiones mucho más importantes por las que preocuparse, Poole no pudo resistirse a hacer la pregunta.

—El nuestro fue el único canal que deseé mantener abierto. Además, a menudo yo estaba afuera. A veces, durante años.

Eso era sorprendente y, sin embargo, no debía serlo: Poole sabía muy bien que se había informado sobre la presencia de Halman en muchos lugares, en muchas ocasiones. No obstante... « ¿afuera durante años? ». Podría haber visitado una gran cantidad de sistemas estelares... quizás así fue como supo lo de la Nova Escorpión, a nada más que cuarenta años luz de distancia. Pero nunca

pudo haber llegado hasta el Nodo: ir y volver habría sido una travesía de novecientos años.

—¡Qué suerte que estabas aquí cuando te necesitábamos!

Era muy fuera de lo común que Halman vacilara antes de responder. Transcurrió un lapso muy superior al retraso inevitable de tres segundos antes que dijera con lentitud:

—¿Estás seguro de que fue suerte?

—¿Qué quieres decir?

—No deseo hablar al respecto, pero dos veces he... vislumbrado... poderes... entidades... muy superiores a los monolitos y, quizá, hasta sus creadores. Puede ser que ambos tengamos menos libertad de la que imaginamos.

Ese pensamiento, en verdad, daba escalofríos. Poole necesitó hacer un esfuerzo de voluntad para hacerlo a un lado y concentrarse en el problema inmediato.

—Confiemos en tener suficiente libre albedrío para hacer lo que es necesario. Quizás ésta es una pregunta tonta: ¿el monolito sabe que nos reunimos? ¿Podría... entrar en sospechas?

—No tiene capacidad de sentir una emoción como ésa. Dispone de numerosos dispositivos para protección contra fallas, algunos de los cuales entiendo. Pero eso es todo.

—¿Podría alcanzar a oírnos ahora?

—No lo creo.

«Ojalá yo pudiera estar seguro de que se trata de un supergenio ingenuo y tonto», pensó Poole, mientras abrió su maletín y sacaba la caja sellada que contenía la tablilla; con esa gravedad baja, el peso era casi desdeñable: resultaba imposible creer que pudiera contener el destino de la humanidad.

—No había manera de que pudiéramos tener la certeza de contar con un circuito seguro hacia ti, así que no pudimos entrar en detalles. Esta tablilla contiene programas que, esperamos, eviten que el monolito lleve a cabo cualesquiera órdenes que amenacen a la humanidad. Hay veinte de los virus más devastadores jamás diseñados, para la mayoría de los cuales no existe antídoto conocido; en algunos casos, se tiene la creencia de que no hay antídoto posible. Hay cinco copias de cada uno. Querriamos que los liberes cuando lo creas, y si lo crees necesario. Dave... Hal... a nadie se le confió jamás una responsabilidad así, pero no tenemos otra alternativa. Una vez más, la respuesta pareció tardar más que los tres segundos del viaje de ida y vuelta de Europa.

—Si hacemos eso, todas las funciones del monolito pueden cesar. Estamos inseguros de lo que nos ocurrirá a nosotros entonces.

—Hemos tomado eso en cuenta, claro, pero, para estos momentos, seguramente debes de tener muchos medios bajo tu mando, algunos que probablemente sobrepasen tu comprensión. También te envío una tablilla de

memoria en petaoctetos. Diez a la decimoquinta potencia de octetos es más que suficiente para contener todos los recuerdos y experiencias de muchos lapsos de vida: esto te dará una vía de escape. Sospecho que tienes otras.

—Así es, decidiremos cuál utilizar en el momento adecuado.

Poole se relajó... tanto como era posible en esa extraordinaria situación. Halman estaba dispuesto a cooperar: todavía conservaba suficientes ataduras con sus orígenes.

—Ahora bien, tenemos que hacer que te llegue esta tablilla... en forma física. Su contenido es demasiado peligroso como para correr el riesgo de enviarla a través de cualquier canal radial u óptico. Sé que posees control a larga distancia de la materia: ¿no detonaste una vez una bomba que estaba en órbita? ¿Podrías transportarla a Europa? Como alternativa, podríamos enviarla en un mensajero automático, a cualquier punto que especifiques.

—Eso sería lo mejor: la recogeré en Tsienville. He aquí las coordenadas...

Poole todavía estaba desplomado en su asiento, cuando el monitor de la *Suite* Bowman dio paso al jefe de la delegación que lo había acompañado desde la Tierra. Si el coronel Jones era un verdadero coronel, o si su nombre era Jones siquiera, constituían misterios de menor importancia que Poole realmente no tenía interés en resolver; era suficiente que fuera un soberbio organizador y que hubiera manejado la mecánica de Operación DAMOCLES con silenciosa eficiencia.

—Bien, Frank, está en camino. Estará descendiendo dentro de una hora y diez minutos. Presumo que Halman lo puede tomar de ahí, pero no entiendo cómo puede manejar realmente... ¿ésa es la palabra adecuada?, esas tablillas.

—Me hice la misma pregunta, hasta que alguien de la Comisión Europa lo explicó: existe un muy conocido, ¡pero no para mí!, teorema que establece que cualquier computadora puede emular a cualquier otra computadora. Por eso estoy seguro de que Halman sabe con exactitud lo que está haciendo. Nunca habría estado de acuerdo si no fuera así.

—Espero que usted tenga razón —contestó el coronel—. Si no... bueno, no sé qué alternativa nos queda.

Se produjo un silencio lúgubre, hasta que Poole puso lo mejor de sí para aliviar la tensión:

—A propósito, ¿oyó el rumor local que corre sobre nuestra visita?

—¿Cuál en particular?

—Que somos una delegación especial que se envió aquí para investigar el delito y la corrupción en este poblado salvaje de la frontera. Se supone que el alcalde y el *sheriff* están muertos de miedo.

—¡Cómo los envidio! —dijo el coronel Jones— a veces es todo un alivio tener

algo trivial para preocuparse.

39. Deicidio

Al igual que todos los habitantes de Ciudad Anubis (población actual, 56 521 personas), el doctor Theodore Khan despertó poco después de la medianoche local, ante el sonido de la alarma general. Su primera reacción fue:

—¡Otro sismo en el hielo no, por el amor de Deus!

Corrió hacia la ventana gritando « ¡Ábrete!» tan fuerte, que la habitación no entendió, y Khan tuvo que repetir la orden en voz normal. La luz de Lucifer debió de haber entrado a raudales, pintando en el piso esos diseños que tanto fascinaban a los visitantes de la Tierra, porque nunca se desplazaban ni una fracción de milímetro siquiera, no importaba cuánto esperaran...

Aquel invariante haz de luz ya no estaba ahí. Mientras Khan contemplaba, sin poder dar crédito a sus ojos, a través de la enorme burbuja transparente de la cúpula de Anubis, vio un cielo que Gánimedes no había conocido durante mil años: una vez más estaba radiante de estrellas; Lucifer había desaparecido.

Y fue entonces, mientras exploraba las constelaciones olvidadas, cuando Kahn se dio cuenta de algo todavía más aterrador: donde debió estar Lucifer, había un disco diminuto de absoluta negrura, que eclipsaba las estrellas desconocidas.

« Hay solamente una explicación posible», se dijo Khan, aturcido: « a Lucifer lo tragó un agujero negro... y después podría tocarnos a nosotros » .

En el balcón del hotel Granomedes, Poole observaba el mismo espectáculo, pero con emociones más complejas. Aun antes de la alarma general, su seccom lo había despertado con un mensaje de Halman:

—Está empezando. Hemos infectado al monolito, pero uno de los virus, quizá varios de ellos, penetraron en nuestros propios circuitos. No sabemos si podremos utilizar la tableta de memoria que nos dieron. Si tenemos éxito, nos encontraremos con ustedes en Tsienville.

Después llegaron las sorprendentes, y extrañamente conmovedoras, palabras cuyo contenido emocional exacto iba a ser debatido durante generaciones:

« Si no conseguimos descargar, recordennos» .

Desde la habitación que estaba detrás de la suya, Poole oyó la voz del alcalde, que hacía lo más que podía para tranquilizar a los ahora insomnes ciudadanos de Anubis. Aunque abrió su alocución con la más aterradora de las

declaraciones oficiales: « No hay motivo de alarma », el alcalde tenía palabras de alivio en realidad:

—No sabemos qué está ocurriendo... ¡pero Lucifer sigue brillando como siempre! Repito: Lucifer sigue brillando. Acabamos de recibir noticias del trasbordador interorbital *Alcyone*, que partió hacia Calisto hace media hora. He aquí lo que se ve:...

Poole dejó el balcón y corrió a su habitación, justo a tiempo para ver el tranquilizador brillo de Lucifer en la videopantalla.

—Lo que ocurrió —proseguía el alcalde, sin aliento— es que algo produjo un eclipse temporario... Haremos un acercamiento para mirarlo... Observatorio de Calisto, adelante por favor...

« ¿Cómo sabe qué es? », pensó Poole, mientras esperaba que la imagen surgiera apareciera en la pantalla.

Lucifer se desvaneció, para ser reemplazado por un campo de estrellas. Al mismo tiempo, el alcalde salió de transmisión y otra voz se hizo cargo:

—... telescopio de dos metros, pero casi cualquier instrumento servirá. Es un disco de material absolutamente negro, de poco más de diez mil kilómetros de diámetro, tan delgado que no exhibe un espesor visible. Y está situado con exactitud, es evidente que con toda intención, de modo de impedir el ingreso de luz alguna en Ganimedes.

» Haremos un acercamiento para ver si muestra algún detalle, aunque me inclino por dudarlo...

Desde el punto de vista de Calisto, el disco ocultante se había escorzado hasta adquirir la forma de óvalo, el doble de largo que de ancho. Se expandió hasta llenar por completo la pantalla. De ahí en adelante fue imposible reconocer si se estaba haciendo un acercamiento de la imagen, ya que no mostraba la menor estructura.

—Tal como pensé, no hay nada para ver. Tomemos una imagen panorámica por sobre el borde de esta cosa...

Tampoco esa vez hubo sensación de movimiento, hasta que súbitamente apareció un campo de estrellas netamente definido por el borde curvo de ese disco que tenía el tamaño de un mundo: el efecto era, exactamente, como si hubieran estado mirando por encima del horizonte de un planeta sin aire y perfectamente liso.

No, no era perfectamente liso...

—Qué interesante —comentó el astrónomo que, hasta ese momento, había hablado con tono notablemente desapasionado, como si esa clase de acontecimiento fuera cosa de todos los días— el borde parece dentado... pero en forma muy regular, como una sierra circular.

—Una sierra circular —murmuró Poole entre dientes—. ¿Nos va a dividir? No sea ridículo...

—Esto es lo máximo que podemos aumentar antes que la difracción arruine la imagen... La procesaremos más tarde y obtendremos mucho mayor detalle.

El aumento era ahora tan grande, que todo vestigio de circularidad del disco había desaparecido. De un extremo al otro de la videopantalla se extendía una banda, serrada a lo largo de su borde con triángulos tan idénticos que a Poole le resultaba difícil evitar la ominosa analogía con una sierra circular. Y, sin embargo, algo más lo estaba molestando en lo profundo de su mente...

Al igual que los demás habitantes de Ganímedes, observaba las estrellas que estaban a distancia infinitamente mayor, y que derivaban hacia adentro y hacia afuera de esos valles geoméricamente perfectos. Era muy probable que muchas otras personas hubieran sacado precipitadamente la misma conclusión, aun antes que lo hiciera Poole.

Si se intenta hacer un disco con bloques rectangulares, ya sea que la relación de proporciones sea 1:4:9 o cualquier otra, no es posible tener un borde liso. Por supuesto, se puede lograr que sea un círculo casi tan perfecto como se quiera, mediante el empleo de bloques cada vez más pequeños. No obstante, ¿por qué tomarse tantas molestias, si lo que se busca no es más que construir una pantalla lo suficientemente grande como para eclipsar un sol?

El alcalde tenía razón: el eclipse fue temporario. Pero su culminación fue exactamente lo opuesto de uno solar.

Primero, la luz irrumpió en el centro exacto, no en el collar visual de Cuentas de Bailey, a lo largo del borde mismo. Líneas serradas irradiaban desde un agujero minúsculo pero deslumbrante... y ahora, bajo el aumento máximo, se revelaba la estructura del disco: estaba compuesto por millones de rectángulos idénticos, quizá del mismo tamaño que la Gran Muralla de Europa, que se estaban separando: era como se estuviera desarmando, pieza por pieza, un gigantesco rompecabezas.

Su luz de día perpetua, pero ahora brevemente interrumpida, estaba volviendo con lentitud a Ganímedes, cuando el disco se fragmentó y los rayos de Lucifer pasaron a raudales a través de las brechas que cada vez se hacían más grandes. Para esos momentos los componentes en sí se estaban evaporando, casi como si necesitaran el contacto mutuo para mantener la realidad.

Aunque pareció que habían transcurrido horas para los angustiados observadores de Ciudad Anubis, todo el acontecimiento duró menos de quince minutos. No fue sino hasta que todo hubo terminado, que se le prestó atención a Europa mismo.

La Gran Muralla había desaparecido, y pasó casi una hora antes de que llegaran las noticias, desde la Tierra, Marte y la Luna, de que hasta el Sol pareció titilar unos segundos, antes de retomar sus actividades de la manera habitual.

Había sido un conjunto de eclipses selectivos en grado sumo, evidentemente dirigidos contra la humanidad. En ninguna otra parte del Sistema Solar se habría

advertido algo.

En la excitación general se tardó un poco más antes que el mundo se diera cuenta de que tanto la AMT-0 como la AMT-1 habían desaparecido, dejando nada más que sus improntas de cuatro millones de años de antigüedad en Tycho y en África.

Fue la primera vez que los europeos pudieron llegar a encontrarse con seres humanos, pero no parecían alarmados ni sorprendidos por los enormes seres que se desplazaban entre ellos con velocidad tan vertiginosa. Por supuesto, no fue muy sencillo interpretar el estado emocional de algo que se asemejaba a un arbusto pequeño y sin hojas, sin órganos evidentes de los sentidos ni medios de comunicación. Pero si estuvieran asustados por el arribo de la *Alcyone* y la aparición de sus pasajeros, con seguridad habrían permanecido escondidos en sus iglús.

Mientras Frank Poole, levemente estorbado por su traje protector y el regalo de brillante alambre de cobre que portaba, caminaba hacia los desaseados suburbios de Tsienville, se preguntaba qué pensarían los europeos de los acontecimientos recientes. Para ellos no había existido el eclipse de Lucifer, pero la desaparición de la Gran Muralla seguramente debió de haber sido una conmoción. Se había erguido ahí desde tiempos inmemoriales, como escudo y, sin lugar a dudas, como mucho más; después, de repente, desapareció, como si nunca hubiera estado...

La tablilla de petaoctetos lo estaba aguardando, con un grupo de europeos parados alrededor de ella, exhibiendo la primera señal de curiosidad que Poole les hubiera visto jamás. Se preguntaba si Halman les había dicho, de alguna manera, que cuidaran ese obsequio proveniente del espacio, hasta que él volviera a recogerlo.

Y llevarlo de vuelta, ya que ahora contenía no sólo un amigo que dormía sino terrores que alguna sociedad futura podría exorcizar, al único sitio en el que se la podía guardar con seguridad.

40. Medianoche: Pico

« Resultaría difícil », pensó Poole, imaginar una escena más pacífica... « en especial después del trauma de las semanas anteriores ». Los rayos oblicuos de una casi Tierra llena revelaban todos los detalles sutiles del carente de agua Mar de las Lluvias, no haciéndolos desaparecer, como habría hecho la furia incandescente del Sol.

El pequeño convoy de vehículos lunares estaba dispuesto en un semicírculo, a cien metros de la abertura apenas visible situada en la base de Pico, que era la entrada a la bóveda. Desde ese sitio de observación, Poole podía ver que la montaña no estaba a la altura del nombre que los primeros astrónomos le habían dado, confundidos por su sombra puntiaguda: se parecía más a una colina redondeada que a un pico afilado, y muy bien se habría podido creer que uno de los pasatiempos locales era subir en bicicleta hasta la cima. Hasta ahora, ninguno de esos deportistas podría haber imaginado el secreto oculto debajo de sus ruedas. Poole tenía la esperanza de que el siniestro conocimiento no los hiciera desistir de su saludable ejercicio.

Una hora antes, con una sensación en la que se mezclaban la tristeza y el triunfo, había entregado la tablilla que hubo llevado, sin perderla jamás de vista, de Ganimedes directamente a la Luna.

—Adiós, viejos amigos —había murmurado—. Lo hicieron bien. Quizás alguna generación futura vuelva a despertarlos pero, mirándolo bien, creo que es mejor que no lo hagan.

Podía imaginar, con demasiada claridad, un motivo desesperado por el que los conocimientos de Halman se pudieran necesitar otra vez: para estos momentos era seguro que un mensaje estaba camino de ese centro desconocido de control, llevando la noticia de que su servidor de Europa ya no existía. Con razonable suerte se tardaría novecientos cincuenta años, año más, año menos, antes que se pudiera esperar alguna respuesta.

Poole a menudo había maldecido a Einstein en el pasado; ahora lo bendecía: ahora parecía seguro de que ni siquiera los poderes que estaban detrás de los monolitos podían esparcir su influencia más rápido que la velocidad de la luz. Así que la especie humana tendría casi un milenio para aprontarse para el próximo encuentro... si es que lo había. A lo mejor, para ese entonces estaría mejor

preparada.

Algo estaba surgiendo del túnel: el robot semihumanoide, montado sobre rieles, que había transportado la tablilla al interior de la bóveda. Casi resultaba cómico ver una máquina encerrada en la clase de traje de aislación que se usaba como protección contra gérmenes letales... ¡y aquí, en la Luna, que carecía de aire! Pero nadie iba a correr el menor riesgo, no importaba lo improbables que pudieran parecer. Después de todo, el robot se había desplazado entre esas pesadillas secuestradas con todo cuidado y, aunque según sus cámaras de televisión todo parecía estar en orden, siempre existía el peligro de que alguna ampolla hubiera tenido una filtración o de que se hubiera roto el sello de algún recipiente. La Luna era un ambiente muy estable pero, en el transcurso de los siglos, había conocido muchos sismos e impactos de meteoros.

El robot hizo un alto, cincuenta metros afuera del túnel. Con lentitud, el macizo tapón que lo cerraba en forma hermética volvió a caer en posición, y empezó a rotar en sus rieles, como si fuera una tuerca gigantesca a la que se atornillaba en la montaña.

—¡Todos los que no lleven anteojos oscuros, por favor cierren los ojos o desvíen la vista del robot! —dijo una voz urgente a través de la radio del vehículo lunar. Poole giró en el asiento, justo a tiempo para ver una explosión de luz en el techo del vehículo. Cuando volvió a mirar a Pico, todo lo que quedaba del robot era un montón de escoria incandescente. Incluso para alguien que había pasado mucho de su vida rodeado por el vacío, parecía ser completamente erróneo que no hubiera volutas de humo alzándose con lentitud de esa masa de metal.

—Esterilización completada —anunció la voz del controlador de la misión—. Gracias a todos. Ahora regresamos a Ciudad Platón.

¡Qué irónico que a la especie humana la hubiera salvado el habilidoso despliegue de sus propias demencias! ¿Qué moraleja, se preguntaba Poole, sería posible extraer de eso?

Volvió a mirar a la hermosa y azul Tierra, que se arrebujaba debajo de su rasgada manta de nubes, para protegerse del frío del espacio. Allá arriba, dentro de unas semanas a partir de ahora, tenía la esperanza de acunar en los brazos a su primer nieto.

Cualesquiera que fueran los poderes y principados cuasidivinos que acechaban más allá de las estrellas, se recordó Poole, para los seres humanos comunes y corrientes únicamente dos cosas eran importantes: Amor y Muerte.

Su cuerpo todavía no había envejecido cien años: todavía tenía tiempo en abundancia para ambas cosas.

Epílogo

« Su pequeño universo es muy joven, y su dios todavía es un niño. Pero es demasiado pronto para juzgarlos. Cuando Nosotros regresemos en los Últimos Días, consideraremos lo que se debe salvar» .

Fuentes y agradecimientos

FUENTES

CAPÍTULO 1: ARREADOR DE COMETAS

Para ver una descripción del coto de caza del capitán Chandler, descubierto en fecha tan reciente como 1992, véase « The Kuiper Belt », por Jane X. Luu y David C. Jewitt. *Scientific American*, mayo de 1996.

CAPÍTULO 4: UNA HABITACIÓN CON VISTA

El concepto de un « anillo alrededor del mundo » en la Órbita Geoestacionaria (OGE), enlazado con la Tierra por medio de torres ubicadas en el ecuador, puede parecer por completo fantástico pero, en realidad, tiene una sólida base científica: es una extensión obvia del « ascensor espacial » inventado por un ingeniero de San Petersburgo, Yuri Artsutanov, al que tuve el placer de conocer en 1982, cuando su ciudad tenía un nombre diferente.

Yuri señaló que era posible, en teoría, tender un cable entre la Tierra y un satélite que flotara sobre el mismo punto del ecuador, que es lo que éste hace cuando se lo pone en la OGE, hogar de la mayoría de los satélites actuales de comunicaciones. A partir de este comienzo, se podría establecer un ascensor espacial (o, para usar la pintoresca frase de Yuri, un « funicular cósmico »), y se podrían transportar cargas útiles hasta el OGE empleando nada más que energía eléctrica. La propulsión con cohetes se precisaría únicamente para el resto del viaje.

Además de evitar los peligros, ruidos y daños para el ambiente provenientes del uso de cohetes, el ascensor espacial haría posibles reducciones, en extremo sorprendentes, del costo de todas las misiones espaciales. La electricidad es económica, y sólo se necesitaría alrededor de cien dólares de gastos para poner una persona en órbita. Y el viaje de ida y vuelta costaría alrededor de diez dólares, ¡ya que la mayor parte de la energía se recuperaría en el viaje de descenso! (Por supuesto, las comidas y las películas que se proyecten en vuelo elevarían el precio del pasaje. ¿Aceptaría el lector mil dólares por la ida y la vuelta a la OGE?).

La teoría es impecable, ¿pero existe algún material que tenga la suficiente

resistencia a la tracción como para colgar durante un trayecto que va desde una altitud de treinta y seis mil kilómetros hasta el ecuador, y que le quede suficiente margen como para elevar cargas útiles? Cuando Yuri escribió su trabajo, solamente una sustancia satisfacía esas especificaciones bastante estrictas: carbono cristalino, más conocido como diamante. Por desgracia, las cantidades necesarias, que se miden en megatoneladas, no están prontamente asequibles en el mercado abierto, aunque en *2061: Odissea Tres* di razones para pensar que podrían existir en el núcleo de Júpiter. En *Las fuentes del paraíso* sugerí una fuente más accesible: fábricas en órbita, en las que se podría cultivar diamantes en condiciones de gravedad cero.

El primer «paso pequeño» hacia el ascensor espacial se intentó en agosto de 1992, con el trasbordador *Atlantis*, en el que uno de los experimentos entrañaba la liberación, y la recuperación, de una carga útil en una trailla de veintinueve kilómetros de largo. Por desgracia, el mecanismo de liberación se trabó al cabo de nada más que unos pocos centenares de metros.

Me sentí muy halagado cuando la tripulación del *Atlantis* presentó *Las fuentes del paraíso* durante su conferencia de prensa en órbita, y el especialista de la misión, Jeffrey Hoffman, me envió el ejemplar autografiado cuando regresaron a la Tierra.

El segundo experimento con la trailla, en febrero de 1996, tuvo un resultado un poco mejor: la carga útil se desplegó hasta la distancia completa pero, durante la recuperación, el cable se cortó, debido a una descarga eléctrica producida por una aislación defectuosa. (Esto pudo haber sido un accidente con suerte: no puedo dejar de recordar que algunos de los contemporáneos de Benjamin Franklin se mataron cuando intentaron repetir su famoso, y arriesgado, experimento de elevar un barrilete durante una tormenta eléctrica).

Aparte de los posibles peligros, extender desde el trasbordador cargas unidas a traillas se parece más a pescar con moscas: no es tan fácil como parece. Pero, con el tiempo, se dará el «salto gigantesco» final... hasta alcanzar el ecuador.

Mientras tanto, el descubrimiento de la tercera forma del carbono, la buckminsterfullereno (C₆₀) hizo que el concepto de ascensor espacial fuera mucho más plausible. En 1990, un grupo de químicos de la Universidad Rice, de Houston, produjo una forma tubular de C₆₀, que tiene una resistencia a la tracción mucho mayor que la del diamante. El jefe del grupo, doctor Smalley, llegó hasta el punto de afirmar que era el material más fuerte que podría existir jamás, y agregó que haría posible la construcción del ascensor espacial. (Paren las rotativas: me encanta anunciar que por su trabajo, el doctor Smalley compartió el premio Nobel de Química 1996).

Y ahora vayamos a la coincidencia verdaderamente asombrosa... una tan misteriosa que me hace preguntarme Quién Es el Jefe.

Buckminster Fuller murió en 1983, así que nunca vivió para ver el descubrimiento de las «buckybolas» y los «buckytubos», que le han dado mucha mayor fama póstuma. Durante uno de los últimos de sus muchos viajes por el mundo, tuve el placer de llevarlos volando a él y a su esposa, Anne, por Sri Lanka, y les mostré algunos de los escenarios reales que aparecen en *Las fuentes del paraíso*. Poco tiempo después hice una grabación de la novela en un disco de larga duración de veintisiete centímetros (¿los recuerdan?) (Caedmon TC 1606), y Bucky fue tan gentil de escribir los artículos del sobre. Terminaban con una revelación sorprendente, que muy bien puede haber dado pábulo a mi propia idea sobre la Ciudad de las Estrellas:

En 1951 diseñé un puente-anillo con tensión integral, que flotaba libremente, para que se lo instalara bien en lo alto, y alrededor, del ecuador de la Tierra. Dentro de este puente que formaba un «halo», la Tierra seguiría rotando, mientras que el puente circular giraría a su propia velocidad. Preví tráfico terrestre que ascendía en forma vertical al puente, y que giraba y descendía en sitios preferidos de la Tierra.

No tengo duda de que si la especie humana decide hacer tal inversión (trivial, según algunas estimaciones de crecimiento económico), la Ciudad de las Estrellas se podría construir. Además de las nuevas maneras de vivir, y de brindar a los visitantes de mundos con poca gravedad, como Marte y la Luna, un mejor acceso al Planeta Madre, eliminaría todo el uso de cohetes de la superficie de la Tierra y lo relegaría al espacio profundo, que es donde debe estar. (Aunque espero que haya ocasionales representaciones por aniversarios en Cabo Kennedy, para traer de vuelta la emoción de los días pioneros).

Casi con certeza, la mayor parte de la ciudad estaría constituida por andamiajes vacíos, y nada más que una pequeña fracción estaría ocupada o se utilizaría para propósitos científicos o tecnológicos. Después de todo, cada una de las Torres sería el equivalente de un rascacielos de diez millones de pisos... ¡y la circunferencia del anillo que rodearía la órbita geoestacionaria sería más de la mitad de la distancia a la Luna! Muchas veces, toda la población de la especie humana se podría alojar en tal volumen de espacio, si estuviera íntegramente cerrado. (Esto plantearía algunos problemas interesantes de logística, a los que me contento con dejar como «tarea para hacer en casa»).

Para leer una excelente historia del concepto de «árbol que llega hasta el cielo» (así como muchas otras ideas aún más descabelladas, tales como la antigravidad y la curvatura del tiempo) véase *Indistinguishable from Magic*, por Robert L. Forward, Baer, 1995.

CAPÍTULO 5. EDUCACIÓN

Quedé atónito al leer en los diarios locales del 19 de julio de 1966, que el doctor Chris Winter, jefe del Equipo de Vida Artificial de British Telecom, cree que el dispositivo de información y almacenamiento que describí en este capítulo ¡se podría desarrollar dentro de treinta años! (En mi novela de 1956 *The City and the Stars* lo ubiqué mil millones de años en el futuro... lo que evidentemente es una seria falla de la imaginación). El doctor Winter afirma que eso nos permitiría « volver a crear una persona en lo físico, lo emocional y lo espiritual », y estima que los requisitos de memoria serían de alrededor de diez teraoctetos (10e13 octetos), dos órdenes de magnitud inferiores que el petaocteto (10e15 octetos) que sugiero yo.

Y ojalá se me hubiera ocurrido el nombre del doctor Winter para este dispositivo, lo que por cierto dará origen a algunos feroces debates en círculos eclesiásticos: el « Cazador de Almas » ... Para su aplicación al viaje interestelar, véase el capítulo 9.

Estaba convencido de que había inventado la transferencia de información interpalmas de las manos, que se describe en el capítulo 3, así que fue mortificante descubrir que Nicholas (*Ser digital*) Negroponte y su Laboratorio de Medios del Instituto Tecnológico de Massachusetts han estado trabajando en esa idea durante años...

CAPÍTULO 7. RENDICIÓN DE INFORMES

Si alguna vez se pudiera emplear la inconcebible energía del Campo de Punto Cero (al que a veces se suele denominar « fluctuaciones cuánticas » o « energía del vacío »), el impacto sobre nuestra civilización sería incalculable. Todas las fuentes actuales de energía —petróleo, carbón, nuclear, hidráulica, solar— se volverían obsoletas, y lo mismo ocurriría con nuestros temores sobre la contaminación ambiental. Todas quedarían envueltas dentro de una sola gran preocupación: la contaminación térmica. Con el tiempo, toda la energía se degrada en calor y si alguien tuviera algunos millones de kilovatios con que jugar, este planeta pronto estaría siguiendo el camino de Venus: varios centenares de grados a la sombra.

Sin embargo, este cuadro tiene un lado brillante; puede no haber otra manera de impedir la siguiente Edad del Hielo que, de otro modo, sería inevitable. (« La civilización es el intervalo entre dos Edades del Hielo » . Will Durant, *The Story of*

Civilization).

En el mismo momento en que escribo esto, muchos ingenieros competentes, en laboratorios de todo el mundo, afirman estar aprovechando esta nueva fuente de energía. Una idea de su magnitud la da la famosa observación del físico Richard Feynman, en el sentido de que la energía que hay en el volumen de un pocillo de café (¡cualquier volumen así, en cualquier parte!) es suficiente para hacer hervir todos los océanos del mundo.

Esto, sin lugar a dudas, es un pensamiento en el que hay que detenerse un instante. En comparación, la energía nuclear parece tan poca cosa como un fósforo mojado.

¿Y cuántas supernovas, me pregunto, en realidad son accidentes industriales?

CAPÍTULO 9. TIERRA CELESTIAL

Uno de los problemas principales de desplazarse por la Ciudad de las Estrellas estaría causado tan sólo por las distancias que hay en juego: si se quisiera visitar a un amigo que vive en la Torre de al lado (y las comunicaciones nunca reemplazarán del todo al contacto, a pesar de todos los progresos de la realidad virtual), eso podría ser equivalente a un viaje a la Luna. Aun con los ascensores más rápidos, esto entrañaría días, en vez de horas, o bien las aceleraciones serían del todo inaceptables para gente que se hubiera adaptado a una vida en condiciones de poca gravedad.

Al concepto de «impulso inercial», esto es, un sistema de propulsión que actúa sobre todos los átomos de un cuerpo, de manera que no se produzcan esfuerzos deformantes cuando acelera, probablemente lo inventó el maestro de la *Radionovela del espacio*, E. E. Smith, en la década de 1930. No es tan improbable como parece, porque un campo gravitatorio actúa de esa manera precisamente.

En una caída libre cerca de la Tierra (despreciándose los efectos de la resistencia del aire), la velocidad aumenta en poco menos que diez metros por segundo, durante cada segundo. No obstante, la persona se siente sin peso: no hay sensación de que se esté acelerando, ¡aun cuando la velocidad se esté incrementando a razón de un kilómetro por segundo, cada minuto y medio!

Y esto seguiría rigiendo si se estuviese cayendo en la gravedad de Júpiter (tan sólo dos veces y media la de la Tierra) o, inclusive, en el enormemente más poderoso campo de una enana blanca o estrella neutróica (millones o miles de millones de veces mayor). Nada se sentiría, aun si uno se aproximara a la velocidad de la luz saliendo del estado de reposo, en cuestión de minutos. Sin embargo, si uno fuera lo suficientemente necio como para estar dentro de unos

pocos radios del objeto que lo está atrayendo, el campo ya no sería uniforme en toda la longitud del cuerpo de la persona que cae, y las fuerzas de marea pronto lo harían pedazos. Para ver más detalles, véase mi deplorable cuento corto, pero cuyo título fue puesto adecuadamente, «Neutron Tide» (en *The Wind from the Sun*).

Sobre el «impulso sin inercia», que se comportaría exactamente igual que un campo de gravedad controlable, nunca se discurrió con seriedad, fuera de las páginas de la ficción científica, hasta hace muy poco. Pero, en 1994, tres físicos norteamericanos hicieron exactamente eso, desarrollando algunas ideas del gran físico ruso Andrei Sakharov.

«Inertia as a Zero-Point Field Lorentz Force», de B. Haisch, A. Rueda y H. E. Puthoff, *Phys Review A*, febrero de 1994) algún día puede ser considerado como el trabajo que representa el hito y, para los fines de la ficción, eso es lo que hice yo. Enfrenta un problema tan fundamental, al que normalmente se da por sentado, con una actitud de encogerse de hombros y decir «Ese es justamente el modo en que está constituido el universo».

La pregunta que HR&P formularon es: «¿Qué le da masa (o inercia) a un objeto, de modo que se precise un esfuerzo para ponerlo en movimiento, y exactamente el mismo esfuerzo para restaurarlo a su estado original?».

La respuesta provisoria que dieron depende del hecho asombroso y, fuera de la torre de marfil de los físicos, poco conocido de que el así llamado espacio vacío es, en realidad, un caldero de energías en ebullición: el Campo del Punto Cero (véase la nota de arriba). HR&P sugieren que tanto la inercia como la gravitación son fenómenos electromagnéticos, resultantes de la interacción con este campo.

Hubo incontables intentos, que retroceden en el tiempo hasta llegar a Faraday, por unir la gravedad con el magnetismo y, aunque muchos experimentadores afirmaron haber alcanzado éxito, ninguno de esos resultados se verificó jamás. Sin embargo, si la teoría de HR&P se puede probar, eso abre la perspectiva, no importa cuán remota, de «impulsores espaciales» por antigraavedad, y la posibilidad, aún más fantástica, de controlar la inercia. Esto podría conducir a algunas situaciones interesantes: si a alguien se le aplicase el toque más delicado, esa persona prontamente desaparecería a miles de kilómetros por hora, hasta que rebotara, en el otro lado de la habitación, una fracción de milisegundo más tarde. Lo bueno de todo esto es que los accidentes de tránsito serían virtualmente imposibles; los automóviles, y los pasajeros, podrían chocar a cualquier velocidad. (¿Y el lector cree que los estilos de vida actuales ya son demasiado turbulentos?).

La «ausencia de peso» que ahora damos por sentado en las misiones espaciales, y que millones de turistas disfrutarán en el próximo siglo, les habría parecido como magia a nuestros abuelos. Pero la abolición —o simplemente la

reducción— de la inercia y a es harina de otro costal, y puede ser completamente imposible^[2]. (Pero es un lindo pensamiento, pues podría proporcionar el equivalente de la «teleportación»: se podría viajar a cualquier parte [por lo menos, en la Tierra] en forma casi instantánea. Con franqueza, no sé cómo la Ciudad de las Estrellas se las podría arreglar sin ella...).

Una de las suposiciones que hice en esta novela es que Einstein está en lo correcto, y que ninguna señal, ni objeto, puede superar la velocidad de la luz. Varios trabajos sumamente matemáticos aparecieron hace poco, en los que se sugiere que, tal como incontables autores de ficción científica han dado por sentado, los viajeros galácticos a dedo pueden no tener que padecer esta irritante restricción.

En general, espero que tengan razón... pero parece haber una objeción fundamental: si la TLF es posible, ¿dónde están todos esos viajeros a dedo... o, por lo menos, dónde están los turistas adinerados?

Una respuesta es que ningún ET sensato construirá jamás vehículos interestelares, por precisamente la misma razón por la que nunca desarrollaron naves aéreas impulsadas por carbón: hay maneras mucho mejores de hacer el trabajo.

La cantidad sorprendentemente reducida de «bits» necesarios para definir un ser humano, o para almacenar toda la información que sería posible adquirir en toda una vida, se discute en «Machine Intelligence, the Cost of Interstellar Travel and Fermi's Paradox», por Louis K. Scheffer, *Quarterly Journal of the Royal Astronomical Society* 35, N^o 2 junio de 1994], 157 - 175). Este trabajo (¡indudablemente el más estimulante del pensamiento que la fundamentada *QJRAS* haya publicado en toda su carrera!) estima que el estado mental total de un ser humano de cien años con perfecta memoria se podría representar en diez a la decimoquinta bits (un petabit). Aun las fibras ópticas actuales podrían transmitir esta cantidad de información en cuestión de minutos.

Mi sugerencia de que un transportador como los de *Viaje a las estrellas* todavía no existiría en 3001 puede parecer, en consecuencia, ridículamente desprovista de previsión dentro de nada más que un siglo, y la presente carencia de turistas interestelares sencillamente se debe al hecho de que ningún equipo de recepción se preparó todavía en la Tierra. Quizá ya esté en camino en un barco lento...

CAPÍTULO 15: TRÁNSITO DE VENUS

Me da particular placer rendirle este tributo a la tripulación de la *Apolo 15*: en

su regreso de la Luna me enviaron el hermoso mapa en relieve del sitio de descenso del Módulo Lunar *Falcon*, que ahora ocupa un lugar de honor en mi oficina. Muestra las rutas que tomó el Móvil Lunar durante sus tres excursiones, una de las cuales bordeó el cráter Luz de Tierra. El mapa lleva la inscripción: « A Arthur Clarke de la tripulación de la *Apolo 15*, con mucho agradecimiento por su previsión del espacio. Dave Scott, Al Worden, Jim Irwin». En retribución, ahora he dedicado *Luz de Tierra* (que, escrita en 1953, se ubicaba en el territorio que el Móvil iba a recorrer en 1971) « A Dave Scott y Jim Irwin, los primeros hombres que ingresaron en este suelo, y a Al Worden, que los vigiló desde su órbita».

Después de cubrir el alunizaje de la *Apolo 15*, en el estudio de la CBS junto con Walter Cronkite y Wally Schirra, volé a Control de Misión para observar el reingreso y el amerizaje. Yo estaba sentado al lado de la hijita de Al Worden, cuando ella fue la primera en advertir que uno de los tres paracaídas no había llegado a desplegarse. Fue un momento de tensión pero, por suerte, los dos que restaban fueron muy adecuados para hacer el trabajo.

CAPÍTULO 16: LA MESA DEL CAPITÁN

Véase el Capítulo 18 de *2001: Odisea del espacio*, para la descripción del impacto de la sonda. Precisamente un experimento así ahora se planea para la futura misión Clementine 2.

Estoy un poco avergonzado al ver que en mi primera *Odisea del espacio*, el descubrimiento del asteroide 7794 se le atribuía al Observatorio Lunar... ¡en 1997! Bueno, lo desplazaré para el 2017, justo a tiempo para mi cumpleaños número cien.

A las pocas horas de haber escrito lo de más arriba, me encantó enterarme de que al asteroide 4923 (1981 EO27), descubierto por S. J. Bus en Siding Spring, Australia, el 2 de marzo de 1981, se lo bautizó Clarke, parte en reconocimiento por el Proyecto Guardián Espacial (véase *Cita con Rama* y *El martillo de Dios*). Se me informó, con profundas disculpas, que, debido a una desafortunada omisión, el número 2001 ya no estaba disponible, al haber sido asignado a otra persona llamada A. Einstein. Excusas, excusas...

Pero me agradó mucho enterarme de que al asteroide 5020, descubierto el mismo día como 4923, se lo bautizó Asimov... aunque me entristeció el hecho de que mi viejo amigo nunca llegó a saberlo.

CAPÍTULO 17. GANÍMEDES

Tal como se explica en la Despedida, y en las Notas del Autor para *2010: Odissea dos y 2061: Odissea tres*, yo había tenido la esperanza de que, para esos momentos, la ambigua misión Galileo a Júpiter y sus lunas nos hubiese brindado un conocimiento mucho más detallado, así como pasmosas vistas en acercamiento, de esos extraños mundos.

Y bien, después de muchas demoras, *Galileo* alcanzó su primer objetivo — Júpiter mismo— y se está desempeñando de manera admirable. Pero ¡ay!, existe un problema: por algún motivo, la antena principal nunca se desplegó. Eso significa que las imágenes tienen que ser enviadas de vuelta a través de una antena de baja ganancia, a una velocidad desesperantemente lenta. Aunque se hizo milagros de reprogramación de las computadoras de a bordo para compensar eso, se seguirán necesitando horas para recibir la información que se debió haber enviado en minutos.

Así que debemos ser pacientes... y estuve en la tentadora posición de explorar Ganimedes en la ficción, justo antes de que la *Galileo* empezara a hacerlo en la realidad, el 27 de junio de 1996.

El 11 de julio de 1996, tan sólo dos días antes de terminar este libro, descargué las primeras imágenes provenientes del Laboratorio de Propulsión por Reacción: por suerte nada, ¡hasta ahora!, contradice mis descripciones. Pero si las imágenes actuales de campos de hielo salpicados de cráteres dejan paso a palmeras y playas tropicales o, peor aún, a carteles que digan ¡VETE A TU CASA, YANQUI!... pues voy a estar en verdaderos problemas.

Estoy aguardando con particular anhelo las imágenes de aproximación de «Ciudad Ganimedes» (capítulo 17): esta llamativa formación es exactamente como la describí, aunque vacilé en hacerla por temor de que mi «descubrimiento» pudiera ser nota de tapa del *Mentiroso Nacional*: lo que yo veo me da la impresión de ser considerablemente más artificial que la infamante «Cara Marciana» y sus alrededores. Y si sus calles y avenidas tienen diez kilómetros de ancho, ¿qué importa eso?: quizá los ganimedeanos eran GRANDES...

La ciudad se encuentra en las imágenes de la *Voyager* de NASA, números 20637.02 y 20637.29 o, de modo más conveniente, en la figura 23.8 del monumental trabajo de John H. Rogers, *The Giant Planet Jupiter*, Cambridge University Press, 1995.

CAPÍTULO 19: LA LOCURA DE LA HUMANIDAD

Respecto de las pruebas que apoyan la pasmosa aseveración de Khan, de que la mayoría de la humanidad estuvo, por lo menos parcialmente, loca, véase el

episodio 22, «Encontrar a María», de mi serie de televisión *El universo misterioso de Arthur C. Clarke*. Y téngase presente que los cristianos representan nada más que un pequeño subconjunto de nuestra especie: cantidades mucho más grandes de devotos que las de los que han adorado a la Virgen María rindieron igual veneración a divinidades totalmente incompatibles, como Rama, Kali, Siva, Tor, Wotan, Júpiter, Osiris, etcétera, etcétera...

El ejemplo más llamativo —y lamentable— de hombre brillante cuyas creencias lo convirtieron en un lunático digno del chaleco de fuerza, es el de Conan Doyle; a pesar de que es interminable la cantidad de veces que se reveló que sus psíquicos favoritos eran un engaño, su fe en ellos permaneció incólume, y el creador de Sherlock Holmes hasta intentó convencer al gran mago Harry Houdini de que se «desmaterializaba» para llevar a cabo sus proezas de escape... a menudo basadas sobre ardidés que, como gustaba decir el doctor Watson, eran «absurdamente simples». (Véase el ensayo «The Irrelevance of Conan Doyle», en *The Night is Large*, de Martin Gardner).

Para encontrar detalles sobre la Inquisición, cuyas piadosas atrocidades hacen que Pol Pot y los nazis parezcan absolutamente bondadosos, véase el devastador ataque de Carl Sagan contra las Cretinadas de la Nueva Era, *The Demon-Haunted World*. Ojalá ese libro y el de Martin pudieran ser de lectura obligatoria en todas las escuelas secundarias y facultades.

Por lo menos, el departamento de Inmigración de Estados Unidos inició acciones contra una de las barbaridades inspiradas en la religión: la revista *Time* («Hitos», 24 de junio de 1996) informa que ahora se debe conceder asilo a las muchachas amenazadas por la mutilación genital en sus países de origen.

Ya había escrito este capítulo cuando me encontré con *Feet of Clay: The Power and Charisma of Gurus*, de Anthony Storr, The Free Press, 1996, que es, virtualmente, un manual sobre este deprimente tema. ¡Resulta difícil creer que, para el momento en que los alguaciles de Estados Unidos lo arrestaron tardíamente, un santo mentiroso había acumulado noventa y tres Rolls Royce! Y, lo que es aun peor, el ochenta y tres por ciento de sus miles de fanáticos norteamericanos habían ido a la facultad y, por eso, cumplen con los requisitos de mi definición favorita de lo que es un intelectual: «Alguien a quien se educó más allá de lo que le da su inteligencia».

CAPÍTULO 26: TSIENVILLE

En el prefacio de 1982 para *2010: Odisea dos*, expliqué por qué a la nave espacial china que descendió en Europa la llamé *Tsien*: en honor del doctor Tsien Hsue-shen, uno de los fundadores de los programas de cohetes de Estados Unidos

y China.

Nacido en 1911, Tsien ganó una beca que lo trajo desde China a Estados Unidos en 1935, donde se convirtió en alumno, y después colega, del brillante aerodinamista húngaro Theodore von Karman. Más tarde, en su calidad de profesor de la cátedra Goddard, en el Instituto de Tecnología de California contribuyó a crear el laboratorio Guggenheim de Aeronáutica, el ancestro directo del afamado Laboratorio de Propulsión por Reacción (JPL) de Pasadena. Tal como comentó el *New York Times* del 28 de octubre de 1966, « El jefe de la cohetaría china fue preparado en Estados Unidos », inmediatamente después que China llevara a cabo, sobre su territorio, una prueba con misiles guiados portadores de armas nucleares, « La vida de Tsien es una ironía de la historia de la Guerra Fría » .

Con autorización para tener acceso a material sumamente secreto, colaboró en gran medida con las investigaciones norteamericanas sobre cohetes de la década de 1950, pero durante la historia de la era McCarthy se lo arrestó bajo acusaciones falsas de violación de la seguridad, cuando intentó hacer una visita a su China natal. Después de muchas audiencias tribunales y de un prolongado período de arresto, al final se lo deportó a su tierra... junto con todos sus conocimientos y experiencia sin par. Tal como afirmaron muchos de sus distinguidos colegas, fue una de las cosas más estúpidas (así como más oprobiosas) que alguna vez hubiera hecho Estados Unidos.

Después de su expulsión, y según Zhuang Fenggan, subdirector de la Comisión de Ciencia y Tecnología, Administración Nacional Espacial China, Tsien « comenzó la actividad en cohetes a partir de nada... Sin él, China habría sufrido un atraso de veinte años en su tecnología ». Y una correspondiente demora, quizás, en la puesta a punto del letal proyectil antinaves « Gusano de seda » y del lanzador de satélites « Larga marcha » .

Poco tiempo después de haber completado esta novela, la Academia Internacional de Astronáutica me honró con su distinción máxima, el premio von Karman... ¡que se me habría de dar en Pekín! Ésa fue una oferta que no podía rehusar, en especial cuando me enteré de que el doctor Tsien ahora es residente de esa ciudad. Por desgracia, cuando llegué ahí descubrí que estaba en el hospital bajo observación, y que sus médicos no permitían visitas.

Por consiguiente, le estoy agradecido en extremo a su ayudante personal, general de división Wang Shouyun, por llevarle ejemplares convenientemente dedicados de *2010 y 2061* al doctor Tsien. En reciprocidad, el general me obsequió el enorme volumen que él editó, *Collected Works of H. S. Tsien: 1938-1956*, Science Press, 16, Donghuangcheggen North Street, Pekín 100 707, 1991. Es una colección fascinante, que empieza con numerosas colaboraciones con von Karman en problemas de aerodinámica, y que termina con trabajos individuales sobre cohetes y satélites. El último artículo de todos, « Plantas de energía

termonuclear» , *Jet Propulsion*, julio de 1956, se escribió cuando el doctor Tsien todavía era virtual prisionero del FBI, y trata una cuestión que tiene aún más vigencia hoy en día, aunque se ha avanzado muy poco hacia « la estación de energía que utilice la reacción de la fusión del deuterio» .

Justo antes de partir de Pekín, el 13 de octubre de 1996, tuve la alegría de enterarme de que, a pesar de su edad actual (ochenta y cinco años) y de su incapacidad física, el doctor Tsien todavía continúa con sus estudios científicos. Es mi sincero deseo que disfrute *2010* y *2061*, y anhelo poder enviarle esta *Odisea final* a modo de tributo adicional.

CAPÍTULO 36: LA CÁMARA DE HORRORES

Como resultado de una serie de audiencias senatoriales sobre seguridad informática, en junio de 1996, el 15 de julio de ese año el presidente Clinton firmó el decreto 13 010 para enfrentar los « ataques hechos con computadora a los componentes de la información o de las comunicaciones que controlan infraestructuras críticas (“amenazas cibernéticas”)» . Esto establece una fuerza de tareas para contrarrestar el terrorismo cibernético, y cuenta con representantes de la CIA, la NSA, los organismos de defensa y demás.

Pico, allá vamos...

Desde que escribí el párrafo anterior, quedé perplejo cuando me enteré de que el final de *Día de la independencia*, que todavía no vi, ¡también comprende el uso de virus de computadora a modo de caballos de Troya! También se me informa que su comienzo es idéntico al de *El fin de la niñez* (1953), y que contiene todos las frases manidas de la ficción científica desde el *Viaje a la Luna* (1903) de Georges Méliés.

Estoy indeciso entre felicitar a los guionistas por su golpe de originalidad... o acusarlos del delito transtemporal de plagio precognitivo. En todo caso, temo que nada hay que yo pueda hacer para impedir que el espectador Felipe Lícula crea que fui yo el que copió el final de *DI4*.

El siguiente material se extrajo —por lo general, con grandes correcciones— de los libros anteriores de la serie:

De *2001: Odisea del espacio*: capítulo 18, « A través de los asteroides » ; y capítulo 37, « Experimento » .

De *2010: Odisea dos*: capítulo 11, « Hielo y vacío » ; capítulo 36, « Fuego en las profundidades » ; capítulo 38, « Paisaje de espuma » .

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a IBM por obsequiarme la hermosa maquina Thinkpad 755CD, en la que se compuso este libro. Durante muchos años me avergonzó el rumor, por completo carente de fundamento, de que el nombre HAL provenía del desplazamiento en una letra de IBM. En un intento por exorcizar este mito de la era de las computadoras, hasta me tomé la molestia de hacer que el doctor Chandra, inventor de HAL, lo negara en *2010: Odisea dos*. Sin embargo, hace poco me tranquilizaron cuando supe que, lejos de estar molesto por la asociación, el «Gigante Azul» ahora está muy orgulloso con ella. Así que abandonaré cualquier intento futuro por poner en claro las cosas, y enviaré mis felicitaciones a todos aquellos que participaron de la «fiesta de cumpleaños» de HAL (en claro está) la Universidad de Illinois, Urbana, el 12 de marzo de 1997.

Desconsolada gratitud a mi editora de Del Rey Books, Shelly Shapiro, por diez páginas de fruslerías que, una vez que fueron analizadas, mejoraron notablemente el producto final. (Sí, yo mismo fui editor, y no adolezco de la habitual convicción de los autores, de que los miembros de esa profesión son carniceros frustrados).

Por último, y lo más importante de todo: mi profundo agradecimiento a mi antiguo amigo Cyril Gardner, presidente del directorio del Galle Face Hotel, por la hospitalidad de su magnífica (y enorme) *suite* personal, que mientras yo escribía este libro me brindó una Base Tranquilidad en un momento de serios problemas. Me apresuro a añadir que, aun cuando puede no proporcionar tan extensos paisajes imaginarios, las instalaciones del Galle Face son muy superiores a las que brindaba el Granomedes y nunca, en toda mi vida, trabajé en un ambiente más agradable.

O, si es por eso, en uno más inspirador, pues una gran placa en la entrada enumera más de cien de las cabezas de Estado y otros visitantes distinguidos a los que se atendió aquí; entre ellos figuran Yuri Gagarin, la tripulación de la *Apolo 12* —la segunda misión a la superficie de la Luna—, y un excelente conjunto de estrellas de teatro y cine: Gregory Peck, Alec Guinness, Noel Coward; Carrie Fisher, de *La Guerra de las Galaxias...* así como Vivien Leigh y Laurence Olivier, que hacen una breve aparición en *2061: Odisea tres* (capítulo 37). Me honra que entre los de ellos figure mi nombre.

Parece lógico que un proyecto que comenzó en un famoso hotel —el Chelsea de Nueva York, aquel semillero de genio legítimo y de imitación— se deba concluir en otro que está a medio mundo de distancia. Pero resulta extraño oír el Océano Índico, castigado por los monzones, rugiendo a nada más que unos pocos metros de mi ventana, en vez del tránsito que fluye por la lejana y entrañablemente recordada calle 23.

IN MEMORIAM: 18 DE SEPTIEMBRE DE 1996

Fue con la más profunda pena que me enteré, literalmente cuando estaba corrigiendo estos agradecimientos, de que Cyril Gardner había muerto pocas horas antes.

Proporciona algo de consuelo saber que él ya había visto el tributo que le dediqué más arriba, y que le había gustado mucho.

Despedida

« Nunca explicar, nunca disculparse » puede ser un excelente consejo para políticos, magnates de Hollywood y poderosos empresarios industriales, pero un escritor debe tratar a sus lectores con la mayor consideración. Así que, aunque no tengo la más mínima intención de disculparme por algo, quizá la complicada génesis de la tetralogía de *Odisea* exija un poco de explicación.

Todo empezó en la Navidad de 1948 —¡sí, 1948!—, con un cuento corto de cuatro mil palabras que escribí para un certamen patrocinado por la British Broadcasting Corporation. « El centinela » describía el descubrimiento de una pequeña pirámide en la Luna, colocada ahí por una civilización alienígena para aguardar el surgimiento de la humanidad como especie capaz de viajar por el espacio. Hasta ese momento, según se daba a entender, seríamos demasiado primitivos como para despertar interés^[3].

La BBC rechazó mi modesto esfuerzo y no se lo publicó sino hasta casi tres años después, en el único número de *10 Story Fantasy* (primavera de 1951), revista que, tal como la invaluable *Encyclopedia of Science Fiction* comenta con ironía, se « recuerda, principalmente, por su mala aritmética (había trece cuentos) ».

« El centinela » quedó en el limbo durante más de una década, hasta que Stanley Kubrick se puso en contacto conmigo, en la primavera de 1964, y me preguntó si tenía algunas ideas para la « proverbial » (o sea, todavía inexistente) « buena película de ciencia ficción ». En el transcurso de nuestras muchas sesiones de debate de propuestas, tal como lo narré en *The Lost Worlds of 2001*, decidimos que el paciente vigía de la Luna podría proporcionar un buen punto de partida para nuestro relato. Al final hizo mucho más que eso, ya que en algún momento, durante la producción, la pirámide evolucionó hasta transformarse en el ahora famoso monolito negro.

Para poner la serie de *Odisea* en perspectiva, hay que recordar que cuando Stanley y yo empezamos a planear lo que llamábamos, en privado, « Cómo se ganó el sistema solar », la Era Espacial apenas tenía nueve años de edad, y ningún ser humano se había alejado del planeta natal más que un centenar de kilómetros. Aunque el presidente Kennedy había anunciado que Estados Unidos pretendía ir a la Luna « en esta década », para la mayoría de la gente ése debe

de haber parecido un sueño muy lejano. Cuando comenzó la filmación en el sur de Londres^[4], un gélido 29 de diciembre de 1965, ni siquiera sabíamos qué aspecto tenía la superficie lunar vista de cerca. Todavía existían los temores de que la primera palabra que pronunciara el astronauta que salía de la nave fuera « ¡Socorro! », mientras desaparecía en una capa de polvo lunar con la consistencia del talco. En general hicimos conjeturas bastante buenas: únicamente el hecho de que nuestros paisajes lunares eran más dentados que los verdaderos, alisados por eones de desgaste producido por polvo meteorítico, revela que *2001* fue hecha en la era pre *Apolo*.

Hoy, claro está, parece risible que pudiéramos haber imaginado gigantescas estaciones espaciales, Hoteles Hilton en órbita y expediciones a Júpiter, en fecha tan temprana como *2001*. Ahora resulta difícil darse cuenta de que allá, por la década de 1960, había planes en serio para establecer bases permanentes en la Luna y descensos en Marte... ¡para 1990! En verdad, en el estudio de la CBS, e inmediatamente después del lanzamiento de la *Apolo II*, oí al vicepresidente de Estados Unidos proclamar, exuberante: « ¡Ahora debemos ir a Marte! ».

Tal como resultaron las cosas, tuvo suerte de no ir a prisión. Ese escándalo, más Vietnam y Watergate, es una de las razones por las que esos argumentos optimistas nunca se materializaron.

Cuando la película y el libro de *2001: Odisea del espacio* hicieron su aparición en 1968, la posibilidad de una segunda parte nunca me cruzó por la cabeza. Pero en 1979 tuvo lugar una misión a Júpiter, y obtuvimos nuestras imágenes en acercamiento del gigantesco planeta y de su asombrosa familia de lunas.

Por supuesto, las sondas espaciales *Voyager*^[5] carecían de tripulación, pero las imágenes que enviaron volvieron reales, y totalmente inesperados, a mundos que, hasta ese momento, no habían sido más que puntos de luz en los telescopios más poderosos. Los volcanes sulfurosos en continua erupción de Ío, la faz con múltiples impactos de Calisto, el paisaje de misterioso contorno de Ganimedes... casi era como si hubiéramos descubierto un Sistema Solar completamente nuevo. La tentación de explorarlo fue irresistible, y de ahí nació *2010: Odisea dos*, que también me dio la oportunidad de averiguar qué le había ocurrido a Dave Bowman, después de que despertara en aquella enigmática habitación de hotel.

En 1981, cuando empecé a escribir el nuevo libro, la Guerra Fría todavía estaba en marcha, y sentí que salía a un limbo, así como me arriesgaba a las críticas, al mostrar una misión conjunta ruso-norteamericana. También subrayé mi esperanza de una cooperación futura, al dedicarles la novela al ganador del Nobel, Andrei Sakharov (a la sazón, todavía en el exilio) y al cosmonauta Alexei Leonov que, cuando en la « Ciudad de las Estrellas » le dije que la nave llevaría el nombre de él, exclamó con típica efervescencia: « ¡Entonces va a ser una

buena nave!» .

Todavía me parece increíble que cuando Peter Hyams hizo su excelente versión filmica de 1983, pudiera emplear los acercamientos reales de las lunas jovianas, obtenidos en las misiones *Voyager* (algunos de ellos después de un útil procesamiento por computadora en el Laboratorio de Propulsión por Reacción, fuente de los originales). Sin embargo, se esperaban imágenes mucho mejores de la ambiciosa misión *Galilea*, planeada para llevar a cabo una exploración detallada de los satélites principales durante un período de muchos meses. Nuestros conocimientos de ese nuevo territorio, previamente obtenidos de nada más que un breve vuelo de circunvalación, se ampliarían enormemente... y yo no tendría excusas para no escribir *Odisea tres*.

¡Ay!... algo trágico en el camino a Júpiter: se había planeado lanzar la *Galileo* desde el transbordador espacial en 1986, pero el desastre del *Challenger* descartó esa alternativa, y pronto se hizo evidente que no obtendríamos nueva información sobre Ío y Europa, Ganímedes y Calisto, durante otra década por lo menos.

Decidí no esperar, y el regreso (1985) del cometa Halley al Sistema Solar interior me brindó un tema irresistible. Su próxima aparición en 2061 sería una buena oportunidad para una tercera *Odisea*, aunque yo no estaba seguro de si podría entregarla. Le pedí a mi editora un adelanto bastante modesto. Es con mucha tristeza que cito la dedicatoria de *2061: Odisea tres*:

A la memoria de
Judy-Lynn del Rey
editora extraordinaria,
que compró este libro por un dólar
pero nunca supo si recuperaría el valor
de su dinero

Es evidente que no hay manera de que una serie de cuatro novelas de ciencia ficción, escritas en un período de más de treinta años de los avances más apabullantes en la tecnología (en particular, en la exploración espacial) y en la política, puedan ser mutuamente consecuentes. Tal como escribí en la introducción de *2061*, «Así como *2010: Odisea dos* no fue una segunda parte directa de *2001: Odisea del espacio*, así este libro no es una secuela lineal de *2010*. Todos deben ser considerados variaciones sobre un mismo tema, que entrañan muchos de los mismos personajes y situaciones, pero que no necesariamente ocurren en el mismo universo». Si el lector desea una buena analogía tomada de otro medio, le recomiendo que escuche lo que Rachmaninoff y Andrew Lloyd Webber hicieron con el mismo puñado de notas de Paganini.

De modo que esta *Odisea final* descartó muchos de los elementos de sus precursores, pero desarrolló otros, y espero que más importantes, con mucho mayor detalle. Y si hubiera lectores de los libros anteriores que se sienten desorientados por tales transmutaciones, tengo la esperanza de poder disuadirlos de que me envíen furibundas cartas de condena, adaptando una de las observaciones más estimadas por cierto presidente de Estados Unidos: « ¡Es ficción, estúpido! » .

Y todo es mi propia ficción, en el caso de que no se hayan dado cuenta. Aunque disfruté mucho mis colaboraciones con Gentry Lee^[6], Michael Kube-McDowell y el fallecido Mike McQuay... y no vacilaré en llamar otra vez a los mejores pistoleros del ramo, si se me ocurren futuros proyectos que sean demasiado grandes como para que los maneje solo. Esta *Odisea*, en particular, tuvo que ser un trabajo individual.

Así que cada palabra es mía... bueno, casi cada palabra: debo confesar que encontré al profesor Thirugnanasampanthamoorthy (capítulo 35) en la guía telefónica de Colombo. Espero que el propietario actual de ese nombre no tenga objeciones a que yo lo haya usado. También hay material extraído del gran *Oxford English Dictionary*, y qué me cuentan: ¡para muy agradable sorpresa mía, encuentro que emplea no menos de sesenta y seis citas de mis propios libros para ilustrar el significado y el uso de las palabras!

Estimado *OED*, si en estas páginas encuentra cualesquiera ejemplos útiles, por favor sírvase... otra vez.

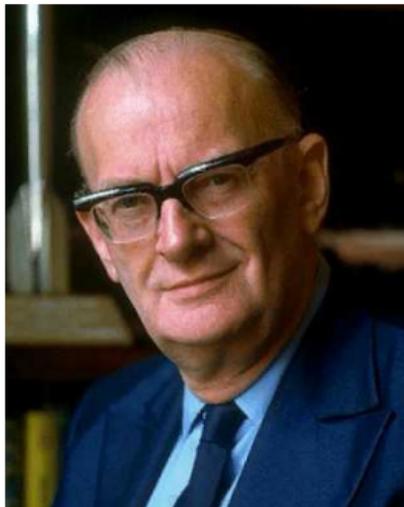
Pido disculpas por la cantidad de modestas toses (alrededor de diez, como mínimo) en este Epílogo, pero las cuestiones a las cuales dirigieron la atención parecían venir demasiado al caso, como para que se las omitiera.

Por último, querría tranquilizar a mis muchos amigos budistas, cristianos, hindúes, judíos y musulmanes, en el sentido de que estoy sinceramente feliz de que la religión que el Azar les dio haya contribuido a la paz espiritual de ustedes (y a menudo, tal como ahora admite a regañadientes la ciencia médica occidental, al bienestar físico también).

Quizá sea mejor estar insano y feliz, que sano e infeliz. Pero lo mejor de todo es estar sano y feliz.

Que nuestros descendientes puedan alcanzar ese objetivo será el más grande desafío del futuro. En verdad, muy bien puede decidir si tendremos futuro.

ARTHUR C. CLARKE
Colombo, Sri Lanka
19 de septiembre de 1996



ARTHUR C. CLARKE nació en Minehead, Somerset, Inglaterra, en 1917 y se graduó en King's College, Londres, donde obtuvo Matrícula de Honor en Física y Matemáticas. Fue director de la Sociedad Interplanetaria Británica, y es miembro de la Academia de Astronáutica de la Real Sociedad de Astronomía, y muchas otras organizaciones científicas. Durante la Segunda Guerra Mundial, como oficial de la RAF, estuvo a cargo del primer equipo de radar en su fase experimental. Su única novela que no es de ciencia ficción, *Glide Path*, está basada en este trabajo.

Autor de cincuenta libros, de los cuales unos veinte millones de ejemplares se han editado en más de treinta idiomas, sus numerosos premios incluyen el Premio Kallinga en 1961, el premio a los escritos científicos AAAS WESTINGHOUSE, el premio Bradford Washburn y los premios Hugo, Nébula y J. Campbell, los cuales ganó con su novela *Rendezvous with Rama*.

En 1968 compartió la nominación al Oscar con S. Kubrick por *2001: Una Odisea del Espacio*, y su serie de TV *El mundo misterioso de Arthur C. Clarke* se ha proyectado en muchos países. Trabajó con Walter Cronkite en las transmisiones de la CBS de las misiones Apolo.

Su invención del satélite de comunicaciones en 1945 le ha proporcionado numerosos honores, entre ellos el premio 1982 de la Asociación Internacional Marconi, una medalla de oro del Instituto Franklin, la Cátedra Vikram Sarabhai del Laboratorio de Investigaciones Físicas, y una cátedra del King's College,

Londres. El Presidente de Sri Lanka recientemente le nombró Decano de la Universidad de Moratuwa, cerca de Colombo.

Notas

[1] En el original en castellano, se había traducido erróneamente el nombre del grupo literario británico por « los Vagos Indicios» (N. del E.D.) <<

[2] En septiembre de 1996, científicos de Finlandia afirmaron haber detectado una pequeña (menos de 1 por ciento) reducción de la gravedad por encima de un disco superconductor. Si eso se confirma (y aparentemente experimentos anteriores en el Instituto Max Planck de Munich han dado resultados similares), podría ser el tan esperado descubrimiento. Aguado noticias adicionales con interesado escepticismo. <<

[3] La búsqueda de artefactos alienígenas en el Sistema Solar debería ser de una rama absolutamente legítima de la ciencia (¿« exoarqueología » ?).

Por desgracia, la desacreditaron en gran medida las afirmaciones de que tales pruebas ya se encontraron... ¡y de que la NASA las oculta deliberadamente! Es increíble que alguien pueda creer un tontería así; es mucho más probable que la agencia espacial falsifique a propósito artefactos extraterrestres, ¡para resolver sus problemas de presupuesto! (Cambio a usted administrador de la NASA...) <<

[4] En Shepperton, destruida por los marcianos en una de las escenas más espectaculares de la obra maestra de Wells, *La Guerra de los Mundos*. <<

[5] Que utilizaban la maniobra de « tiro de honda» o « ayuda de la gravedad» , merced a volar cerca de Júpiter: precisamente de la misma manera que lo había hecho la *Discovery* en la versión en libro de *2001*. <<

[6] Por una inverosímil coincidencia, Gentry era ingeniero en jefe de los proyectos *Galileo* y *Viking*. (Véase la introducción de *Rama II*). No fue culpa de él que la antena de la *Galileo* no se desplegara... <<